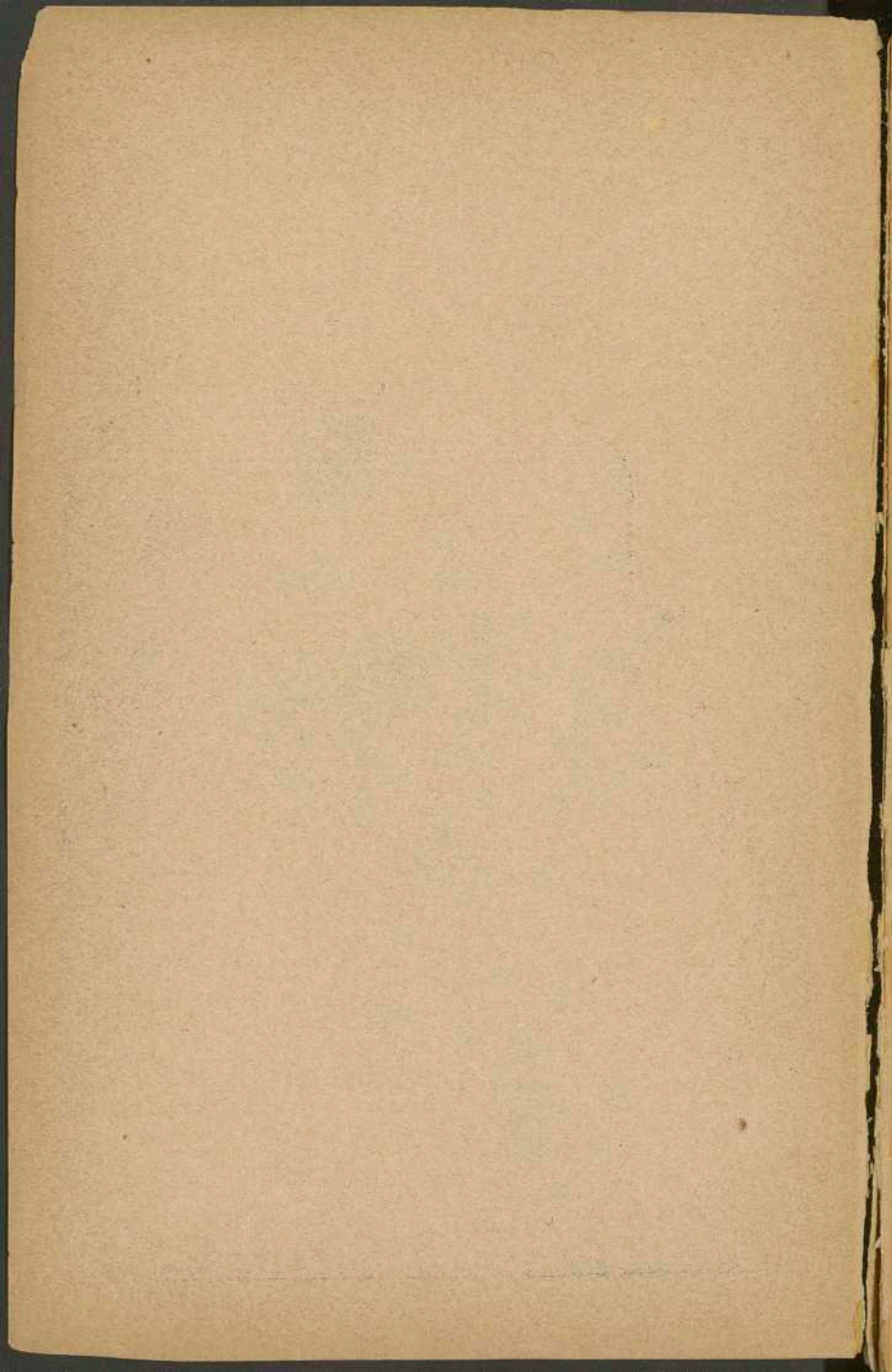


I. A.

CASA EDITORIAL  
**LEZON**  
BARCELONA

# LA HIJA DE LAS FLORES







SP-135



©  
POR I. A.  
©

# La Hija

DE LAS

## \* Flores \*

(Novela original)



Casa editorial Lezcano  
**BARCELONA**

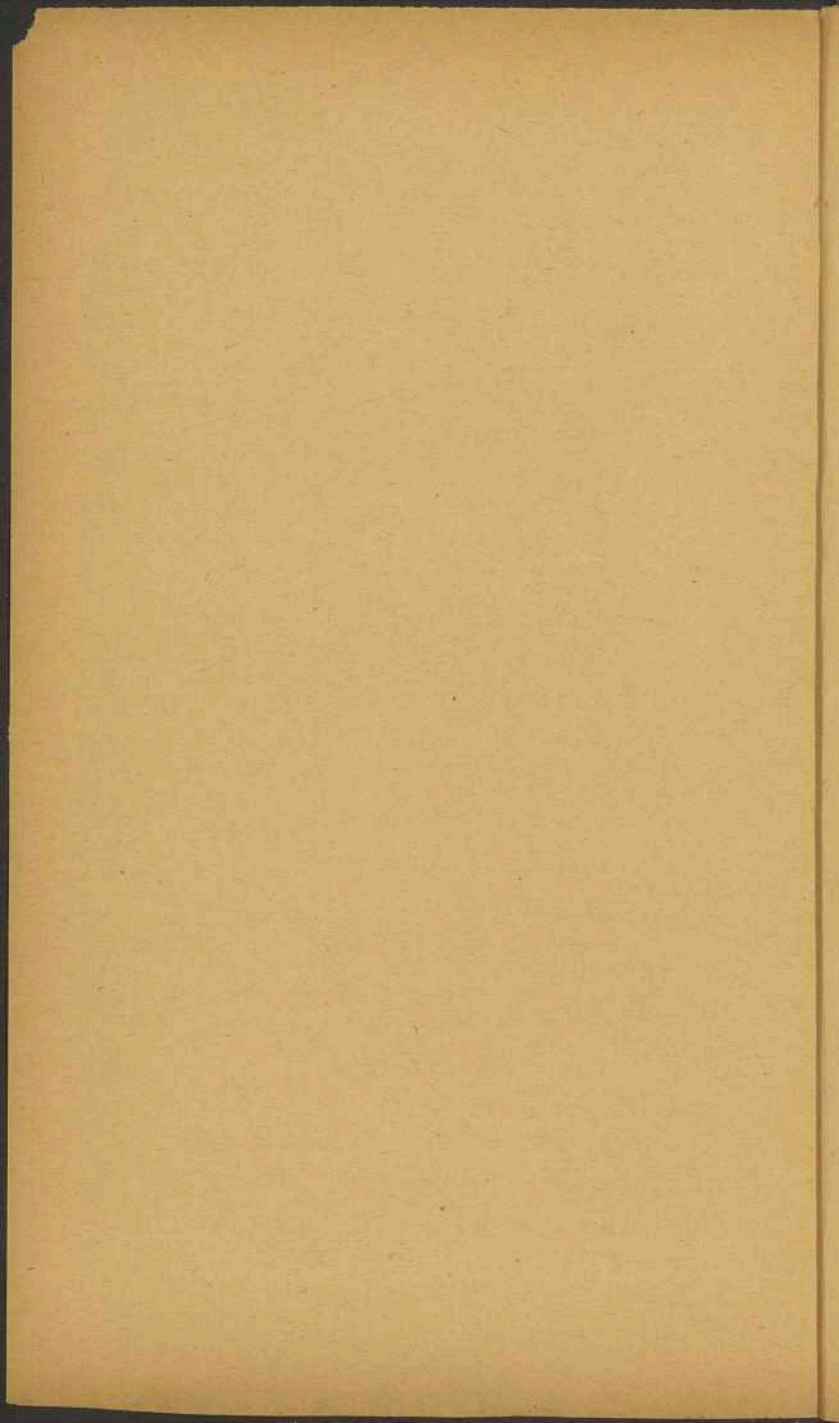
Es propiedad: Queda hecho el depósito que marca la Ley.

R. 16508



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA







## LA HIJA DE LAS FLORES

---

### I

#### *Madre é hijo*

En el tercer piso, izquierda, de una modesta casa situada en la calle del Barco, vivía en el mes de Octubre del año 1903, una hermosa joven como de veintidós años de edad, llamada Luisa, viuda al parecer, y madre de un niño que á lo sumo tendría cinco años. La joven no era alta, pero la regularidad de todos sus miembros, unida á la belleza de sus facciones y á cierta distinción en sus movimientos, la hacían interesante y parecer gallarda. Tenía el cabello negro, los ojos grandes, la nariz recta, los labios finos y bien delineados, y buen color; pero se notaba en ella constantemente cierta tristeza, cierta melancolía, que después de todo, no la sentaba mal, y que contribuía á hacer más patente su formalidad; vestía con sencillez, pero con elegancia y con gusto, lo cual re-

velaba que no se había criado en malos pañales, y no vestía de luto, señal de que su viudez no debía ser reciente.

Su niño iba siempre sencillo pero pulcramente vestido, y asistía mañana y tarde á un colegio de primera enseñanza, situado en la misma calle, cuyo pasante lo recogía y dejaba en la puerta de su casa á las horas de entrada y salida del colegio; era una criatura simpática y despierta, de frente ancha y mirada inteligente, de cabello rizado y de sonrisa dulce, la cual, no obstante su viveza ratonil, tenía un gran fondo de bondad, especialmente para mamaita, como él decía, á la cual idolatraba: llamábase Arturito.

El piso en que madre é hijo vivían, era pequeño, pero bastaba á sus necesidades: una salita bastante espaciosa con una alcoba grande; un gabinete, comedor y cocina; en la alcoba había dos camas muy modestas; la una, de las llamadas de cinco palmos, en la que dormía la madre, y otra, más pequeña y con barandilla, en la que dormía el hijo; entre ambas cabía escasamente una mesita de noche; hacia los pies de cada cama había una percha para colgar la ropa al desnudarse, y sobre la mesa de noche un cuadro con la imagen en cromo de la virgen de los Desamparados.

En el gabinete se veía, en uno de los án-

gulos próximos al balcón, un tocador muy sencillo y muy pequeño; en el ángulo opuesto, un lavabo, y en el frente opuesto al balcón, un armario chapeado de nogal para guardar ropa; enfrente del lavabo una silla de madera.

En el comedor no había más muebles que un veladorcito redondo y dos sillas iguales á la del gabinete; en uno de los ángulos había una alacena fija de forma triangular, con puerta de cristales en el cuerpo superior y de madera en el inferior, y en ella se veían colocados en orden hasta una docena de platos, dos fuentes, cuatro tazas, cuatro jícaras, otras tantas hueveras, igual número de vasos grandes y chicos, y dos jarritas de cristal; en la parte inferior se guardaban cuatro manteles, doce servilletas y cuatro cubiertos completos. Como las sillas resultaban bajas para el niño, su madre colocaba una almohada sobre una de ellas cuando había de sentarse éste.

La cocina tenía pocos utensilios, pero casi todos eran de hierro con porcelana, y se mantenían perfectamente limpios y en orden.

Hemos dejado para lo último la descripción de la salita: no había en ella más que un sofá de madera, dos sillones, tres sillas, una cómoda con espejo encima y un quinqué bastante grande y bueno con pantalla, cuatro cuadros en cromo representando las cuatro



estaciones, y un velador grande cubierto con un tapete de hule, sobre el cual se veían pedacitos de telas finas de colores diferentes, tijeras de varias formas, tenacillas y otra porción de herramientas y de frascos. Aquel velador era la mesa de batalla de la joven; allí ejercía su oficio de florista, confeccionando toda clase de flores artificiales, con cuyo trabajo se sostenían ella y su hijo.

Diremos, para completar la descripción de la estancia, que en los balcones del gabinete y de la sala había media docena de macetas en cada uno, que la joven cuidaba con singular esmero, que el niño respetaba, y que alegraban la vista del canario colgado en la parte exterior del balcón de la sala, durante el día, arrancándole trinos y gorgoros armoniosos. Los cristales de ambos balcones estaban cubiertos con visillos blancos, que la joven mudaba cada quince días.

Luisa era hábil en su oficio; trabajaba para un establecimiento, en donde le pagaban á más precio que á otras su trabajo, pero lo que más utilidad solía darle, era lo que hacía por encargo especial de una modista de sombreros de la calle del Carmen; verdad es, que tenía que esmerarse algo más, pero también le pagaban á doble ó triple precio el trabajo; éste le venía á producir al mes unos treinta duros.

No gastaba más que quince duros en comer, dos en lavandera y planchadora, y cuatro y medio en el alquiler de la casa, así es que le quedaban ocho duros y medio, pero como de ellos tenía que salir el gasto de luz, de carbón y otras menudencias, no le restaban más de seis duros para vestir y calzar ella y su hijo, y para solazarse con éste los días de fiesta. Afortunadamente ambos gozaban de la mejor salud, y no tenía ella que atender á la sangría suelta de médico y botica, que suele ser la ruína de muchas familias modestas.

Hacía ya más de cuatro años que habitaba aquel piso, y se había encariñado con él; al tomarlo, lo amuebló tal como lo hemos descrito, con la única diferencia de que para el niño había llevado una cuna que vendió año y medio más tarde, y sustituyó con la camita. Al entrar el invierno, todos los años, esteraba la sala y el comedor, pero no encendía brasero sino aquellos días en que el frío arreciaba tanto, que le entorpecía los dedos para el trabajo.

Luisa vivía retraída completamente y dedicada en absoluto al cuidado de su hijo y á la confección de flores; salía de casa por la mañana muy temprano, compraba cuanto le era necesario para el día, y no volvía á salir hasta el siguiente, á no tener que en-

• tregar algún trabajo urgente, sino los sábados para llevar la faena de la semana. Las únicas visitas que recibía, eran las de los vecinos del cuarto de la derecha de su mismo piso, pero cuando éste estaba desocupado, no recibía visita alguna.

Joven, hermosa, decentemente vestida y elegante en su sencillo porte, escusado es decir que no le habían faltado ni le faltaban pretendientes de todas clases, pero Luisa no había dado oídos á ninguno, y sin ser hurañá, sabía mostrarse lo suficiente seria y digna para contener á unos y á otros en ciertos límites, y para deshauciarlos cuando intentaban pasar más adelante; tenía el talento de hacerse respetar hasta de los más osados, y nadie, absolutamente nadie, la criticaba en el barrio, y hasta era citada por alguno como modelo de madres y de viudas.

Como el espíritu de la curiosidad domina en todos hasta en los más despreocupados, le habían preguntado muchas veces acerca de las circunstancias de su viudez prematura, y ella, cuando no había podido dejar el responder, lo había hecho siempre diciendo que se había casado á los diez y seis años, y que había enviudado á los dieciocho, cuando ya su hijo tenía más de uno; que su esposo había sido pasante de abogado; que con lo que él ganaba lo pasaban bien, sin tener que



trabajar ella; pero que al quedar viuda, había tenido que recurrir de nuevo á su oficio.

A las preguntas, no siempre discretas, que se le habían hecho respecto á si pensaba en volverse ó no á casar, se había sonreído y contestado siempre que esas cosas, no debían pensarse sino cuando llegara el caso de sentir el corazón interesado por alguien; que, entre tanto, sólo le preocupaban la educación y el cuidado de su hijo, en quien tenía reconcentradas todas sus afecciones, y que, como nada le faltaba para vivir, siquiera fuese con gran modestia, no malgastaba el tiempo en dar oídos á nadie, ni se calentaba la cabeza en pensar sobre lo que pudiera acontecer.

—¿En qué consiste que está usted siempre pensativa y triste? — le preguntaban algunas veces,—y ella sonreía y contestaba con naturalidad.

—¿Qué he de hacer más que reflexionar con tristeza en la temprana pérdida de mis ilusiones? ¿no es, acaso, bastante para estar triste y reflexiva, haberme visto sola y con un hijo á los dieciocho años? ¡Si al menos tuviera familia! pero soy huérfana, y no conozco pariente alguno, ni lejano ni próximo.

Su única delicia, lo que le hacía disipar á veces su tinte melancólico y asomar francamente la risa á sus labios, eran las gracias

y las caricias de su hijo; cuando Arturito, en las horas que estaba en la casa, se acercaba á ella corriendo y saltando y se le abrazaba á las piernas diciéndole: «Mamaita, un beso», la joven sentía que se le dilataba el alma; dejaba sobre el velador las flores que tenía en las manos, cogía entre sus brazos al niño, y no le daba uno, sino veinte besos, que el arrapiezo le devolvía con mimo, mirándola embebecido, con esos ojillos dulces y tiernos que ponen las criaturas, y que enloquecen de placer á sus madres.

—¡ Alma mía! — le decía ella en el colmo de su satisfacción, — ¡ qué hermoso eres! — y él, jugando con los cabellos de su madre y acariciándole el rostro, le contestaba:

—Y tú también; tú también eres muy hermosa, mamaita.

—¿ Me quieres? — le preguntaba ella.

—Sí, mucho, mucho.

Y Arturito volvía á besar á su madre, y ésta, á su vez, lo devoraba con sus besos, hasta que le decía con voz conmovida.

—Bueno; ahora juega otro ratito y déjame trabajar, hijo mío.

Arturito obedecía á su madre, y ésta, fortalecida con aquel rocío de ventura que habían impreso en su rostro los labios de su hijo, se dedicaba de nuevo y con más ardor á su trabajo.

## II

### *Primeras impresiones*

El cuarto de la derecha, que, aunque en orden invertido, tenía las mismas habitaciones que el de la izquierda, había estado habitado dos años por un matrimonio, que había intimado bastante con Luisa, y le había hecho pasar muchas horas distraída; pero hacía tres meses que éste había marchado á Alicante, y desde entonces estaba desocupado; al terminar Octubre, notó la joven movimiento en él, y observó que lo estaban empapelando de nuevo y estucando la alcoba, y luego que colocaban en la sala y en el gabinete una buena alfombra y aparatos para luz eléctrica, cosa que no dejó de sorprenderla, por parecerle demasiado lujo para habitación tan modesta.

Cuando la habitación estuvo en condiciones de recibir muebles, vió llevar á ella, una media sillería tapizada, dos cómodas buenas, una mesa ministro con su sillón correspondiente, una buena librería, una cama de seis palmos, de Viena legítima, una mesita de noche, perchas, bastonera, espejo grande, y



por último, dos ó tres baúles con ropa, y cuatro cajas que, por lo pesadas, debían contener libros. No dejó de llamarle la atención, que el nuevo inquilino, pues no debía ser más que uno, no se hubiera ocupado en proveerse de mesa y sillas de comedor, ni de vajilla, cristalería y bártulos de cocina.

—Comerá fuera de casa — se dijo.

En efecto, el que había tomado aquel piso, no pensaba comer en él ni tener servidumbre; la portera de la casa sería la encargada del aseo y limpieza del cuarto, mediante la retribución de tres duros mensuales, aprovechando para ello la hora del almuerzo del inquilino.

Ya llevaba el nuevo inquilino cinco días en el piso, y aun no le había visto Luisa la cara. La joven no acostumbraba á salir á los balcones más que por la mañana cuando hacía la limpieza de su casa, y á la oración, para regar sus tiestos de flores, y en ellas no había visto á nadie en los balcones de la habitación contigua; era indudable que por la mañana, durmiera aún el vecino á aquella hora, y que por la tarde, se hubiera ido á comer; pero si no lo había visto, la portera le había hablado de él.

—Tiene usted un vecino muy guapo, señorita Luisa — le dijo una mañana que entró á verla, con ocasión de subir á limpiar la ha-

bitación contigua, — un vecino muy guapo y que debe pasarlo bien, porque tiene buenos muebles, buena ropa, y come de fonda. ¿Lo ha visto usted ya?

—No, señora.

—Pues merece la pena; tendrá unos treinta y dos años, pero tiene para mí un defecto, y es que apenas habla, y que cuando se le habla, casi no contesta.

—¿Tan orgulloso es?

—Yo no sé si será orgullo ó si será tristeza, pero es el caso que siempre está serio, y que no se le puede sacar del cuerpo una palabra ni con tirabuzón, cuando pasa por la portería para tomar ó dejar la llave. No sale de casa hasta las once de la mañana; regresa antes de la una; vuelve á salir á las siete, y á las ocho ú ocho media, ya está de vuelta, y no vuelve á salir hasta el día siguiente; no sé cómo no se aburre de estar tanto tiempo metido en casa y siempre solo. Creo que escribe.

—Será algún autor dramático—dijo Luisa.

—No, porque si lo fuera, iría al teatro todas las noches, ó, por lo menos, con frecuencia, y él se pasa encerrado en su cuarto todas las noches; no parece sino que teme que lo vea la gente.

—Señora Romualda — dijo la joven, — cada cual hace lo que le parece, y no tene-

mos derecho los demás para meternos en vidas ajenas.

—Sí, pero tratándose de un vecino de la casa...

—Para usted, como portera que es de ella, comprendo que tenga alguna importancia saber quién es cada cual, y saber en qué se ocupa; pero para mí no la tiene, y así como á mí no me gustaría que nadie escudriñase lo que yo hago, tampoco quiero saber la vida y milagros de nadie, y esto no se lo digo á usted en tono de censura, sino en el sentido de que no me interesa saberlo.

—Siempre ha de ser usted lo mismo, tan poco amiga de saber nada—dijo la portera sin demostrar contrariedad por la observación, — lleva usted cuatro años en la casa, y aun no me ha hecho usted una sola pregunta.

—Porque no he tenido necesidad de hacérsela.

Aunque Luisa le habló así á la portera, no dejaba de tener curiosidad por conocer al nuevo inquilino; ¿qué mujer está exenta de tener curiosidad? Y conste que de nimia curiosidad no pasaba el deseo de la joven, deseo muy disculpable, porque, después de todo, se trataba de un hombre que habitaba pared por medio de ella, y de cuyo auxilio pudiera necesitar en cualquier momento. ¡ Hay en Madrid tantos reventadores de pisos!



Pasaron cuatro ó cinco días más, y un domingo en que Luisa volvía de la iglesia con su hijo, á eso de las once, se abrió la puerta del cuarto de la derecha en el preciso momento en que ella iba á meter la llave en la cerradura para abrir el suyo, y la joven volvió instintivamente la cabeza al sentir el ruido. El vecino, que se había quedado mirándola fijamente, la saludó con una respetuosa inclinación de cabeza, á que la joven contestó en igual forma, y, abriendo la puerta de su cuarto, se metió en él con su hijo; el caballero cerró la puerta del suyo, y se oyeron luego sus pasos al bajar los escalones; sin duda se iba á almorzar.

No había juzgado mal la portera al decir que el vecino era guapo y que parecía persona fina y regularmente acomodada; vestía bien y tenía aspecto distinguido, según había podido comprender por la mirada rápida pero investigadora que había fijado en él. Su seriedad, que coincidía con lo dicho por la portera, le pareció á ella hija más bien de abatimiento, de cansancio, que de otra cosa; la gimnasia de la inteligencia cansa y abate nuestra naturaleza, tanto ó más que la gimnasia del cuerpo.

El nuevo vecino, de quien ignoraba hasta el nombre, le fué simpático á Luisa; en su rostro y en su mirada, creyó descubrir no-

bleza y caballerosidad; su saludo no pudo ser más atento ni más respetuoso. Aun iba subiendo la cuesta de la vida, y no era, por lo tanto, natural la seriedad de su semblante; aquella seriedad denotaba, á juicio suyo, contrariedades de la existencia ó tempestades del alma.

Ella conocía esto por experiencia propia; no tenía más que veintidós años, y habían desaparecido ya, de sus ojos y de sus labios, la sonrisa; los sinsabores y las amarguras, al destilar la hiel en el corazón, entristecen el semblante y determinan el ansia del retraimiento, y él, como ella, estaba triste y vivía retraído; luego las causas, si no iguales, debían tener parecido entre sí, debían obedecer á una causa análoga, á tempestades del corazón ó á contrariedades de la existencia.

La presunción de que así debía de ser, arraigó la simpatía que por impresión del primer momento le hiciera concebir el desconocido. ¿Quién sería? ¿qué trabajos burocráticos serían aquellos en que se ocupaba? ¿qué disgustos amargaban su existencia? ¿por qué, pudiendo vivir en mejor sitio como lo indicaba su traje, su aspecto y la circunstancia de comer en fonda, se había ido á vivir á un tercer piso de una casa modesta en lo más retirado de la calle del Barco?

Ya hemos dicho que Luisa no era en cier-

to modo curiosa; pero era mujer, y todo lo que de ella se podía exigir, era que fuese menos curiosa que la mayor parte de las mujeres, ó que supiera disimular su curiosidad mejor que ellas. De otra parte, suele ocurrir que al sér menos curioso, le entra de pronto de la calle con la compra y había abierto extraña comezón por saber algo, y se hace en aquel punto tan curioso como el que más.

Dos días después de haberse conocido mutuamente los vecinos, volvieron á verse y á saludarse, aunque sin dirigirse la palabra; era por la mañana; acababa Luisa de llegar de la calle con la compra y había habierto los balcones, para airear las habitaciones mientras barría y hacía las camas. El sol de Noviembre, pálido y sin calor, bañaba de soslayo la fachada de la casa. Luisa, después de haber limpiado la jaula del canario y después de haberle puesto á éste alpiste, agua y una hojita de escarola, fué á colgarlo en la alcayata puesta sobre las macetas á cierta altura, y, al verificarlo, dirigió su mirada á los balcones del vecino, y éste, que se encontraba en el suyo y la miraba, se inclinó ante ella como dos días antes. Luisa contestó en igual forma al saludo ruborizándose algo, rubor natural en aquella ocasión; la joven, vestida con un traje algo deteriorado y con un pañuelo rodeado á la cabeza para



preservar de polvo el cabello, no estaba para que el vecino la viese, no porque estuviese fea ni mal, sino porque no estaba tan bien como cuando la vió al volver de misa. Todas las mujeres, por sencillas y naturales que sean, tienen su poquito de vanidad. Luisa no tenía la pretensión de agradar á su vecino, pero hubiese preferido que éste le hubiese visto por la tarde cuando regaba las flores, á que le viera por la mañana cuando hacía la limpieza de su habitación.

Cuando aquel día subió á las once la señora Romualda, con objeto de barrer y asear el cuarto del vecino, llamó al de Luisa con un pretexto, y le preguntó:

—¿Qué le parece á usted don Germán?

—¿De qué don Germán me habla usted?— le preguntó Luisa.

—¿De qué don Germán le he de hablar, sino de su vecino de usted?

—No sabía que se llamara así.

—¿Qué le parece á usted? — insistió la portera.

—No me parece mal; se conoce que es persona bien educada.

—Y muy fina; ¡si supiera usted con qué delicadeza me ha preguntado hoy el nombre de usted!

—¿Mi nombre?

—Sí, señora; hace poco, al bajar y entre-

garme la llave de su cuarto, me ha dicho: «Señora Romualda: no sabía yo que tuviera una vecina tan hermosa y tan simpática; anteayer la ví cuando venía de misa, y hoy cuando salió al balcón para colgar la jaula del canario, y no sé cuándo me ha gustado más, si en traje de calle ó en traje de limpieza de casa; ¿cómo se llama? — Luisa — le contesté, — y entonces me preguntó si era usted casada, á lo cual le repuse que era usted viuda, y que tenía un niño de cinco años.

Luisa pareció escuchar con poca atención á la portera, y sin embargo, no perdió una palabra de las que ésta le dijo. El que no le hubiera ella parecido mal en su traje de faena, no le disgustó; la coquetería es innata en las mujeres, y así como no se apesadumbró que él la viese compuesta cuando volvió de oír misa, tenía su escozor de que la hubiera visto de trapillo aquella mañana; ¿por qué?... por eso mismo, por el sentimiento de la coquetería que nace en la mujer cuando es niña, muy niña, y muere con ella, pero no antes, por vieja que llegue á ser.

### III

#### *Mutua simpatía*

Germán Labastida, que así se llamaba el vecino de Luisa, era un hombre de treinta y dos años de edad, de buena presencia, de porte aristocrático y de conducta irreprochable; pertenecía á la buena sociedad madrileña, pero habíase retraído de ella al regresar de San Sebastián, donde había ido á veranear aquel año.

La causa de su retraimiento era fundadísima: su mujer le había sido infiel con uno de sus mejores amigos; se derivó de ello un desafío; Germán recibió un balazo en un hombro que le tuvo á las puertas de la muerte, y su esposa se fué con su amante, el cual la abandonó luego (1).

Guando Germán pudo regresar á Madrid, convaleciente aun, levantó la casa que había dejado puesta al irse á las orillas del mar, y

---

(1) Véase *El Infierno de los Hombres*.



alquiló en el lado opuesto de Madrid, en el extremo de la calle del Barco, el modesto piso que ocupaba, y que hizo empapelar y estucar por su cuenta antes de amueblarlo; no quiso llevar á él muebles de lujo, á excepción de la mesa ministro y del sillón, á los cuales tenía verdadero cariño, porque eran sus armas, según él decía, sus armas para ejercer su profesión de poeta, y creía que de llevar otra mesa y otro sillón que aquellos, que tenía la costumbre de usar, no le prestarían las Musas la inspiración que hasta entonces le habían dispensado.

Al retirarse á aquel solitario departamento, se había propuesto aislarse; no tratar con nadie; separarse en absoluto del centro en que había vivido; no escuchar palabras de conmiseración que le herían el alma, ni adivinar en ciertos rostros burlas ó epigramas sangrientos que no saldrían por los labios, pero que no por eso habrían de molestarle menos; reconcentrarse en sí mismo, y dedicarse por completo al cultivo de la poesía, para justificar ante sí el título de doctor en letras que le expidiera la Universidad Central, después de unos exámenes brillantísimos.

Labastida era la bondad y la nobleza personificadas; tenía candideces de niño, sensibilidades de mujer, corazón de hombre é imaginación de persona calenturienta; gozando

y padeciendo, respectivamente, con las alegrías y con los dolores ajenos, no hay que decir lo que gozaría y padecería con los propios; el recuerdo de su no lejana desdicha lo tenía sumido en una verdadera postración de la cual no salía sino cuando se engolfaba en los libros, ó cuando trazaba con la pluma sus ideas ó describía sus sentimientos en lenguaje rimado.

Habíase contratado en una fonda próxima para almorzar y comer, y no salía de su casa más que para ir á la fonda; al levantarse, se hacía por sí mismo el desayuno, que consistía en una taza de café con unas pastas, y esto lo solía tomar también á las once ó las doce de la noche, una hora antes de acostarse; para ello se había provisto de una cocinilla de espíritu de vino, de una cafetera, de una taza y de una cucharilla; en el establecimiento de ultramarinos que había junto á la fonda, se proveía del espíritu, el café y el azúcar correspondiente.

No quiso tener criado alguno á su servicio, y se entendió con la portera para la limpieza y el arreglo de su habitación; había cortado su correspondencia con todo el mundo, y no recibía cartas de nadie, ni escribía á nadie; verdad es que á ninguno le había dicho á dónde se había ido á vivir; el tener su fortuna en valores y éstos depositados en el

Banco de España, le evitaba el tener que tratar con unos ó con otros, y favorecía su aislamiento.

No quiso saber lo que había sido de Emilia, de su perjura esposa; la perdonó desde el fondo de su alma, pero la consideró muerta para él desde el primer momento. La perdonó, porque se forjó la idea de que la falta de cultura la había arrastrado á un extravío amoroso; pero la juzgó muerta, porque temió que, al no hacerlo así, se hubiera sonrojado él mismo, se hubiera considerado indigno de su propio nombre; todo, menos consentir el hecho que le deshonoraba.

Más aun que la infidelidad de su mujer, le había amargado la existencia, la deslealtad del amigo, del compañero de infancia, del hombre en quien más confianza había depositado. Incapaz de faltar él á las leyes del honor, no comprendía que hubiera quién faltase á las del honor y la amistad á un tiempo y de una manera tan inícuca.

Labastida no se había casado verdaderamente por amor, siquiera él mismo lo hubiera creído así, error en que incurren amenudo los poetas, porque acostumbran á identificarse con los sueños de su imaginación; la gratitud había revestido para él las formas del amor, gratitud hacia la mujer que en las altas montañas de Cataluña le asistiera en la



grave congestión que le originó un golpe en la cabeza al resbalar y caer en el monte, con ocasión de una cacería.

Germán, no obstante su reconocida ilustración, no echó de ver que entre Emilia y él mediaba el abismo de la educación, de la instrucción, de los sentimientos artísticos, de la afición á la poesía, y que aquel abismo allanado de parte suya por el reconocimiento, y de parte de ella por el deseo de lucir ricos trajes y magníficas joyas, habría de surgir más adelante, en una forma ó en otra, para desdicha de ambos.

Hay errores que sería preferible que no se desvaneciesen nunca, porque hace más daño conocerlos que ser víctima de ellos; el convencimiento del suyo, causó en Labastida un dolor inmenso, al no ser remediable. Emilia le había arrebatado sus ilusiones al arrebatarle su honra, y todos sabemos lo que es la pérdida de la ilusión en los poetas, que sólo de ilusiones viven, y que del mismo modo agigantan las alegrías que los dolores, los goces que las penas.

Convencido hasta la evidencia de que el sol de su felicidad se había escondido entre sombras para siempre; de que á los horizontes de oro y de rosa habían sucedido las nieblas eternas, y de que todo cuanto podía esperar era el momentáneo olvido de su des-

gracia, se decidió á perseguir éste sumergiéndose en sus predilectas aficiones, separado de todos cuantos le conocían y pudieran recordarle con su presencia la inmerecida desgracia que le agobiaba.

De ahí su seriedad, aquella seriedad que Luisa comprendió, al primer golpe de vista, que debía ser hija del abatimiento ó de la postración moral de su vecino. Pero no hay cenobita que, al huir de la sociedad, reniegue por completo de ella, y algo parecido le pasó á Germán, cuando vió á Luisa por primera y por segunda vez. Nada hizo por verla la vez primera; fué un encuentro casual, puramente casual, pero no así la segunda. Fué de tan corta duración el primer encuentro, que no tuvo ocasión bastante de ver á su vecina sino en conjunto, de pronto, sin estar preparado para ello, y apenas pudo observar sino que era hermosa y que vestía bien y con elegancia.

Quiso entonces verla de nuevo para ratificar ó rectificar aquel juicio respecto al conjunto y ampliarlo á los detalles, y se asomó varias veces al balcón del gabinete, sin resultado alguno todo aquel día y el siguiente. Y, sin embargo, ella debía salir y salir temprano, por cuanto al mirar por la noche, cuando regresaba de la fonda, no veía colgada en el balcón la jaula del canario, y

cuando él se asomaba al levantarse á las nueve de la mañana, la veía ya colgada en su sitio.

Madrugó, pues, se puso al balcón no obstante el fresco que corría en aquella hora, y un cuarto de hora después de estar en observación, la vió salir con la jaula en la mano para colgarla... No le habían engañado sus sentidos dos días antes; la joven era hermosa, muy hermosa en conjunto y en detalles, y entonces pudo apreciarlo mejor, porque la vió sin el atractivo del peinado, del traje de calle, del atildamiento femenino; la vió tal cual ella era... y le pareció encantadora. La saludó, y pudo observar la distinción natural con que ella le devolvió el saludo y el rubor que coloreó su rostro al verse observada, cuando no esperaba sin duda serlo, y en un traje y con un tocado tan caseros como los que llevaba.

Las simpatías como las antipatías no tienen explicación; se producen por la impresión del momento, entran por los sentidos, y se enseñorean de nosotros tiránicamente á despecho de toda reflexión, de todo cálculo; podrán modificarse más tarde en virtud de hechos más ó menos irrecusables, pero, aun con estos, ejercen influencia considerable en nuestros juicios y en nuestras decisiones.

De la misma manera que á Luisa le fué



simpático Germán, á éste le fué simpática Luisa, y de tal conjunción de simpatías, tenía que derivar, más tarde ó más temprano, una aproximación entre ellos; la sociabilidad se impone en estos casos, y la vecindad primero y el aislamiento después, era poderosos factores de ella.

Luisa ratificó aquel día el juicio que de su vecino había formado dos días antes, y al renovarse las preguntas que acerca de él se había hecho, pensó que algún misterio debía ocultarse en aquella taciturnidad que había llamado su atención, y en el retraimiento en que su vecino parecía haberse encerrado.

La imaginación de la mujer tiene menos freno, menos sujeción que la del hombre, siquiera el hombre sea un poeta, y la de Luisa vagó todo el día en torno de aquel misterio que supuso existía en la vida ó en el corazón de su vecino, y luego, cansada ya de discutir sobre tal hipótesis, se preguntó:

—¿Por qué habrá salido hoy al balcón tan de mañana, siendo así que la portera dice que no se levanta hasta las diez?

¿Se habría asomado con el objeto de verla á ella? Todo pudiera ser; la soledad aburre á cualquiera, ó acaba por aburrirlo al cabo de algún tiempo, y su vecino llevaba ya muchos días sin ver á nadie ni hablar con nadie, á menos que lo hiciera á las horas de co-

mer, lo cual no era muy factible; natural era, pues, que se congratulase de verla á ella como á cualquiera otra persona, y que quisiera buscar ocasión de decir algo, de hablar algo para ahuyentar, siquiera fuese por breves minutos, la monotonía engendradora del aburrimiento.

Ya hemos dicho que Luisa, á pesar de su serenidad y de su retraimiento, no era refractaria al trato de gentes, y que durante dos años, sostuvo buenas relaciones con sus vecinos de piso, ¿qué inconveniente podía haber en que Germán pensara lo mismo y deseara dirigirle la palabra alguna que otra vez, de balcón á balcón, para pasar un rato dando tregua á la pluma. Sin embargo, guardóse ella muy bien de alentarle á ello, y no se dejó ver en su balcón, sino á la hora de colgar el canario por las mañanas, y á la de retirarlo y regar las flores por la tarde.

---

#### IV

##### *Se estrechan las distancias*

Pasaron dos días sin que se volvieran á ver Luisa y Germán; aquella no hizo salida extraordinaria alguna á sus balcones, y éste no estaba en los suyos cuando aquélla salió; sin saber por qué, Luisa sintió herido su amor propio por aquella decepción.

Eran las cinco y cuarto de la tarde, y Arturito no había vuelto aún del colegio, siendo así que volvía siempre muy pocos minutos después de las cinco, y ya empezaba á inquietar á su madre la tardanza, cuando el niño llamó á la puerta del piso.

—¿Cómo has tardado tanto? — le preguntó cariñosamente su madre; y al ver que el niño tenía un papel liado en la mano, añadió: — ¿Qué traes ahí?

—Dulces, mamá, dulces — contestó el niño alegremente.



—¿Quién te los ha dado?

—Ese señor que vive ahí; es muy bueno ese señor; me ha dado besos y dulces. Mira, mira, — y desdoblando el papel le enseñó á su madre las pastas finas que contenía el papel.

Luisa se quedó pensativa un instante, y volvió á interrogar al niño.

—¿Y cómo ha sido eso? ¿has entrado tú en la habitación de ese señor?

—Sí, mamá — repuso Arturo. — Ya iba yo á llegar aquí á la puerta, y ese señor que bajaba, me cogió de la mano, y me dijo: —«¿A dónde vas, nene?» — A casa con mamá — le dije yo, y entonces me dió un beso, y me dijo: — «Ven, que voy á darte una cosa»; — y subimos, y entramos en su cuarto y me dió besos y dulces, mira, mira; y me dijo que te quisiera mucho, y luego salimos, y él se ha ido á la calle.

No hay madre que no agradezca las atenciones que se tienen con sus hijos, y las pruebas de afecto que se les dan. Luisa agradeció aquel acto de su vecino, y al mismo tiempo dejó de sentirse herida en su amor propio. Si su vecino no se había dejado ver en dos días, no era porque ella le hubiera sido antipática, sino por cualquier otro motivo; quizá lo hubiera hecho deliberadamente por no hacerse enfadoso, ó porque ella no supu-

siera lo que indudablemente no existía, esto es, impaciencias ó pretensiones que estaba él muy lejos de tener.

Pero una vez satisfecho su amor propio con la cariñosa atención del vecino para con su hijo, se le ocurrió que tal atención la ponía á ella en un brete, pues ó hacía caso ómiso del obsequio hecho á su hijo, lo cual era una descortesía, ó lo tomaba en cuenta y se veía en la necesidad de mostrarse reconocida de él, lo cual pudiera interpretarse por deseo de entablar relaciones de amistad con su vecino, cosa esta, que no le parecía decorosa; en ambos casos, podía ser mal interpretado su proceder, ¿qué hacer, pues? ¿qué resolución tomar?

La joven, en la duda, se decidió por no alterar su costumbre, y dejar á las circunstancias la resolución de aquel problema; á la mañana siguiente abrió sus balcones, como siempre, y colgó la jaula del canario en su sitio; el vecino no estaba en su balcón, y la joven se retiró, respirando con tranquilidad.

—Vamos — se dijo, — no ha querido que yo sospeche lo que no es.

Pero si aquel día no estuvo en su balcón el vecino, estuvo en el siguiente; Luisa se quedó un poco cortada al verlo; él la saludó con la cabeza como lo hiciera días antes, y,

al observar que ella se limitó á devolverle el saludo en la misma forma, le dijo él:

—Señora: permítame usted que le pida mil perdones por la libertad que anteayer me tomé de darle á su niño unas pastas, única cosa que tenía en mi cuarto; tiene usted un hijo muy hermoso.

—Muchas gracias, caballero — le contestó Luisa poniéndose encarnada, — tanto por su atención como por el elogio.

—He creído, señora, que el título de vecino me autorizaba á darle un beso y un dulce á su hijo, y si á usted no le disgusta, no serán los últimos; me encanta esa criatura por lo bonita, y más aun por lo buena y dócil que es; no se la oye. ¿Debe quererla á usted mucho, no es verdad?

—Así lo dice él — contestó Luisa sonriendo — y creo que dice la verdad.

—¿No ha tenido usted más hijos que ese?

—No, señor.

—¿Adorará usted en él?

—Es natural.

—¿Hace mucho tiempo que murió su padre?

—Cuatro años — contestó Luisa con tristeza.

—Ruego á usted que si considera indiscreta alguna de mis preguntas, no la conteste; después de todo, no tienen más objeto



que el de decir algo; ¡se aburre uno tanto cuando no habla con nadie en mucho tiempo!

—Será porque usted no quiera; los hombres tienen siempre amigos y la libertad de salir á la calle cuando les parece.

—Amigos, sí... hasta cierto punto; y en cuanto á la libertad para salir, el que no quiere tenerla, no la tiene; yo prefiero aburrirme á solas en mi habitación, á tropezar por ahí con personas que son amigas nuestras, porque ellas lo dicen. La amistad, es hoy una joya muy estimable, por lo rara que se ha hecho en el mundo; pero es posible que la esté yo distrayendo á usted de sus quehaceres, y lo sentiría en extremo.

—Cinco minutos de distracción, no son nada — contestó Luisa.

—¿Tanto trabaja usted?

—Todo el día.

—¿Y no se cansa?

—No, señor; en primer lugar, estoy ya acostumbrada á ello, y en segundo, es necesario; la vida se ha hecho muy cara en Madrid.

—¿Y los domingos?

—Los domingos descanso, hasta cierto punto, es decir; desde las once de la mañana en adelante, salvo el cuidado de la comida y la cena.

—Le compadezco á usted.

—¿No trabaja usted también?

—Sí, señora, pero mi trabajo es descansado y tiene la gran ventaja de no ser obligatorio; escribo cuando quiero, cuando me siento inspirado, y cuando no, lo dejo.

—¿Escribe usted para el teatro?

—No, señora, no escribo para el público, sino para mí mismo, para mi recreo; es una manía como otra cualquiera.

Luisa se despidió de su vecino y se retiró.

—Cada vez estoy más convencida — se dijo, — de que en la vida de mi vecino hay un misterio; la tristeza de sus ojos se revela también en sus palabras. Dice que no trabaja obligatoriamente, sino que lo hace para sí y por recreo, luego tiene medios de fortuna que le permiten no trabajar, y eso se ve á la legua. ¿Por qué entonces se retrae? ¿por qué huye de los amigos? ¿por qué no sale de su casa más que para comer? No sé por qué se me antoja que es muy desgraciado... ¡También soy desgraciado yo, y por eso estoy tan retraída! A él se conoce que lo ha hecho desgraciado la amistad; á mí me ha hecho desgraciada el amor, y entre los dos existe la simpatía de la desgracia.

Germán, vuelto otra vez á su gabinete y echado en un sillón, en cuyo respaldo apoyaba la cabeza, pensaba al mismo tiempo:

—Esa joven, que á juzgar por lo que dice

la portera es una florista hábil y trabajadora, no debe de haber sido siempre una menestrala; se expresa demasiado bien y viste con demasiada elegancia á pesar de su sencillez, para no haber recibido otra educación que la que los obreros pueden darle á sus hijas. Se manifiesta conforme con su existencia, pero esa conformidad no es, á mi juicio, más que resignación, la resignación del infortunio... La verdad es, que haberse quedado viuda, con un hijo, á los diez y ocho años y tenerse que sostener á expensas de su trabajo honrado, es un calvario para una mujer, calvario que son pocas las que recorren sin tropezar y caer... Cuatro años hace que vive en esta casa, según la portera, y en ellos no se le ha conocido novio ni amante alguno, y no por falta de pretendientes, sino porque ella no ha querido tener relaciones con nadie, y cuando la portera lo dice, debe ser cierto, porque en su flujo de hablar y de contarle todo sin que se le pregunte, si algo hubiese, por poco que fuera, ya lo hubiera charlado cien veces... ¡Pobre joven!... ¡y qué niño más hermoso tiene!

Como vemos, ambos estaban recíprocamente impresionados, y los dos creían estarlo por simpatía; cada cual adivinaba una desgracia en el otro, y la compadecía sinceramente.

3.—*La Hija de las Flores.*



Las conversaciones entre ambos se hicieron diarias de balcón á balcón; pero no ya en las primeras horas de la mañana; avanzaba lentamente el invierno, y el frío se dejaba sentir cada vez más; aprovechaban para ello un rato, de once á once y media, cuando el sol daba más de lleno en sus balcones. El que más ganó con aquella amistad, que se fué acentuando poco á poco, fué Arturito; todas las tardes, á eso de las dos, cuando Germán estaba ya de regreso en sus habitaciones, iba el niño á pasar un rato con su amigo, como él le llamaba, y raro era el día que no se encontrase con un juguete ó con alguna golosina, no obstante los ruegos de su madre para que Germán no lo hiciera.

—Déjeme usted que satisfaga yo mi capricho — le decía, — es el mayor goce que tengo hace ya meses, y no merece la pena de que usted me prive de él.

Y Luisa condescendía pero replicando siempre.

—Me lo va usted á echar á perder, porque se acostumbra á cosas que luego echará de menos.

Así transcurrieron algunos meses, y la buena amistad se fué estrechando entre los dos vecinos.

## V

### *Noticia triste*

El invierno había tocado á su fin, y alboraba la primavera con su manto de flores y sus brisas suaves y perfumadas, su sol alegre y sus armoniosos murmullos. Todo parecía volver á la vida después de unos meses de inactividad, de paralización, de sueño letárgico ó modorriento. Las golondrinas, mensajeras de los días plácidos, colgaban sus nidos á cubierto de los aleros de los tejados y dentro de los desvanes, cuyas abiertas ventanas les facilitaban francas la entrada y la salida; los gorriones, listos y vivaces, piaban sus amores y se apelotonaban bulliciosos entre las ramas de los árboles; éstos empezaban á lucir sus hojas de color de la esperanza y á alegrar con ellas la vista, cansada de contemplar el obscuro color de las desnudas ramas; susurraban las fuentes y murmuraban los

arroyos acrecidos por la fusión de las nieves en las alturas á la acción de los ardientes rayos solares, y todo parecía emerger, como por encanto, desde el no ser á la vida.

Erase una mañana deliciosa del mes de Abril de 1904, y Luisa, después de arreglado su modesto piso y de haber enviado á Arturito al colegio, se vistió con la sencillez y elegancia de costumbre, y se dirigió á un establecimiento de sombreros de señoras, sito en la calle del Carmen, al objeto de entregar un encargo urgente.

En el establecimiento vió á una señora de cierta edad y á una joven como de veintitis años, ambas lujosamente vestidas, que examinaban sombreros sin encontrar ninguno que les gustara, no por la forma, sino por los adornos.

—Yo quiero — decía la más joven, — algo que caracterice bien la primavera y que no sea un amontonamiento de flores; algo de gusto delicado y de elaboración muy fina.

—Lo que tú quieres, Eudoxia, no lo hay aquí — dijo la señora de más edad, — ni es fácil que lo encontremos en ninguna parte.

—¿Por qué no lo hemos de encontrar, mamá?

—Porque no lo hay; todo lo que vemos resulta amazaçotado.

—Gracias á Dios, señorita, que llega us-



ted; ¿trae usted las flores? — le preguntó á Luisa la dueña del establecimiento.

—Sí, señora, y por traérselas á usted hoy, no me acosté anoche hasta la una de la madrugada.

Luisa colocó en el mostrador una cajita de cartón que llevaba, la abrió, y puso de manifiesto tres lindos ramos de flores artificiales, en los que no se sabía qué admirar más, si la naturalidad de las flores y sus delicados matices, ó la admirable combinación de ellas para que resultaran de un gran efecto artístico.

—¿A ver, á ver? — exclamó Eudoxia con precipitación, y cogió uno de los ramos; — ¡qué cosa más bonita, qué bien y con qué gusto está hecha! ¿Es obra de usted?

—Sí, señora.

—¿Recibe usted encargos particulares?

—Alguno que otro.

—¿Se los pagarán á usted mejor?

—Es natural.

—Mamá: dale una tarjeta á esta joven con las señas de casa.

La señora mayor sacó un tarjetero y entregó á Luisa una tarjeta.

—Quisiera que fuese usted á casa esta tarde á las cuatro.

—Advierto á usted señorita — dijo Luisa, — que tengo mucho trabajo, y no sé hasta

qué punto podré complacerla á usted.

—No deje usted de ir, que de eso otro hablaremos luego; todo se reducirá á pagarle á usted diez por lo que valga uno.

—Iré; pero no respondo...

—Nada, nada; esta tarde hablaremos.

A las cuatro en punto de la tarde llegaba Luisa á la casa de doña Filomena Cascajares de Garduña, según rezaba la tarjeta, y era introducida por una doncella en las habitaciones particulares de Eudoxia. Esta, vestida con una hermosa bata de seda y coquetamente peinada, la esperaba ya impaciente.

—Temí que no viniera usted — le dijo á Luisa, — y como el tiempo apremia, me iba poniendo ya de mal humor. — Quiero que me haga usted ramitos de flores para adornar tres sombreros, todos ellos delicados como los que he visto esta mañana, pero de distinta tonalidad cada juego, y una guirnalda caprichosa y ligera, para adornar una sombrilla.

—¿Para cuándo lo quiere usted?

—Para dentro de ocho días.

—Imposible.

—¿Por qué imposible?

—Porque necesitaría dedicarme exclusivamente al trabajo de usted una semana, y no puedo; tengo compromisos adquiridos, y...

—Esos compromisos los aplaza usted; ya

le dije que le pagaría á usted á razón de diez por uno; ¿cuántos días empleará usted en hacer bien mi encargo?

—Ya se lo he dicho á usted: siete días.

—¿Cuánto gana usted al día por término medio

—Cinco pesetas.

—Pues bien; yo le doy á usted trescientas pesetas por lo que le he encargãdo.

—La proposición es tentadora, señorita, — le contestó Luisa sonriendo, — pero por ganar trescientas pesetas en una semana, voy á correr el riesgo de perder una casa para la cual trabajo todo el año; concédame usted siquiera un plazo de veinte días.

—Eso sí que es imposible, no lo de usted.

—¿Por qué ha de ser eso imposible y no lo mío?

—Porque me caso dentro de doce días, y horas después saldré para el Perú.

—¡Doce días!

—No eche usted cuenta con esos doce días, sino con ocho á lo sumo, porque necesito luego que la modista monte los sombreros y la sombrilla.

—Ahora le podría yo preguntar á usted si no sería posible aplazar el casamiento — dijo Luisa sonriendo.

—No, por dos razones: la primera, porque mi novio ha fijado la fecha teniendo en cuen-



ta sus negocios, y la segunda, porque ese día se casa también una amiga íntima, y hemos convenido en hacerlo en la misma iglesia y á la misma hora.

Doña Filomena entró en aquel instante en la habitación de su hija, y preguntó:

—¿Está convenido ya todo?

—Todo no — repuso Luisa, — hay una cuestión de tiempo difícil de salvar.

—El dinero todo lo allana; lo que no se puede hacer por diez se hace por veinte. Tu padre me acaba de decir que no tiene inconveniente en darte gusto en eso, cueste lo que cueste.

—Ya le he ofrecido á esta señora trescientas pesetas por el trabajo de una semana.

—¿Y no quiere?

—No es que yo no quiera, sino que no puedo, porque... En fin — dijo reflexionando un instante, — lo intentaré.

—No, no basta intentarlo, es preciso que sea, y que nosotras tengamos la seguridad de que será así.

—Corriente; será.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Me alegro; ¿y á que no sabes Eudoxia por qué me alegro más?

—¿Por qué, mamá?

—Porque acabo de saber que uno de los

regalos que le hace Tamarit á su futura, es una sombrilla adornada con flores.

Luisa se estremeció y se puso densamente pálida.

—¿Qué tiene usted? ¿se pone usted mala? —le preguntó Eudoxia.

—No, señorita — dijo Luisa reponiéndose y tratando de sonreír, — es un ligero vahido que acostumbra á darme algunas veces, pero ya pasó.

—Sí, hija, una sombrilla adornada con flores.

—Estará Laura contentísima; ¿ha visto ya la sombrilla?

—Creo que Tamarit se la llevó ayer para que la viese.

—Alfredo es muy galante.

Luisa se encontraba mal, decididamente, porque un color se le iba y otro se le venía.

—¿Cuándo se casa usted, señorita? — le preguntó á Eudoxia, haciendo un esfuerzo por parecer tranquila.

—Dentro de diez días.

—¿En qué iglesia se va usted á casar?

—En San Ginés.

—¿A qué hora?

—A las once de la mañana; ¿por qué lo pregunta usted?

—Porque nunca he visto un casamiento doble, y quisiera verlo; además, tendría gus-

to en verla á usted con su traje de desposada.

—Eso es lo convenido respecto al día, la hora y el templo, y no creo que varíe, pero, de todos modos, si hubiere alguna variación, se la diría á usted cuando traiga las flores; ¿quiere usted algún dinero por adelantado?

—No, señora.

—No diga usted nada á nadie — dijo doña Filomena, — no vaya á hacer el diablo que Laura ó Tamarit se enteren y procuren buscar algo tan bueno como lo que usted haga.

—Descuide usted, señora, — le contestó Luisa, — seré discreta por la cuenta que me tiene.

Luisa se despidió de la señora y de la señorita de Garduña, diciéndoles:

—Voy á poner manos á la obra enseguida.

—Que no falte usted.

—No faltaré; palabra que doy la cumplo.

Luisa salió con el corazón oprimido y la frente hecha una brasa; se dirigió al establecimiento para el cual trabajaba, y obtuvo la concesión de ocho días de huelga que solicitó, pretextando tener á su hijo enfermo; compró luego el material que creyó necesario para la obra encargada, y se retiró á su casa. Al llegar á su piso, dirigió una mirada melancólica al de su vecino, y suspiró inconscientemente. Llevaba un infierno en el corazón y una tempestad en la cabeza.



## VI

### *¡Pobre Luisa!*

Para que nuestros lectores comprendan el estado de ánimo en que Luisa volvió á su casa, y la penosa impresión que recibió en la de los señores de Garduña, bastará consignar que Alfredo Tamarit, el que iba á casarse con Laura, era el padre de Arturito (1).

Luisa, huérfana é hija de padres que aunque no ricos habían pertenecido á la clase media y le habían podido dar buena educación, vivía con una abuela suya, anciana y achacosa, pensionista del Estado, con cuya pensión y lo que Luisa ganaba convirtiendo en oficio su habilidad adquirida como adorno ó pasatiempo en la confección de flores, lo pasaban regularmente.

Tenía la joven diez y seis años cuando

---

(1) Véase «El Purgatorio de las Solteras»

Tamarit, que era un pirata del amor, la vió una tarde, se encaprichó de ella, y se propuso conquistarla. Su misma inocencia defendió por mucho tiempo á Luisa de las garras del milano; pero enfermó su abuela; la enfermedad se hizo larga y costosa; sobrevinieron los apuros, y Tamarit se ofreció como salvador en aquella triste situación, brindando con recursos que la joven se negó á aceptar, temiendo que su abuela pensara mal de ella cuando se restableciese.

Tamarit insistió habilidosamente, y consiguió, por fin, que la joven aceptase un billete de quinientas pesetas que él envió dentro de una carta, en la cual le rogaba que aceptase aquella cantidad, del que sería su esposo, y luego, cuando la enfermedad de la anciana tomó carácter más agudo, logró entrar en la casa, cosa que no había conseguido hasta entonces.

El grave estado de la enferma, cuya vista y cuyo oído se entorpecieron, fué otro motivo que Tamarit explotó para menudear y alargar sus visitas, y para ir trastornando la cabeza de Luisa y enardecendo su sangre hasta que en un momento de debilidad, se dejó ella convencer y cayó en sus brazos.

Murió la anciana sin tener la menor sospecha de la deshonra de su nieta, y ésta dió á luz á Arturito seis meses más tarde. Con-

fiaba la joven en la palabra de su amante, cuyo cumplimiento iba éste aplazando con un pretexto ó con otro, hasta que logró descubrir que la engañaba con otra, y que era un galanteador de oficio. Entonces instó con más fuerza, y al tropezar con su resistencia, limitó sus aspiraciones á que reconociese á su hijo; pero Tamarit, adujo de igual modo pretextos y excusas, y le ofreció á Luisa una fuerte cantidad para que asegurase la educación y el sostenimiento de su hijo, oferta que ella rechazó con dignidad y firmeza, diciéndole que se bastaba á sí misma para educar y mantener honradamente al niño. Cuando Tamarit fué á verla tres días después, creyendo que se le había pasado el disgusto, la joven y el niño habían desaparecido sin dejar rastro alguno. Tamarit se encogió de hombros y prosiguió su vida de aventuras.

Nada hizo desde entonces Luisa por saber de él; su cariño se convirtió en desprecio; todos sus afanes se reconcentraron en su hijo, criatura preciosa que sonreía en la cuna, completamente ajena al martirio de su madre y al descastado proceder de su padre.

Las flores fueron, no ya la distracción, sino el recurso único de Luisa, y á ellas se dedicó con perseverancia, con tesón y con más habilidad aun que antes. Tomó el piso de la calle del Barco; hízose pasar por viuda;



dedicóse por completo al trabajo y al cuidado de su hijo; evitó con su irreprochable conducta que nadie pensara mal de ella, y así había vivido cuatro años, sin demostrar más que por un ligero tinte de melancolía, los sinsabores de su alma.

En sus largas reflexiones había acabado por no tener un solo recuerdo suyo para Tamarit; su acción canallesca lo había puesto tan bajo en su concepto, que no le concedió ni siquiera el honor de que ella lo recordase; no llegó al punto de odiarlo, pero fué peor aun; lo despreció en absoluto. Sin embargo, si despreció al amante villano, al amante infuco, y si para él no tuvo un pensamiento siquiera, veíase asaltada á cada instante por el recuerdo del padre de su hijo, de aquel padre desnaturalizado que había negado su nombre al sér á quien engendrara, á aquella criatura inocente venida al mundo por ajenas culpas, á la cual adoraba con toda la ternura de su corazón.

Después del esfuerzo supremo que intentó, no para que Tamarit la hiciera su esposa en cumplimiento de su formal promesa, sino para que reconociese á su hijo, y después de haberse convencido de su inutilidad, no trató de renovarlo; en su altiva dignidad no quiso sufrir nuevas humillaciones; puso su confianza en la virgen de los Desamparados

colgada á la cabecera de su lecho, y no se cuidó más que de educar á su hijo y de procurarse el sustento para ambos, digna y honradamente.

Y transcurrieron cuatro años, y la casualidad ó la Providencia le descubren inopinadamente á Tamarit en vísperas de contraer matrimonio con una joven llamada Laura, ignorante, sin duda alguna, de las fechorías canallescas del que se proponía conducirla al altar.

¿Qué hacer en aquella situación? ¿Dejar que se casara sin intentar una vez más la legitimación de su hijo? ¿Perder todo el derecho que pudiera asistirla para ello? ¿Oponerse al casamiento reivindicando la primacía? ¿Dar un escándalo á riesgo de no obtener compensación alguna?

De buena gana hubiera acudido á alguien para pedirle consejo, pero desistió inmediatamente de tal idea. ¿A qué enterar á nadie de lo que tan oculto tenía? ¿á qué caer del pedestal en que la había colocado la ejemplaridad de su conducta en aquellos cuatro años de morales sufrimientos y de trabajo continuo? No; el único consejo en aquellas circunstancias, debía ser su propio discernimiento, y en todo caso su corazón.

—Pero éste, éste no latía más que por su hijo; la imagen de Alfredo se había borrado

en él de una manera tal, que ni sombra quedaba de ella; grabada fuertemente por el amor, la había ido velando el desprecio, y la había acabado de hacer desaparecer la indiferencia. Tamarit se había convertido para ella en uno del montón, en uno de tantos hombres como veía por el mundo, sin que su atención se fijara en ellos; tanto y de tal manera había encallecido su alma, el desalmado proceder de su antiguo amante.

Ahora bien; no latiendo su corazón más que por su hijo, á su hijo debía subordinarlo todo y sacrificarlo todo si fuera necesario; á aquel hijo del amor, hijo sin nombre, pedazo arrancado de sus entrañas, ídolo de su existencia, objeto constante de sus pensamientos, resúmen de todas sus aspiraciones.

No, ella no debía consentir en el matrimonio de Tamarit, sin que éste hubiera cumplido antes con el deber moral, con el deber religioso, con el deber material de reconocer á Arturo como hijo suyo, de darle el apellido que le correspondía, y de otorgarle cuantos derechos prescribe la ley. Que lo hiciera así, y que luego se casara con quien quisiera; nada le importaba saber con quién; ella no lo quería para sí; le repugnaba, ó por lo menos, le era en absoluto indiferente.

¿Pero y si no quería acceder? ¿si se empeñaba en no reconocer á Arturo como hijo



suyo? ¿si prefería ver desbaratado su matrimonio á enmendar en cierto modo el hierro cometido en otro tiempo? ¿si se atrevía á negar que era el padre de la criatura?... ¡Oh! ella no podría justificar nunca este último extremo; ¿qué marido podrá justificar de una manera completa, absoluta, que sus hijos son suyos? podrá existir la justificación legal, pero la justificación material, nunca.

Sin embargo, si no podía justificar la paternidad de su hijo, podía probar de una manera evidente que Tamarit le había prometido casarse con ella, y aquella promesa bastaba para impedir que se casara con otra; no reconocería á Arturo, pero tampoco se casaría con Laura; el precio de tal enlace, había de ser el reconocimiento de su hijo.

¿Quién era Laura? ¿quién era aquella infeliz llamada á pagar los vidrios rotos? ¿quién era aquella mujer, tal vez sinceramente enamorada, á la cual debía ella asestar un golpe tan rudo como inmerecido? Luisa no la conocía, pero se apiadaba de ella; de ninguna manera hubiera querido hierla en sus nobles y honrados sentimientos, pero sería preciso, y, después de todo, no sería ella quien la hiriese sino él, por un enlace fatal de circunstancias; el qué siembra vientos recoge tempestades, y quizá fueran á estallar á un tiempo sobre la cabeza de Tamarit dos

tempestades á la vez, la promovida por ella, por Luisa al pedirle un nombre para su hijo, y la que fulminara contra él la abochornada novia, al ver con desencanto, que el hombre á quien quería, era un infame.

Otra idea pasó por su mente, y fué la que más le aterrorizó. ¿Pretendería Tamarit obligarla á que fuese su esposa como condición indispensable para reconocer á su hijo? Dada la perversión moral de su antiguo amante, todo era posible. Harto debiera él comprender el desprecio suyo en cuatro años de absoluto silencio, y tal vez se gozara en su martirio, como único desquite de su irremediable caída. ¿Qué haría ella en aquel caso?

Al pensar en esto, Luisa temblaba como una azogada; no concebía caso más horrible, dilema más espantoso, y no obstante que fuese muy problemático, le bastaba con que fuese posible, para hacerla temblar. ¿Entre que su hijo se quedara sin nombre, ó ser ella mártir todo el resto de su vida, por qué optaría?... Por su martirio; en aquello no cabía duda.

Luisa, atontada por la lucha de tan encontrados pensamientos y atribulada por sensaciones tan hondas, dirigióse tambaleando á la alcoba, y cayendo de rodillas entre las dos camas ante la imagen de la virgen de los Desamparados, exclamó con la voz ahogada y llenos de lágrimas los ojos.

—¡ Ampárame, madre de Dios, y sírvenme de guía en esta tribulación, para que yo consiga que mi hijo tenga padre; haz que ese hombre no vuelva á pensar en mí; pero si es necesario mi sacrificio, cúmplase tu voluntad y la voluntad del Señor!

---



## VII

### *Germán, reflexivo*

Cinco días lleva el pobre canario sin ver la calle; cinco días hace que no se riegan las macetas que florecen en los balcones de Luisa; cinco días han pasado sin que ésta haya dado señales de vida para su vecino; engolfada en su trabajo y sumida en sus pensamientos, no ha tenido humor, gusto, ni tiempo para nada. Ha salido un momento y muy temprano, cada mañana, á objeto de comprar todo lo necesario para el día; se ha limitado á pasar la escoba por las habitaciones y á vestir al niño, y sin pasarse siquiera un peine por la cabeza, se ha sentado en el yunque á batallar con las flores y con sus pensamientos.

No le extrañó á Germán dejar de ver un día á su vecina, pero al segundo sí; estaba acostumbrado á verla ya todos los días y á hablar con ella de diez y media á once, y no

comprendió la causa de aquella retirada repentina. ¿Se habría ofendido por algo? ¿estaría enferma? Cuando así reflexionaba, llamaron á la puerta: era Arturito.

—¿Y tu mamá? — le preguntó Germán.

—En casa.

—¿Está enferma?

—No, señor.

—¿Qué hace?

—Está haciendo flores como siempre.

—¿Le has dicho que venías aquí?

—Sí.

—¿Y no te ha dicho nada?

—No.

Alfredo no supo qué pensar, ni creyó oportuno hacerle más preguntas al niño, pero reflexionó que si su madre estuviera resentida con él, no le hubiera permitido á su hijo que hubiera ido á verle; la causa de su retraimiento debiera ser otra.

Al tercer día, el desasosiego de Germán fué en aumento, y al cuarto ya no pudo resistir, y dijo á la portera cuando le entregó la llave del cuarto para irse á almorzar:

—Señora Romualda, ¿sabe usted si está mala mi vecina? Hace cuatro días que no la veo, que no riega las flores ni saca el canario al sol.

—Diré á usted, don Germán: enferma no creo que esté, pero malucha sí, porque está

hace tres ó cuatro días muy descolorida y hasta me parece que está más triste que de costumbre.

—¿Cuándo la ha visto usted?

—Cuando sale á comprar.

—¿A qué hora?

—No tiene hora fija; unas veces sale temprano, otras veces sale tarde.

—¿Quiere hacerme un favor?

—Mande usted.

—Suba usted luego á verla, cuando vaya á barrer mi cuarto, y averigüe usted lo que tiene, pero no le diga usted que va de parte mía, no vaya á suponer lo que no es.

—Entendido — dijo la portera sonriendo de una manera especial.

—Cuando vuelva de comer me dirá usted lo que sepa ¿eh?

—Sí, señor; vaya usted descuidado.

Diez minutos después llamó Romualda á la puerta del cuarto de Luisa; ésta abrió.

—¿Quiere usted hacerme el favor de dejarme el plumero para quitar el polvo? se me ha olvidado hoy subirlo, y por no bajar...

—Sí, señora; está colgado en el comedor; cójalo usted.

—¡Qué pálida está usted, señorita! ¿está usted mala?

—Sí; hace cuatro días que tengo una jaqueca atroz.



—Será frío que habrá usted cogido.

—Puede ser.

—¡Como abre usted los balcones tan de mañana!

—No, ahora no los abro.

—Tampoco es bueno tenerlos cerrados siempre.

Luisa no contestó; se había vuelto á sentar á su mesa de batalla, y había reanudado su ocupación.

—¿Tiene usted ahora mucho trabajo?

Luisa comprendió, al observar la insistencia del interrogatorio, que Romualda era eehadiza, y dedujo que nadie podía haberla empujado sino el vecino.

—Sí — repuso, — tengo un trabajo tan urgente, que no me deja tiempo ni aun para peinarme; me acuesto muy tarde y madrugo mucho.

—¿Y tardará usted mucho tiempo en concluirlo?

—Aun me queda para una semana.

—¡Jesús, María y José! ¿una semana sobre los días que usted lleva ya tan atareada?

—Sí, señora.

—Se va usted á poner mala, mujer de Dios; no haga usted tales disparates; lo primero de todo es la salud.

—Lo primero de todo es la obligación, y

luego la devoción — replicó Luisa sonriendo tristemente.

—Es verdad, pero la primera obligación es cuidarse uno.

Luisa volvió á guardar silencio; la portera estaba contrariada al no poderle arrancar una palabra.

—¿Sabe usted — dijo por último, — que se reunen ustedes dos en este piso, que no tendrían precio para cartujos? no parece sino que se han puesto ustedes de acuerdo para no hablar; si se casaran ustedes, no reñirían nunca.

Las mejillas de Luisa se colorearon un momento.

—Pero señora Romualda, ¿qué quiere usted que le diga más de lo que ya le he dicho? que tengo hace cuatro días una jaqueca muy fuerte; que tengo encargado un trabajo, para el que me falta tiempo, y que aun tardaré una semana en acabarlo, ¿qué más quiere usted saber?

—No, no, yo no quiero saber nada; si yo fuese su vecino de usted sería otra cosa.

—Mi vecino es una persona muy sensata, incapaz de querer husmear lo que no se le dice; persona á la cual yo estimo mucho, sobre todo, por su discreción. Hace ya días que no lo he visto, porque no he salido al balcón, y aun pasarán algunos más sin ver-

lo, y estoy segura de que no por eso dudará de mi estimación.

—¡Oh! pues yo dudaría.

—Porque usted es usted y no él.

—Por eso será.

Romualda comprendió que la joven había dicho cuanto quería decir, y que sería inútil que le metiese más los dedos, así es que se despidió y se fué, sin acordarse ya del plumero.

—¡Pobre Germán! — exclamó Luisa cuando se hubo quedado sola, — se ha creído sin duda que estoy yo incomodada con él, y ha comisionado á la portera para que lo averigüe indirectamente; pronto sabrá, por esa bachillera, que sigo estimándolo como antes, aunque no me haya visto ni yo me deje ver de él en algunos días. No quiero hablarle hasta que pase todo esto; quiero saber cómo quedan las cosas.

La portera refirió á Germán con bastante exactitud la conversación que había tenido con Luisa, cuya palidez había podido comprobar detenidamente.

—Muchas gracias — dijo Germán dándole un duro á Romualda. — Tenga usted, para que se compre cualquier cosa.

La portera se deshizo en cumplimientos, que él no escuchó siquiera.

—No soy yo la causa de su retraimiento —



dijo al hallarse á solas en su estancia, — pero lo del trabajo y la jaqueca, me parecen un pretexto; por mucha jaqueca y por mucho trabajo que se tengan, siempre se puede disponer de cinco minutos, aunque no sea más que para decir: «Buenos días, vecino». ¿No siendo yo, quién puede ser la causa de ese retraimiento, que aun dice que durará una semana?

Y como Germán no supo contestarse á sí mismo, ni tenía tampoco datos ni motivos para aventurar hipótesis, se encontró completamente desorientado.

—No me cabe duda — dijo al cabo de un rato, — que hay un misterio en la vida de esa joven; pero si así fuera, si estuviese yo en lo firme al suponerlo, si yo no me equivocara, tendría que calificar el misterio de doloroso para ella; tendría que considerarla víctima inocente de cualquier infamia, porque su conducta no puede ser más digna, como sus sentimientos no pueden ser más nobles, según he podido juzgar en sus cortas conversaciones con ella... Las comedias duran poco; es muy difícil sostener por mucho tiempo un papel que no se siente, con el cual no está uno identificado, y menos aun, si es opuesto á nuestro carácter, á nuestras inclinaciones, á nuestro modo de ser... No sé por qué me ha interesado tanto esa pobre mujer,

tan hermosa, tan joven, tan desvalida... es decir, sí que lo sé: me ha interesado por eso mismo, porque la considero digna y honrada, y la veo al mismo tiempo adornada de los atractivos de la juventud y de la hermosura, metida siempre entre cuatro paredes, trabajando desde la mañana hasta la noche para poder vivir, si á eso se llama vivir, y para poder educar á su hijo y llevarlo con decencia; porque veo que para esa mujer, que está ahora en los albores de la vida, no hay campo ni hay sol, ni hay brisa ni hay flores... ¡Oh! flores sí que hay; las cultiva en sus balcones para que alegren la vista del canario que trina en su jaula; las urden sus dedos para que otras las luzcan en sus tocados y en sus prendidos, y las lleva en sí para encanto de los que la miran, porque su frente es un manojo de jazmines, sus labios son dos claveles, y en sus mejillas campean las rosas; pero esas rosas, esos claveles y esos jazmines, que encantan á los que la ven, no le alegran á ella el alma, como no se la alegran tampoco las que florecen en su balcón ni las que crean sus manos; si le alegrasen el alma, las exhibiría amenudo, las mostraría sonriente... Luisa debe de ser, como yo, una víctima del destino injusto.

Germán se detuvo en el curso de sus reflexiones, y luego prosiguió:

—Siento hacia esa joven profunda simpatía, un afecto grande, pero tranquilo, y quisiera poseer su confianza para que me contara sus penas, para que levantara á mis ojos el velo que oculta el misterio de su vida; pero ¿á qué título puedo yo pretender semejante cosa?... ¡á ninguno!

Y Germán, inclinando la cabeza sobre el pecho, se quedó profundamente pensativo.

---



## VIII

### *El impedimento*

Luisa cumplió la palabra dada á la señora y señorita de Garduña, llevándoles las flores pedidas en el plazo convenido. Eudoxia quedó complacida del trabajo, y dijo á Luisa:

—No porque me vaya al Perú, dejaré de hacerle á usted encargos; déjeme usted las señas de su casa.

Luisa se las dió, y le preguntó al mismo tiempo:

—¿No ha sufrido modificación alguna el programa de su casamiento, ni el de su amiga?

—Ninguno; pasado mañana á las once, en San Ginés; ¿irá usted?

—Sí señora.

Doña Filomena entregó á Luisa tres billetes de cien pesetas, y ésta se despidió y regresó á su casa.

Aquella tarde, contra su costumbre, salió

con su hijo y tardó más de dos horas en volver; el niño estaba loco de contento; su madre la había comprado un bonito traje, un sombrero y unas botas.

Dos días después, le dijo á Arturo:

—Hoy no vas al colegio; tenemos que salir, y quiero que estrenes el traje que te compré anteayer.

—¿A dónde vamos? — preguntó gozosamente el niño.

—A la iglesia.

A las diez de la mañana estaban ambos vestidos y salieron de casa. Luisa iba de negro, con mantilla y el velo echado sobre el rostro; en el bolsillo del vestido se había metido un papel doblado.

Antes de las diez y media estaban en la iglesia, á la cual no había llegado nadie aun; ambos se colocaron en la penumbra de una de las capillas laterales.

La agitación que Luisa había sentido durante muchos días, había desaparecido; hallábase completamente tranquila. Había cabilado y dudado mucho antes de tomar una resolución, pero una vez tomada, no vaciló en la manera de llevarla á cabo. Se trataba del porvenir de su hijo, y aquella idea le daba fuerzas y serenidad para todo.

El templo estaba lujosamente decorado, y el altar mayor preparado para la ceremonia

y para la misa de las velaciones; se conocía que no se había omitido gasto alguno para que el acto resultara ostentoso.

A las once, sintió Luisa que se detenían varios coches á la puerta del templo, y levantándose del sitio en que estaba y llevando á su hijo de la mano, fué á arrodillarse al pié de las gradas del presbiterio, siempre con el velo caído y un libro de oraciones en la mano.

Al ruido de los pasos volvió ligeramente la cabeza, y vió á un caballero como de cincuenta años, vestido de frac, dando el brazo á una hermosa joven con su blanco traje de desposada; eran la novia y su padre. Laura, que así se llamaba ella, era hermosa, pero estaba algo pálida por efecto de la emoción; sin embargo, conocíasele en el rostro la alegría que le retozaba en el alma.

Dos ó tres pasos detrás de ella seguía Tamarit vestido de rigurosa etiqueta, llevando á su derecha á un señor anciano de aspecto militar, que tenía una cinta encarnada en el ojal, y á su izquierda á un caballero joven y de aspecto serio; eran sus testigos. Detrás de estos pasaron varias damas y caballeros. Todos se dirigieron á la sacristía.

Luisa esperaba ver llegar inmediatamente á la otra novia, á la señorita Garduña con sus padres, su novio, sus testigos y un bri-



llante séquito, pero transcurrió media hora, y no parecieron. Poco después, á eso de las doce menos cuarto, oyó decir que el casamiento de la señorita de Garduña se había aplazado por una causa imprevista, y que se iba á celebrar sólo el de Tamarit con la señorita de Gómez.

Luisa había visto pasar á Alfredo á muy corta distancia de ella, erguido y sonriente, y á pesar de que no lo había visto en cuatro años, no sintió la menor impresión; el corazón había dejado de latir por él en absoluto; lo único que sintió fué un pequeño sacudimiento nervioso, que dominó enseguida.

Convenido, sin duda, en celebrar sólo el casamiento de Tamarit y de Laura, el sacerdote, convenientemente revestido, se dirigió al altar seguido de los novios y de sus testigos, al propio tiempo que los demás invitados se colocaban cerca de ellos.

Iba á dar principio la ceremonia. Luisa se incorporó, y llevando de la mano izquierda al niño, subió las gradas, y dirigiéndose al sacerdote, le dijo con voz firme y clara:

—Padre cura: ese caballero no se puede casar.

Todo el mundo quedó suspenso.

—¿Por qué? — preguntó el sacerdote.

—Porque me tiene dada á mí palabra de casamiento, y porque este niño es hijo suyo.

Al decir esto, Luisa se echó hacia atrás el velo tranquilamente, dejando ver su rostro hermoso aunque muy pálido.

Tamarit, que se había quedado absorto y trémulo cuando la joven habló por primera vez, se puso lívido y demudado.

Laura exhaló un pequeño grito, y hubiera caído desmayada al suelo, á no haberla sostenido los que estaban más cerca de ella.

El sacerdote se dirigió entonces á Tamarit, y le preguntó:

—¿Es verdad lo que dice esta señora?

—No, señor, no es verdad; yo no le he dado palabra alguna de casamiento.

—Padre cura: ahí tiene usted la prueba—dijo Luisa entregándole la carta de Tamarit, que guardaba como oro en paño.

El sacerdote la leyó, y mostrándole la firma á Tamarit, le preguntó:

—¿Es de usted esta firma?

—Sí, señor — contestó aquél balbuceando.

—Pues bien — dijo gravemente el sacerdote. — En cumplimiento de mi sagrado ministerio, considero justo y bastante el impedimento, y declaro que no puedo casar á los novios.

La consternación fué general; á Laura se la habían llevado á la sacristía, donde procuraban hacerla volver en sí. Su padre, con la faz demudada, había hablado reservada-

5.—*La Hija de las Flores.*

mente con el cura, y luego se dirigió al sitio en que Luisa se encontraba con el niño, y la dijo:

—Le doy á usted diez mil duros, si retira usted el impedimento para que se realice el matrimonio.

Luisa contestó sin altivez, pero con dignidad:

—Me ofende su proposición; no quiero dinero alguno; que reconozca legalmente á este niño por hijo suyo; que le dé su nombre, como debe dárselo, y retiraré el impedimento á fin de que se case con la que quiera; para mí está demás.

El señor de Gómez habló con su hija, que ya se había repuesto de su desmayo, pero ésta, moviendo negativamente la cabeza, dijo á su padre:

—No, no, no quiero.

El cortejo abandonó tristemente la iglesia. Tamarit lanzó una mirada furibunda á Luisa, quien la sostuvo sin pestañear. Cuando todos hubieron salido, volvióse ésta á dejar caer el velo, cogió al niño de la mano, y salió del templo, diciendo para sí:

—He cumplido con mi deber, pero lo siento por esa pobre joven; aunque, ¡quién sabe si le habré hecho un favor al libertarla de las garras de ese miserable!



Cuando estuvieron en la calle, le preguntó su hijo:

—Di, mamá, ¿qué ha sido eso?

—Un casamiento.

—¿Pero se han casado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque se ha puesto mala la novia, y se la han tenido que llevar á su casa.

Arturo no tenía discernimiento bastante para comprender lo ocurrido, y no insistió en sus preguntas.

Eran las doce y cuarto, y como Luisa no se hubiera cuidado de hacer la compra aquel día, se metió con su hijo en un restaurant, y pidió dos cubiertos de medio duro.

Arturito estaba en sus glorias; aquello era cosa nueva para él; comió con un apetito voraz; en cambio su madre apenas probó bocado. Su tentativa no le había dado el resultado apetecido. Había impedido el casamiento de Tamarit, pero no había logrado darle padre á su hijo.

A la una salieron del restaurant y regresaron á casa.

---

## IX

### *Encuentro casual*

Sería la una y cuarto cuando Luisa y Arturo llegaron á la portería; la señora Romualda los detuvo diciéndoles:

—¡Caramba, qué majo que va el niño! así me gusta; ¿vienes de dar un paseo?

—No — contestó el muchacho, — he ido á la iglesia, y luego á comer á una fonda.

—Bien, hombre, bien.

—Alguna vez había de ser — dijo Luisa, — ¡se lo había prometido ya tantas!

—Y usted, señorita, también va que da gozo verla; hoy tiene usted buenos colores, no como estos días, pasados, que estaba usted amarilla.

—Trabajaba mucho y dormía poco — repuso Luisa.

La portera decía verdad; la impresión pro-

ducida en la joven por la fuerte escena en que había intervenido como actor principal, y dos copas de vino que había tomado en el almuerzo, cosa á que no estaba acostumbrada, habían reanimado sus colores y la habían hermosado extraordinariamente, y como al llegar á la puerta de la casa se había echado atrás el velo porque la sofocaba, la señora Romualda tuvo ocasión de verlo.

Luisa y el niño siguieron adelante, y empezaron á subir las escaleras; al llegar al segundo piso, sintieron que alguien subía tras ellos; el niño volvió la cabeza, y exclamó con júbilo:

—¡Ah! es mi amigo el señor Germán.

A Luisa se le encendió más el color, pero no se detuvo hasta que llegó á la meseta del tercer piso; comprendió que hubiera sido una desatención no saludar á su vecino, y se volvió hacia él con expresión más bien risueña que adusta. Germán la saludó cortesmente, y la dijo:

—Señora: ya era razón de que yo tuviese el gusto de ver á usted y de saludarla.

—Dispénsame usted, vecino — le dijo ella con agrado. — He pasado muy malos días, y no he tenido ni tiempo ni humor para asomarme al balcón ni para cuidarme de mis flores.

—Por eso están mustias las pobres — le



replicó Germán con galantería, — porque acostumbradas á verla á usted todos los días, han sentido la nostalgia de su dueña.

—¿ Lo cree usted así?

—¿ No he de creerlo, si á mí me ha pasado lo mismo?

—¿ A usted?...

—Sí, señora á mí, que acostumbrado ya á verla, aunque por breves momentos cada día, no podía acostumbrarme á dejarla de ver, y me iba quedando mustio, como las flores de sus macetas.

—Sentiría — dijo Luisa, — que hubiera usted creído ni sospechado siquiera, que tenía alguna parte en mi retraimiento, debido únicamente al exceso de trabajo y á una jaqueca que no me ha abandonado un momento en muchos días.

—Y que me alegro que haya desaparecido ya, á juzgar por los hermosos colores que hoy animan su semblante; por lo demás, nunca he podido sospechar que estuviera usted resentida conmigo, con fundamento al menos, porque mi conciencia no me argüía de haberle faltado en lo más mínimo.

—Así es, y me complazco en reconocer sus atenciones y su caballerosidad.

—¿ Supongo que ahora no serán ya tantas sus ocupaciones que me sigan privando de ver á usted un rato todos los días?

—Por ahora, no.

—No puede usted formarse idea — dijo Germán con acento melancólico, — de lo que influye en mí esa expansión agradable de algunos minutos; se refleja en mis versos de una manera tan clara, que no parece sino que es usted mi Musa, y que, cuando no la veo, carezco de inspiración.

—¡Ah! ¿luego es usted poeta?

—Pretendo serlo, pero no paso de ahí.

—Ya me explico ahora lo de la nostalgia de las flores — exclamó Luisa sonriendo.

—No vaya usted á incurrir en el común error de creer que los poetas no somos hombres como los demás, y que pensamos y sentimos de diferente manera.

—No, pero creo que son ustedes más impresionables, y que pintan ó describen sus impresiones y sus afectos con colores demasiado vivos.

—La viveza de esos colores depende del mayor grado de sensibilidad; no todos los organismos son iguales.

—O del mayor vuelo de la imaginación — replicó Luisa; — no todas las imaginaciones son lo mismo.

—El pensamiento va siempre de acuerdo con las sensaciones.

—Cuando no las exagera. ¿Ha publicado usted algún libro?

—No señora.

—¿Pero 'lo publicará usted?

—Tampoco; ya dije á usted en otra ocasión que no escribía para el público sino para mí. Así como otros se distraen yendo al teatro ó á los paseos, yo me distraigo emborronando papel, haciendo versos.

—¿Según eso, sale usted muy poco?

—A comer y á cenar únicamente.

—Permítame usted que le diga que ese retraimiento arguye la existe de hondos pesares ó de tristes desengaños en la vida.

—Es verdad, y eso mismo he pensado yo al verla á usted tan retraída, tan encerrada en su casa.

—Yo tengo que hacerlo por necesidad, y usted no.

—Aun así; la necesidad no impone una reclusión tan absoluta; es preciso que se una á ella, para vivir como usted vive, un estado de ánimo que predisponga á aquella, que la determine, mejor dicho.

Luisa comprendió que la conversación iba tomando un sesgo resbaladizo, y la desvió de él, diciendo:

—¿Ha visto usted qué elegante va hoy su amigo de usted?

—Sí señora; tiene usted un hijo del cual debe estar orgullosa, porque, sobre ser una criatura encantadora, tiene un carácter ange-



lical y está muy bien educado, dada la edad que tiene.

—Es la suma bondad y no me da quehacer alguno.

—Si alguna tarde, cuando entre más la primavera, se me ocurriese dar un paseo por el campo, cosa que es problemática, ¿me permitiría usted que lo llevara conmigo?

—No tendría inconveniente en ello, si no fuera por miedo á la murmuración; bastaría que lo vieran con usted, para que supusieran que entre nosotros mediaban relaciones más estrechas de lo que en realidad son, y esas murmuraciones me perjudicarían. Bueno que vaya á verlo á usted á su habitación de vez en cuando, pero más, no.

—Como usted guste, señora; es usted la discreción misma, y nada tengo que objetar.

—No se vaya usted á ofender por eso.

—No me ofendo, la aplaudo; el sentimiento de la dignidad enaltece siempre, y ese sentimiento, por mucho que se extreme, nunca es exagerado.

Luisa no se quedó convencida de que á Germán no le hubiera molestado la negativa, y deseando desimpresionarlo, y dejándose llevar á la vez de un sentimiento de curiosidad, según ella, le dijo:

—¡Qué lástima que no haya usted publicado algún libro!

—¿ Por qué cree usted que se lástima?

—Porque se lo pediría á usted para leerlo, y creo que usted sería tan amable que no me lo negaría.

—¿ Cómo habría de negárselo á usted? Sería para mí una satisfacción; pero ya que eso no puede ser, ofrezco á usted enviarle con su niño, alguna que otra poesía de las menos malas que haya escrito ó escriba, y si es verdad, como dicen, que el alma del poeta se trasparente en sus versos, en ellos podrá usted ver la mía.

Luisa agradeció al vecino su atención, se despidió afectuosamente de él, y entró en su cuarto.

—¡ Qué lástima — se dijo, — que un hombre que parece ser tan bueno, sea desgraciado! Porque para mí lo es; ese retraimiento, esa taciturnidad, indican que sufre, como sufro yo, aunque por otra causa distinta. ¿ Qué será lo que tiene? Si yo pudiera leer todos sus versos, pronto lo averiguaría, pero ya tendrá él cuidado de no enviarme sino aquellos que nada revelan, que no den idea del misterio que envuelve su vida. También ha comprendido él que en la mía hay otro misterio, y bien claro lo demostró al decirme que pensaba como yo, en que el retraimiento arguye hondos pesares ó tristes desenga-

ños en la vida, al verme tan encerrada en mi casa.

Luisa se quedó unos momentos pensativa y, exhalando luego un suspiro, murmuró:

—¡Pesares y desengaños!... Harto conozco los míos; ¿cuáles serán los suyos?

Germán, de su parte, reflexionaba también en su cuarto, y se decía:

—Cada vez me parece más hermosa y más simpática esa mujer; tiene un fondo de recititud que me encanta, y aunque á veces me imagino que no es una viuda, sino una pobre joven seducida y abandonada por su amante, dudo enseguida de ello, porque se necesita tener mucha virtud y ser muy buena, para conllevar con tanta resignación y tanta dignidad, semejante desgracia. Por miedo á la murmuración, no ha querido confiarme á su niño para que lo lleve una tarde al campo, y eso demuestra que no sólo es buena, sino que es celosa de su honra y que no quiere dar motivo para que nadie la ponga en duda. ¿Cuál será la causa de su tristeza? ¿qué pesares amargarán su alma?

Quedóse unos instantes pensativo, y luego levantando la cabeza, se echó hacia arriba con la mano los cabellos que caían sobre su frente, tomó la pluma, y escribió sobre una blanca cuartilla el siguiente título:

*La Hija de las Flores*



## X

### *Las dos rivales*

Luisa no pudo dormir bien aquella noche, y no fué ciertamente el pensar en su vecino lo que la desveló; su conversación con Germán no había hecho más que convencerla de que iba acreciendo su simpatía hacia él; lo que la impidió cerrar los ojos en gran parte de la noche, fué el remordimiento.

Evocaba en su imaginación la escena de por la mañana en la iglesia, y veía otra vez á aquella hermosa joven, rica y elegantemente vestida con su traje de desposada, algo tímida por efecto del pudor, pero llevando en su corazón todo un mundo de esperanzas halagadoras y risueñas, y la veía luego salir del templo, apoyada en el brazo de una amiga, con el rostro descolorido y ajado por las lágrimas, y el corazón destrozado por la muerte de sus ilusiones, y se acusaba de haber sido ella la causa de aquel cambio repentino y brusco que, en último caso, ningún

bien inmediato le había producido, siquiera le conservara latente una esperanza, que lo mismo pudiera realizar que ver fallida.

Luisa no había causado aquel daño por el gusto de hacerlo, no; lo había hecho, porque lo consideró inevitable si había de recabar un nombre para su hijo, y no vaciló un punto en lo que creyó el cumplimiento de su deber; pero después que llenó su misión, apiadóse de aquella pobre joven á quien había herido en el alma fatalmente, y su conciencia le remordió, no del paso que había dado y que estaba resuelta á dar cien veces si fuera preciso, sino de las tristes consecuencias de él, para aquella joven infortunada.

¿Quién era Laura Gómez? No lo sabía, pero le importaba poco; le bastaba saber que era una mujer como ella, joven y hermosa; enamorada sin duda como ella lo estuvo en otro tiempo; que tenía cifrada su ventura en aquel enlace que la unía al hombre á quien amaba; una joven en cuya mente bullían nacaradas ilusiones, y que, al eco fatal de una palabra, había visto hundirse en el abismo el edificio de su ventura, y deshacerse en polvo todas sus ilusiones. ¿Cómo no compadecerla? ¿cómo no lamentar la inevitable necesidad de aquel desastre?

Levantóse preocupada y triste, y aquella idea no se separó de su mente en toda la

mañana; su vecino, con quien habló media hora, debió notar su preocupación, y si no aludió á ella, debió ser por delicadeza, por discreción suma; el hormigueo de su conciencia le producía un malestar indefinible, y aquel malestar, le sugirió á la pobre el pensamiento de ir á ver á aquella joven, y de pedirle perdón del daño que le había hecho contra su voluntad, contra su deseo, impulsada por su deber de madre.

Ignoraba dónde vivía Laura, pero eso era lo de menos, ella lo averiguaría por la servidumbre de Garduña, y en último caso, por la misma Eudoxia... ¿Por qué se habría aplazado el casamiento de ésta á última hora? Este fué un pensamiento secundario, incidental, que cruzó por su mente con la velocidad del relámpago... Ella averiguaría dónde vivía Laura, y ¡quién sabe si al aliviar su pena y reavivar sus ilusiones, conseguiría ella lo que deseaba!

Esta esperanza, que, aunque vaga, fué el complemento del escozor de su conciencia, la decidió á dar el paso que había imaginado, y tan pronto como Arturito se fué al colegio, se vistió como la víspera, de negro, con la diferencia de llevar sombrero en vez de mantilla, fijó en él un velito que se echó sobre el rostro, y se lanzó á la calle.

La criada que le abrió la puerta en casa de



Garduña, le dió las señas de la casa del señor de Gómez.

—¿Por qué no se casó ayer la señorita Eudoxia? — preguntó Luisa.

—Porque el novio la ha dejado plantada; lo estuvieron esperando para ir á la iglesia, y al ver que no venía, fué el señor á la fonda en que paraba, y le dijeron que se había marchado anteayer tarde con sus criados para París en el expreso del Norte. ¡Calcule usted la que se armaría!

Luisa no quiso saber más, y se alejó de casa de Garduña reflexionando en lo difícil que es tropezar con un hombre honrado y bueno en este mundo, y, sin saber por qué, acudió á su mente el recuerdo de Germán, y se dijo:

—Ese creo que es una de las excepciones de la regla, ¿por qué no habrán de ser así todos?

Llegó á la casa del señor de Gómez; éste vivía en el segundo piso; subió y llamó á la puerta; la criada que le abrió, preguntó á quién deseaba ver.

—A la señorita Laura.

—La señorita no recibe.

—¿Está sola?

—Sí, señora.

—Dígale usted que desea verla una señora joven que ayer estuvo con un niño en la igle-

sia de San Ginés, y creo que, al decirle usted eso, me recibirá.

La criada dudó un momento, pero al fin dijo:

—Entre usted y tome asiento; voy á decírselo.

Luisa observó que la casa estaba lujosamente puesta.

A los dos minutos regresó la criada, y dijo á Luisa:

—Pase usted.

Luisa atravesó dos ó tres habitaciones alfombradas, y llegó á la puerta de un gabinete, cuyo cortinaje levantó la criada, diciéndole:

—Entre usted.

Luisa entró y se halló enfrente de Laura, que la esperaba de pie, envuelta en una bata obscura. La joven estaba densamente pálida, y tenía los ojos hinchados, señal evidente de haber llorado mucho.

—Señorita — le dijo Luisa después de haberla saludado con una inclinación de cabeza, — dispense usted mi atrevimiento; pero no he podido resistir á la necesidad de pedirle á usted perdón, por el daño que le hice ayer contra mi voluntad; no fuí yo, fué una madre la que hizo aquello por su hijo, y si usted resultó herida del golpe, fué por deri-

vación, porque el golpe no iba dirigido á usted, sino contra él, á pesar de usted. —

—Siéntese usted señorita — le dijo Laura con voz dulce y triste á la vez, — lo que acababa usted de decir, me revela que estoy hablando con una persona noble, digna y de elevados sentimientos; siéntese usted, y hablemos.

—Gracias, señorita — dijo Luisa tomando asiento, — por el favorable juicio que ha formado usted de mí. Añadiré á usted, para su tranquilidad, que ayer no pretendí, ni hoy pretendo, ni pretenderé nunca, casarme con el señor Tamarit; murió para mi corazón hace cuatro años, y los muertos no resucitan; lo único que pretendí, fué que reconociera á su hijo, que le diera su nombre, y luego, que se casara con usted ó con otra, me importaba poco.

—Eso me ha dicho mi padre.

—Su padre de usted sufrió una equivocación al ofrecerme un puñado de oro porque yo transigiera, equivocación disculpable en aquellas circunstancias, por causa del aturdimiento; no era la mano de Tamarit ni era dinero lo que yo buscaba, sino algo que á mis ojos vale más que todo eso; quería evitarle á mi hijo la vergüenza de no tener padre.

—Señorita — dijo Laura subyugada por el sentido acento de la joven, — tal es la

6.—*La Hija de las Flores.*



confianza que me inspira usted, que no vacilo en pedirle un favor, aun sabiendo lo doloroso que ha de serle el complacerme.

—No será, en todo caso, más que una compensación del dolor que yo le he causado á usted; ¿qué desea?

—Que me cuente usted la historia de sus amores con... el padre de su hijo.

El semblante de Luisa se entristeció, y sus ojos se contrajeron.

—He hecho todo lo posible por olvidarla; sin embargo, procuraré complacerla á usted.

Luisa refirió sencillamente, sin agravar ni atenuar nada, aquella dolorosa odisea, que había empezado por un idilio, y acabó diciendo:

—Dios no me ha abandonado, y gracias á él y á mi trabajo, hemos vivido mi hijo y yo hasta aquí, con relativa comodidad y holgura.

Laura había escuchado con profunda atención á Luisa, y dijo cuando ésta hubo concluído:

—Ha procedido usted con entera corrección; si otra cosa hubiera hecho usted, hubiera faltado á su deber de madre.

—Gracias — exclamó Luisa, — por el enorme peso que me quita usted de encima; y ahora, dígame usted con franqueza, ¿no con-

sidera usted compatibles su casamiento con Tamarit y el reconocimiento de mi hijo?

—Lo sería, si yo insistiera en casarme con él; pero desisto de ello, porque prefiero matar mi amor, á ser luego desgraciada.

—¿Desgraciada, por qué? ¿no ha dado él pruebas de quererla á usted más de lo que me quiso á mí?

—Desgraciada, sí, porque no puede ser buen esposo ni buen padre, el hombre que procede de la manera que él ha procedido con usted y con su hijo. No basta que usted, llevada de su buen deseo, trate de cicatrizar mi herida; esa herida no se cerrará fácilmente, y cuando se cierre, no será debido más que á la conformidad y á la resignación, como se ha sucedido á usted, que ha sabido ser martir, y hacerse digna de mi consideración y hasta de mi respeto.

Luisa se levantó, y dijo:

—Lo siento por usted y por mí, pero aplaudo su decisión, propia de un alma noble. —

Laura le tendió la mano, y le dijo con verdadera efusión:

—Deploro la circunstancia que me ha hecho conocer á usted, señorita, pero me congratulo de haberla conocido, y me honro en ofrecerle mi amistad. Para mí es usted más noble y más grande, que la mayor parte de las mujeres que no han tenido la desgracia de caer;

existe además el vínculo de la desgracia, causada por el mismo hombre, y ese vínculo debe ligarnos con una amistad leal y franca.

Luisa estrechó efusivamente la mano de Laura, y se retiró á su casa con la conciencia tranquila, aunque sin haber conseguido el principal de sus propósitos.

---



## XI

### *Decisión irrevocable*

Las relaciones entre Tamarit y Laura no habían quedado rotas con motivo del suceso ocurrido en la iglesia de San Ginés, sino interrumpidas momentáneamente. El estado nervioso en que había quedado la joven, y la necesidad de reflexionar acerca del modo de salvar la dificultad surgida, impulsaron á don Ricardo Gómez, padre de Laura, á rogar á Tamarit que dejara pasar tres ó cuatro días antes de volver á la casa, y así se lo manifestó también á su hija.

Esta, sin embargo, había considerado más grave el hecho, de lo que parecía á los demás, y tenía sobradas razones para ello; era la tercera vez que fracasaba su casamiento; la primera, por haberse vuelto loco el novio, cuando ya la tenía pedida en matrimonio; la segunda, por habersele muerto, precisamente el día fijado para la boda, y la tercera, por impedimento legal en el acto mismo de la ce-

remonia. Serían casualidades, pero la repetición de la casualidad le hizo sospechar á Laura que Dios no quería que se casara, y que aquellos eran avisos providenciales para hacerla desistir de tal propósito. Sin embargo, en el caso de Tamarit, luchaba entre el amor y la superstición cuando la visitó Luisa, y decidió, sin saberlo, el asunto en contra del matrimonio.

Nada dijo Laura á su padre de aquella visita ni de la resolución que pensaba tomar; á ella, lo mismo que á Tamarit, le había dado tres ó cuatro días de tiempo para que reflexionara acerca del mejor medio de salir de aquel atolladero, sacando á salvo el amor y la dignidad, y no le urgía exteriorizar su pensamiento, es más, quería manifestarlo cuando los tres se hallaran reunidos, para que el asunto quedara solucionado de una vez.

A Tamarit le había hecho aquel golpe un daño horrible, quizá por ser el primero que recibía en su carrera amorosa. No amaba á Laura más ni menos, de lo que había amado á otras, de quienes se creyó verdaderamente enamorado, pero se había propuesto ya casarse con ella, para dejar su vida de aventuras y crearse una familia, y Laura reunía todas las condiciones que él apetecía, por el orden siguiente: juventud, hermosura, talento, corazón, cariño hacia él, rectitud de

principios, buena educación, trato social y dinero. Fracasas en aquellas circunstancias y de un modo tan imprevisto, era para él una verdadera desgracia.

Ya no se acordaba de Luisa ni del santo de su nombre, y hasta se había olvidado de su hijo; la aparición de una y de otro en el templo de San Ginés en el momento de ir á casarse, fué como la de la cabeza de Medusa; lo dejó tan aterrado, que, si bien negó en un principio la veracidad de lo que la joven dijo, no tuvo valor para negar la autenticidad de su firma, en la carta que el cura le exhibió, escrita toda ella de su puño y letra. ¿Por qué se le ocurriría escribir aquella carta comprometedora? ¿por qué pondría en ella «del que será tu esposo»? ¿no podría haber hallado fórmula hábil para conseguir lo que se propuso, sin verse comprometido luego?

El contratiempo tenía gravedad, pero no era insuperable, aunque de momento lo pareciera; otras cosas más graves habían tenido arreglo en este mundo, y aquella lo tendría también. Sensible era la demora, y no menos sensible el escándalo dado; pero aquello no tenía ya remedio, y había que resignarse con ello.

¡Luisa! ¿quién había de decirle que aquella niña tan tierna, tan amante, tan candorosa y tan fácilmente burlada, se hubiera de



erguir un día ante él en las gradas del templo, y habría de decir al sacerdote con voz reposada pero enérgica: «Ese hombre no se puede casar, porque yo me opongo á ello»?

¡Y en verdad que, aunque la odiara, no podía negar que estaba hermosa, con su tez algo pálida, sus ojos grandes y negros, su frente alta y su traje elegante y severo!... En cuanto al niño, apenas lo había visto; la nube que se extendió ante sus ojos le obscureció cuanto tenía á su vista, pero creía recordar que iba bien y airosamente vestido, y que había heredado la belleza de su madre y la apostura suya; aquella criatura no merecía su encono como lo merecía su madre, porque no era responsable de haber nacido, en tanto que ésta era responsable de su falta, porque, á haber sabido resistir, no la hubiera cometido, y tenía el deber de conformarse con sus resultados.

Tal era la lógica de Tamarit, según la cual, el hombre es siempre irresponsable de los delitos de amor; las únicas responsables son las mujeres, por su fragilidad, por su falta de energía, por su sensibilidad excesiva...

Los tres días que el padre de Laura le dio para reflexionar acerca de lo sucedido y para excogitar el mejor medio de salir de aquel apuro, los empleó en hacerse las refle-

xiones dichas, y en deducir que si en fuerza de oro ó de cualquier otro modo no se podía orillar la dificultad, quedaba como último recurso, si Laura lo aceptaba, el reconocimiento del niño, á cambio del consentimiento de su madre.

Al cuarto día del fracaso del matrimonio, fué Tamarit á casa de su novia, á la hora de costumbre, en la que don Ricardo estaba siempre en casa, y como había anunciado previamente su visita en una carta cariñosa dirigida á Laura, ésta y su padre lo esperaban en el salón.

—Laura — dijo á esta después de haber saludado y tomado asiento: — comprendo lo que habrás sufrido desde el otro día acá, dada la sensibilidad de tu corazón, y no es menos lo que he sufrido yo; las calaveradas de la juventud suelen pagarse caras algunas veces; los caprichos de un día suelen salir á la cara en ocasiones cuando menos lo espera uno; pero ni esos caprichos ni esas calaveradas tienen verdadera importancia, ni afectan en lo más mínimo al amor verdadero. Como esas faltas son cosa corriente en los hombres y deben suponerse en todos, no he creído necesario hablarte de ellas. Sería un necio si negara que tuve relaciones íntimas con esa joven que ha impedido nuestro matrimonio, y que cometí la imprudencia de escribirla

una carta con un final que me compromete; pero fué un capricho pasajero, que si tuvo consecuencias de cierta clase, ha debido ella ocultarlas por decoro propio. Ahora bien: como yo no me he de casar con ella nunca, no ha de ser difícil convencerla de que á nada práctico conduce su oposición, y que más cuenta le tiene retirarla y tomar quince ó veinte mil pesetas para que atienda á sus necesidades y á las de su hijo, que sostenerla sin esperanzas de utilidad ninguna.

—Me parece que está usted engañado en ese punto — dijo don Ricardo, — porque yo le he ofrecido cincuenta mil, y me ha contestado que no quiere dinero alguno.

—¿Acaso pretende que me case con ella? ¡ja, ja, ja! — exclamó Tamarit soltando una carcajada insultante.

—No, pero quiere que usted reconozca legalmente á su hijo.

—Menos mal; creía que aspiraba á otra cosa.

Laura oía atentamente, y guardaba el más profundo silencio.

—¿Qué opina usted de su pretensión? — preguntó don Ricardo.

—Que la considero exagerada, y que no me someteré á ella más que en un sólo caso.

—¿En cual?

—En el de no hallar otro medio para ori-



llar las dificultades del casamiento, y en el supuesto de que Laura no tuviera en ello el menor inconveniente.

—¿Y tú, que dices, Laura? — le preguntó su padre.

—Que doy por definitivamente rotas mis relaciones con el señor Tamarit.

—¡Pero Laura!... — exclamó éste sorprendido.

—Dispénseme usted, y tenga la bondad de no interrumpirme. El hombre que seduce á una niña por los medios que usted empleó para seducir á Luisa; que la hace madre; que la sigue engañando en la forma en que usted lo hizo; que al ver descubierto su juego quiere arreglarlo todo con un puñado de oro; que se separa de su hijo dormido en la cuna sin darle siquiera un beso, y que deja pasar años sin preocuparle lo que haya podido ser de aquella mujer y de aquel hijo, demuestra una dureza tal de corazón, que asusta, y no puede ser en modo alguno, ni buen esposo, ni buen padre.

—Juro que...

—No jure usted en vano, porque no le he de creer. ¡Ojalá no hubiera creído nunca la pobre Luisa en los juramentos de usted! el creer en ellos fué lo que la perdió; los juramentos son en el hombre, lo que su palabra de honor: el que falta una vez á ésta, queda

descalificado para siempre; no se le cree ya nunca, por mucha verdad que diga, y el que le niega su nombre á un hijo, ese... no tiene calificación, porque ni aun con los irracionales puede compararse; ningún irracional reniega de sus hijos; el tigre, con ser tigre, tiene entrañas de mujer para con sus cachorros.

—Laura — exclamó con seriedad Tamarit, — si usted me acrimina y me veja de ese modo...

—No es mi ánimo acriminarlo á usted, sino justificar mi determinación, y hacerle ver en el deber que está, como hombre honrado, de darle nombre á su hijo; de ahí no ha pasado mi intención, y ruego á usted, si fuera de ahí ha visto en mis palabras alguna ofensa, la tenga por retirada.

—¿De modo que la resolución de usted es...?

—Irrevocable; he decidido no casarme con usted, ni con ninguno; cuidaré de mi padre mientras mi padre viva, y luego, ó me recluiré en un convento, ó ingresaré en las Hermanas de la Caridad.

—¿Y usted qué dice, don Ricardo?

—Que respeto la decisión de mi hija, y que deploro con toda mi alma lo ocurrido.

El desahucio no podía ser más completo; Tamarit se levantó; saludó políticamente á

Laura y á su padre, y salió de aquella casa confundido y anonadado.

—Muy dura has estado con él — dijo don Ricardo á su hija.

—Papá: si supieras lo que ha hecho con la pobre Luisa, no dirías que he estado dura.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Porque esa joven, que tiene un gran corazón y el alma de un ángel, vino hace tres días á pedirme perdón del mal que involuntariamente me había causado, y á ver si podía conciliar su deber de madre con la ventura mía, y tanto le insté para que me contase su historia, que me lo dijo todo con noble franqueza.

—Con la misma que rechazó los diez mil duros que yo le ofrecí. Consuela por lo menos saber, que aun hay almas nobles en el mundo.

---



## XII

### *El alma del poeta*

Luisa no había quedado satisfecha del resultado de su gestión, pero lo estaba de sí misma; había hecho todo cuanto era posible, tanto para obtener el éxito, cuanto para tranquilizar su conciencia, ¿qué más podía hacer?

Sumióse de nuevo en el prosaismo de su vida ordinaria, y como el trabajo á que se dedicaba le permitía, hasta cierto punto, la libertad de pensar en otras cosas, pensó en que su vecino le había ofrecido enviarle algunos versos de los que hacía, para que viera en ellos su alma, y le entró la comezón de hacerlo cuanto antes. Sin embargo, nada le volvió á decir que revelara tal deseo, y se limitó á hacer que Arturito fuese todas las tardes á pasar un rato con su amigo Germán, antes de la hora de ir al colegio.

Luisa sufría una decepción cada vez que veía volver á su hijo sin los versos ofrecidos, y permanecía un rato contrariada; por fin, al cuarto día, le trajo Arturito un cuaderno

manuserito con letra bastante clara, y tan pronto como el niño salió, cogió con avidez el cuaderno, y se dedicó á leer. He aquí el contenido:

A LAURA

(Chispazos)

I

Si fuera mi poder omnipotente  
como el de Dios, un cielo te creara  
para en él colocarte diligente,  
y á tus pies de rodillas, reverente,  
como á la misma Virgen te adorara.

II

Artista de verdad, cuando te miro,  
del fondo de mi sér lanzo un suspiro,  
que el *non plus* creo ver de la belleza,  
y del Sumo Hacedor ferviente admiro,  
el inmenso poder y la grandeza.

III

Está mi estancia como está mi mente,  
en profundas tinieblas sumergida;  
hoy no ha bañado con su luz mi frente  
el rayo de tus ojos, que es mi vida.

IV

Si límites tuviera el pensamiento,  
al verte á tí sus límites salvara,  
y alzándose veloz al firmamento,  
junto al trono de Dios buscara atento,  
ángel que á tu belleza se igualara.

V

No creas que es amor la calentura  
que en nuestro ser produce la pasión,  
ni el ardiente arretrato del deseo,  
ni el goce abrasador;  
dos notas que en el éter se conciertan;  
dos suspiros que juntos van á Dios;  
dos almas que se funden en un beso;  
ahí tienes al amor.

VI

Son tus ojos, Laura, soles  
que en el cielo de tu cara  
lucen, y su luz envían  
hasta el fondo de mi alma.



## VII

Al contemplar los cielos he observado  
que en ellos te fijaste, por las huellas  
que en los cielos tus ojos han dejado;  
con fulgores más vivos han brillado  
en el cielo esta noche las estrellas.

## VIII

Al pensar que pudiera yo gustarte,  
fuera un sueño feliz, una quimera  
que ruego á Dios que de mi sien aparte,  
y eso, que diera yo por agradarte,  
no digo la mitad, mi vida entera.

## PENSAMIENTOS

### I

¡Cuán hermosa, cuán dulce es la vida,  
qué alegre, qué varia,  
para aquél á quien hado propicio  
sonríe y halaga!  
¡pero cuán nebulosa y cuán triste  
deslízase y pasa,  
para aquél á quien hado contrario  
las horas amarga!

7.—*La Hija de las Flores.*

## II

Magnífico es soñar cuando uno sueña  
en elpreciado dón que más ansía;  
magnífico es soñar cuando despeña  
el alma en venturanzas, y risueña  
raya la aurora de esplendente día.  
Por eso yo no sueño; si soñara,  
en negruras sin fin me despeñara.

## III

Plegáronse los tallos de las flores;  
enmudeció en la selva el ruiñeñor;  
las auras se trocaron en suspiros;  
nubló su luz el sol;  
las hojas de los árboles cayeron;  
la tierra en lobregueces se envolvió;  
las fuentes apagaron sus murmullos...  
¡Paso, paso al dolor!

## IV

Cual nave sin timón y el mástil roto  
que á merced de las olas y del noto  
va cruzando sin rumbo el mar bravío,  
en el mar insondable de lo ignoto  
sin rumbo vaga el pensamiento mío.

## V

Van los días y meses transcurriendo;  
los meses y los días van pasando,  
y aunque viejo en rigor me van haciendo,  
sigo en mi pecho con afán sintiendo  
afanes que me siguen devorando.

## VI

El único momento que hay de calma,  
es cuando duerme el cuerpo y duerme el alma.

## VII

Fuego producen al chocar con fuerza  
el duro pedernal y el limpio acero;  
el choque de dos almas al juntarse,  
también produce fuego.

## VIII

Amáronse los dos sin comprenderlo,  
y cuando de su amor se percataron,  
una y otro quisieron contenerlo;  
más ya no sirvió el dique, y, tras romperlo,  
en su propia pasión se desbordaron.  
Cuando el amor tiránico avasalla,  
de nada sirven reflexión ni valla.



## SONETOS

### I

#### *La Hija de las Flores*

Es tu cuarto un vergel, vecina mía,  
y tú la flor más bella y más preciada,  
por la mano de Dios tal vez creada  
para endulzar mi pena y mi agonía;

Cultivando con arte y poesía  
lo mismo el alelí que la nevada  
purísima azucena nacarada,  
entre flores te pasas todo el día;

y al vértelas hacer artificiales  
excogiendo matices y colores  
para emular las flores naturales,

y al ver como riegas con amores  
las que en tiestos alegran tus cristales,  
te proclamo *La hija de las flores*.

### II

#### *Tristezas*

¡Triste es la muerte de ilusión temprana,  
triste la soledad, triste el desierto,  
triste la vista de lejano puerto  
del que emigrar nos hace ley tirana!

¡Triste es la voz de funeral campana

rompiendo alegre y bullidor concierto;  
triste es el rostro del cadáver yerto  
de una madre querida ó de una hermana!

¡Triste es la luz cuando al caer la tarde  
sus ondas baña en las del manso río,  
en enervante abrumadora calma!

¡Triste es también la que en las tumbas arde  
¡pero nada tan triste, tan sombrío,  
como la horrible soledad del alma!!!

Cuando Luisa concluyó de leer, se quedó hondamente pensativa, y tenía humedecidos los ojos; el soneto de las tristezas la había conmovido de una manera extraordinaria.

No acertando á discurrir con claridad por la primera impresión recibida, leyó de nuevo el cuaderno, y lo leyó con más detenimiento, con más fuerza de penetración. El autor lo había dividido en tres partes: en chispazos dedicados á Laura, en pensamientos y en sonetos. Aquella Laura, bien pudiera ser ella, como pudiera ser otra, pero de todos modos y fuese quien fuera la que hubiera inspirado aquellos chispazos, el último le resultaba enigmático. ¿Por qué si el agradar á Laura constituía para él una felicidad por la que daría su vida entera, rogaba á Dios que apartase de él semejante idea? ¿Acaso las ideas halagadoras, no son un baño de ventura para el alma?



Los pensamientos reflejaban, todos ellos, el abatimiento del espíritu del autor por efecto de contrariedades, amarguras, sentimientos y dolores; eran algo así como la justificación del retraimiento á que se había condenado, del aislamiento en que vivía; no palpitaba en ellos esperanza alguna; á lo sumo, ansiedad no definida.

De los dos sonetos, el primero era una galantería para con ella; lo de endulzar su pena y su agonía, debía entenderse en el sentido de que el rato ó los ratos que hablaba con ella, se distraía de sus hondos pesares, y olvidaba sus penas, sus constantes preocupaciones; el segundo, era un alarido del corazón, un quejido del alma, un resumen de todo cuanto le martirizaba, de todo cuanto sentía, una protesta dolorosa de la soledad á que se veía recluso, no voluntariamente, sino por impulso de su destino aciago.

Luisa compadeci6se de Germán al convenirse de que era un sér desgraciado, y, por lo visto, solo en mundo, sin que mano amiga se acercara á él para endulzar sus penas y suavizar sus llagas, ya que estas parecían ser de tal naturaleza, que no sería fácil cicatrizarlas; sin que nadie, absolutamente nadie, á juzgar por lo que ella veía y por lo que él le había dicho, se preocupase poco ni mucho de su existencia.



En aquellos versos creyó ver Luisa, de un modo transparente y claro, el alma del poeta; pero lo que no pudo ver en ellos, como ya se lo temía, fué la causa de su desventura, el origen de sus dolores, el misterio, en fin, que envolvía la existencia de Germán, la vida del hombre azotado por la desgracia y sumido en la soledad espantosa de su alma.

—¡Pobre Germán!—exclamó honradamente compadecida; — es más desgraciado que yo, porque mi alma no está sola, no; dentro de ella, y junto á ella, tengo siempre el alma de mi hijo.

---

### XIII

#### *Proyectos de Tamarit*

La actitud de Laura y de su padre, habían causado en Tamarit un efecto profundamente desagradable; hasta entonces no había dado gran importancia al hecho ocurrido en la iglesia; contaba con el amor de Laura, y creía que aquello sería una nube pasajera, pero al ver que la nube había estallado en tempestad formidable, y que aquella tempestad le había cogido á él de lleno, su contrariedad se convirtió en abatimiento.

En tanto que don Ricardo y Laura siguieron dispensándole su confianza, y que sus relaciones parecieron seguir adelante, todo se había reducido á una contrariedad que le permitía llevar la frente erguida; pero la ruptura, que en realidad no esperaba, al convertir la contrariedad en fracaso, le humillaba en el concepto de cuantos le conocían y trataban, y era una vergüenza para él.

Tamarit salió de la casa de su ex-novia ca-

bizbajo y pensativo, y se dirigió á la suya. Vivía solo, es decir, tenía su cuarto de soltero en una casa de la calle de Caballero de Gracia, con un ayuda de cámara y una criada, y acostumbraba á almorzar y comer en el café Suizo.

Entró en su habitación, cerró la puerta, arrojó el sombrero sobre el sofá, y se dejó caer en una butaca. ¿Qué hacer en aquella situación? ¿Dejaría Madrid? ¿seguiría en la corte? y de seguir en ella, ¿continuaría haciendo la misma vida que llevaba ó le convendría modificarla? ¡Dejar Madrid! ¿á dónde iría? estaba cansado de viajar, y no tenía deseo alguno de reanudar sus viajes; mejor era continuar en la corte; pero no se le ocurría que, de seguir en ella, no le era posible, en algún tiempo, hacer su vida normal de tertulias, teatros y cafés, y que debía retraerse y permanecer como eclipsado.

En una capital en la que los acontecimientos se suceden sin interrupción, y en que todo se hace viejo en poco tiempo, cualquier suceso levanta polvoreda, pero se olvida pronto; háblase mucho de él los primeros días, pero la atención, solicitada por nuevos sucesos, se distrae de aquél, y como si no hubiera ocurrido.

—Me violentaré un par de meses — se dijo, — para no exhibirme; luego, en vez de



irme á veranear á Galicia ó al Norte, me iré á Génova, por ejemplo, y en Octubre habrá pasado ya el recuerdo de todo, reanudaré mi vida como de ordinario, y buscaré mujer... ¡Mujer! eso es ya más difícil, como no la busque fuera de Madrid, y aun así, correré el riesgo de que al publicarse aquí las amonestaciones, surja ese malhadado impedimento, que ahora ha venido á dar al traste con mis proyectos de felicidad doméstica.

A Tamarit había llegado á cansarle la vida de soltero, y buscaba la tranquilidad del hogar en el seno de la familia; había corrido tanto, se había divertido tanto, que sentía ansia de reposo y de cambiar de placeres; y como todo hombre que se propone con empeño una cosa, iba ya hacia su objeto, dejando tras sí el enorme bagaje de sus recuerdos. Al verse detenido de pronto cuando llegaba á la meta, sufrió un gran disgusto, y se desanimó bastante; el compás de espera que se veía obligado á hacer, le pareció violento, pero se resignó con él, porque ¿qué remedio tenía?

—Lo dicho — murmuró levantándose, — me eclipsaré un par de meses; pero ¿cómo?

En uno de los paseos que daba por la habitación formando planes, fijó la atención sobre la consola con espejo, y vió una carta dentro de la bandeja que en ella había; la

cogió distraídamente, y al ir á rasgar el sobre, reconoció la letra.

—¡De Emilia! — exclamó; — ¿qué le ocurrirá á ésta al cabo de seis meses?

Rompió el sobre:

—Largo escribe — se dijo; — veamos que dice; — y leyó lo siguiente:

«Querido Alfredo:

»No pensaba molestarte nunca, porque te portastes muy mal conmigo abandonándome cuando más necesitaba de ti, cuando por ti había engañado á mi esposo, que no tenía otros defectos que el de andar siempre á vueltas con las Musas, y el de sermonearme á cada instante, por sí mi lenguaje era vulgar ó no. ¡Ojalá no lo hubiera hecho nunca! bastante lo siento, ahora que ya no tiene remedio.

»Cuando hace un año os desafiasteis en San Sebastián, porque nos cogió abrazados y besándonos, y tú le pegastes el balazo que le tuvo á las puertas de la muerte, nos fuimos tú y yo á Galicia, en donde pasamos dos meses en la gloria; yo te quería de veras, y tú decías que me querías lo mismo; pero se conoce que no era así, ó que te cansaste pronto de estar en el paraíso. A los hombres todo os cansa enseguida. Un día me dijiste que te llamaban á Madrid ocupaciones urgentes,

y que tal vez tendrías luego que hacer un viaje largo, en el cual no te podría yo acompañar; que lo mejor era que yo me viniera á casa de mis padres por una temporada, hasta que tú volvieras á quedarte libre, y que entonces nos reuniríamos otra vez.

Yo no te creí; ya sabes la pelotera que tuvimos, porque te dije que aquello era un pretexto para dejarme colgada; te pusiste hecho un energúmeno, y me llamaste loca y qué se yo cuántas cosas más, hasta que, por no oírte, me resigné á venirme.

»Cuando llegué á casa, le dije á mi padre que habíamos reñido Germán y yo, pero que ya se arreglaría la cosa andando el tiempo. Mi padre me preguntó que por qué habíamos reñido, y aunque ya tenía pensado lo que le había de contestar, me armé un lío, y no supe convencerlo de que la razón estaba de mi parte, pero se quedó á obscuras respecto á la verdadera causa de la separación.

»Te escribí, y no me contestaste; volví á escribirte, y sucedió lo mismo; te escribí por tercera vez, y nada. O estabas en el viaje que me habías dicho, ó no querías ya relaciones conmigo. Pasaron los meses, y el otro día averiguó mi padre, no sé por dónde, que yo había engañado á mi marido, que lo había dejado, y que me había ido con mi amante; se puso furioso, y aunque yo lo negué todo,



no conseguí nada, y me puso de patitas en la calle, diciéndome que no quería en su casa... en fin, yo no sé lo que echó por aquella boca. Todo lo que pude conseguir de él, fué que no diera un escándalo, y que me permitiese continuar quince días más en la casa, hasta que yo le escribiera á mi marido, le dije, y me enviase dinero para el viaje, porque te advierto que él no quiere darme un céntimo.

»Esto pasó ayer, y como ni yo se dónde está mi marido, ni aunque lo supiera me dirigiría á él, por vergüenza y por miedo, á quien me dirijo es á ti, que eres la causa de todo este laberinto, y me dirijo también á ti, porque te quiero, á pesar de todas tus truhanerías; no puedo olvidar que los dos meses más felices de mi vida, fueron los que pasé contigo en Galicia; con que así, no seas remolón ni descastado, ni hagas lo que otras veces, esto es; darme la callada por respuesta. Piensa en el grave apuro en que estoy, y en la necesidad que tengo de salir de él.

»Envíame dinero para el viaje é instrucciones, pero que sea pronto, porque estoy segura de que mi padre, en cuanto pasen los quince días que me ha dado de plazo, me plantará en la calle sin consideración alguna. Te advierto, para que no te llame la atención el que te pida dinero, que mi padre tiene guar-

dadas mis halajas, y me ha dicho que no me las dará sin una carta de mi marido, en que así se lo diga de una manera terminante.

»Adiós; contéstame pronto, y recibe un abrazo de tu

»*Emilia*».

—¡Bien! — exclamó Tamarit cuando acabó de leer la carta, — veo que mi estrella podrá palidecer, pero que no se apaga, y que la suerte no me abandona del todo. Maldito si me acordaba ya de Emilia, y he aquí por donde aparece para solucionar el problema de mi aburrimiento, en estos dos meses que me propongo vivir retraído. Después de todo, Emilia, aunque sin refinamiento de educación, es una mujer completa, bastante hermosa y de temperamento ardiente, que es todo lo que uno puede desear para no aburrirse en dos meses. Lo que no haré será traerla aquí, á este piso; buscaré otro en sitio apartado; lo haré amueblar; pretextaré un viaje, y me iré allá con ella y con una criada que buscaré; cuando llegue el verano, le dejaré cinco mil pesetas en el cajón de la cómoda, y, sin decirle una palabra, me iré á Génova, y que ella se las arregle como pueda.

Como se vé, Tamarit ni se corregía ni se enmendaba; seguía siendo en amores el pirata de siempre, pero había de hacersele jus-

ticia en una cosa: ni era, ni había sido nunca tacaño con sus queridas. Sin tocar al capital heredado, se gastaba alegremente sus rentas, que ascendían á veinticinco mil pesetas al año, y no era porque él gastase mucho en sus atenciones ordinarias; su presupuesto mensual no pasaba de seiscientas pesetas; de modo, que le quedaban cerca de diez y ocho mil al año para sus devaneos, y siempre tenía un buen fondo de reserva en cuenta corriente con el Banco.

Sin embargo, en aquella ocasión se abstuvo de ser pródigo por temor de que alguien interceptase la carta, ó de que ésta sufriera extravío y no le envió más que la cantidad que creyó necesaria para el viaje, dentro de una carta, en la que le decía:

«Querida Emilia:

»Recibo tu carta, y me apresuro á decirte que no he recibido ninguna de las que tú dices que me has escrito, y hasta cierto punto no me extraña, porque he estado ausente mucho tiempo, y otras muchas cartas dirigidas á mí han corrido la misma suerte. Esta la he recibido á pesar de que ya dejé la casa á cuyas señas venía consignada, porque conozco á un empleado en correos que me la ha traído á mano.

»Te acompaño doscientas pesetas para el



viaje; pero no emprendas este hasta dentro de diez días, para cuya fecha tendré ya tomada y amueblada casa; te enviaré las señas oportunamente, pero si así no fuera, es decir, si por extravío ó secuestro dejara de llegar mi carta á tus manos, escríbeme antes diciéndome el día fijo de tu llegada para ir á la estación á recibirte, y, en último caso, pregunta, al llegar, á la portera de la casa en que antes vivía, á la cual le dejaré las señas de mi nuevo domicilio.

»No creas que he dejado de quererte, ni que me he olvidado de ti, y la prueba de ello, es que me apresuro á satisfacer tu deseo, porque también es el mío. ¿Cómo has creído que pudiera olvidarte yo, después de conocer lo mucho que vales?

»Haz todo lo posible para llegar á ésta el 12 por el tren expreso de Barcelona, pero no vengas antes; quiero tener la casa arreglada para cuando tú llegues.

»Te abraza de todo corazón tu

»Alfredo».

—Ahora — se dijo Tamarit, después de echar la carta al correo, — veamos de aprovechar estos diez días.

## XIV

### *Encuentro inesperado*

Tamarit madrugó al día siguiente, y antes de las ocho de la mañana estaba en la calle en busca de un piso al otro extremo de la villa. Subió hasta la Red de San Luis, tomó por la calle de Fuencarral, embocó la del Desengaño, y siguió hacia la calle Ancha de San Bernardo, embebido en sus pensamientos. Al cruzar por la del Barco, vió á una mujer joven, sencilla pero vestida pulcramente, que con una cestita en la mano se dirigía hacia la derecha, y se detuvo repentinamente: aquella joven era Luisa.

La joven no vió á Tamarit, y siguió tranquilamente su camino; había hecho su compra para el día, y tenía prisa de llegar á su casa; Arturito debería estar ya despierto y esperándola para vestirse, tomar el desayuno é irse al colegio. Tamarit la siguió á alguna distancia: le entró comezón por saber dónde vivía y á qué se dedicaba. Aun se detuvo Luisa cinco minutos en una tienda de comesti-

8.—*La Hija de las Flores.*

bles para comprar algo. Tamarit se ocultó en la puerta de una casa para no ser visto por la joven cuando ésta saliera, y luego volvió á seguirla. Al final, casi, de la calle, Luisa entró en una casa de regular apariencia. El se volvió á guarecer en un portal y esperó más de un cuarto de hora para ver si salía, hasta que tuvo el convencimiento de que debía vivir allí.

Acercóse entonces á la casa, después de mirar el número y de tomar nota de él, y entró en ella. Romualda la portera estaba en su sitio haciendo media.

—Buenos días — dijo él acercándosele. — ¿Tiene usted la bondad de decirme si vive en esta casa una joven que se llama Luisa, que tiene un niño?

—Sí, señor.

—¿En qué piso?

—En el segundo, izquierda.

—Está bien, gracias — dijo Tamarit echando mano al bolsillo y dando á la portera una moneda de dos pesetas. — Tome usted.

—Muchas gracias, caballero — exclamó Romualda, gozosa de la propina.

—Ahora, dígame usted ¿hace mucho tiempo que vive aquí esa joven?

—Más de cuatro años.

—¿En qué se ocupa?

—En hacer flores; y por cierto que tiene



para ello una habilidad extraordinaria y que se las pagan muy bien.

—¿Según eso trabaja?

—¿Que si trabaja? Más de lo que debiera: no tiene un momento de descanso.

—¿Y el niño qué hace?

—Va al colegio: es una criatura buenísima: no da ningún quehacer ni mete ruido como los demás chicos de su edad: es un ángel, verdaderamente un ángel.

—¿Y esa joven es casada, viuda ó soltera?

—Viuda: por lo menos así lo dice ella: comprenderá usted que una no le va á pedir los papeles á ningún inquilino, para saber con seguridad que lo es: yo por viuda la tengo.

—¿Recibe visitas?

—Ninguna, absolutamente ninguna en los cuatro años que está en la casa; sólo dos años que en el cuarto de la derecha de su mismo piso vivió un matrimonio ya de edad, solían pasar juntos las veladas, en el cuarto de ella mientras hacía flores á la luz del quinqué, pero ni antes ni después ha vuelto á recibir á nadie.

—¿Sale mucho de casa?

—Todos los días por la mañana á hacer la compra: después de esto una ó dos veces á la semana á entregar la faena, y alguno que otro día de fiesta por la tarde á pasear por el campo con su hijo.

—¿Y de noche?

—De noche no ha salido nunca.

—¿Ha tenido novios?

—Novios no, pero pretendientes los ha tenido á docenas; sólo que ella no ha querido á ninguno. Algunas veces la he preguntado yo por qué, siendo una mujer tan joven y tan guapa, no quiere volver á casarse, y me ha dicho que ya tiene un novio que es su hijo, y que con él tiene bastante; que no quiere quebraderos de cabeza, y como yo le haya vuelto á preguntar sobre lo mismo dos ó tres veces, ha concluído por decirme que no le vuelva á hablar de semejante cosa.

Tamarit sacó del bolsillo otras dos pesetas y se las dió á la portera, diciéndole:

—Esto es porque no le diga usted á la señora Luisa nada de esta conversación: otro día volveré.

—Cuando usted guste, caballero, y muchísimas gracias.

Tamarit se fué en dirección á la calle Ancha de San Bernardo, diciendo para sí que no le convenía tomar piso cerca de la calle del Barco. Recorrió las calles de la Flor Alta y Baja, las de la Manzana, Fomento y el Reloj; vió en ellas algunos pisos que no le agradaron, y regresó á su casa, no tanto para almorzar, como para descansar: no se sentía fatigado, pero no se encontraba bien.

Apenas probó bocado del almuerzo que su ayuda de cámara fué á buscar á una fonda, porque, como hemos dicho, se sentía mal y no quiso cambiar de traje para irse al restaurant del Suizo, que era donde acostumbraba á almorzar y comer. ¿Sería, acaso, que el encuentro con Luisa le hubiera quitado el apetito?

Tamarit no había amado á ninguna mujer en este mundo; no había sentido por ellas más que la pasión de los sentidos, el deseo de la posesión, y, á lo sumo, el aguijón de la vanidad ó el amor propio: no lo había sentido ni aun por Laura á quien iba á hacer su esposa. Al ver á Luisa en la calle del Barco, ni reverdeció un amor que no había existido, ni brotó por primera vez en su pecho: de surgir algo, hubiera sido la renovación del deseo; pero ni aun esto sucedió. Tuvo interés en saber dónde vivía, porque podría convenirle para algo, más adelante, é inquirió de la portera cuanto pudo respecto á Luisa, más bien por curiosidad que por otra cosa.

Mas bien disgustaron que alegraron á Tamarit los informes que la portera le dió referentes á Luisa. El hubiera preferido saber que la joven observaba una conducta equívoca y que pasaba necesidades por carecer de trabajo, ó por la mala retribución de éste, porque, en el primer caso, hubiese tenido armas



poderosas contra ella, y en el segundo, medios de humillarla, es decir, que en ambos hubiera podido tomarse el desquite de la pesada broma que ella acababa de darle. No era así, y estaba contrariado.

¿ Iría á verla y á exigirle que le devolviese la carta que tuvo la imprudencia de dirigirle años atrás para inspirar en ella confianza y conseguir su propósito de seducirla, carta que tenía él pendiente sobre sí como otra espada de Damocles? El ir sería lo de menos, pero ¿ obtendría lo que deseaba? ¿ daría un escándalo inútil? y de dar el escándalo ¿ saldría ella perjudicada únicamente ó saldrían perdiendo los dos?

Luisa había dado pruebas de tesón y de entereza, y no era de esperar que se acobardara ante la amenaza, ni que se humillase á él, hasta el punto de doblegarse á sus exigencias. Comprendía que su fuerza residía en aquella carta, y no se la entregaría nunca, como no se la arrancara violentamente: además ¿ quién sabe si aquella carta obraría original en el expediente canónico incoado para su matrimonio con Laura, ó si se habría devuelto después de sacar testimonio de ella! En ambos casos, sería imposible borrar las huellas de su existencia y siempre, original ó testimoniada, constituiría un obstáculo para que él pudiese intentar un nuevo enlace.

Ir á verla con el sólo objeto de reprocharle su conducta, era contraproducente, porque ella, después de todo, no había hecho más que oponerse á su casamiento en defensa de unos derechos que creía justos, y él, aunque su conciencia no le remordía, consideraba que su proceder no había sido de los más edificantes para con la joven ni para con su hijo, porque, eso sí, no dudaba de su paternidad, como dudaba de la de otros.

En las tres ó cuatro horas que se llevó meditando, no cruzó una sola vez por su imaginación el recuerdo de Emilia, otra de las muchas mujeres seducidas por él en su carrera de aventuras; tenía la idea fija en Luisa y en su hijo, y aquella idea daba vueltas en su cerebro, sin que él pudiera prescindir de ella, y sin echar de ver que su frente ardía y que se le había puesto cargada la vista. Cuando lo conoció, se dijo:

—Debe ser causa de haber dormido poco: no estoy acostumbrado á madrugar y hoy me he levantado antes de las siete: dormiré siesta. Se desnudó y se metió en la cama; pero no le fué tan fácil como creyó el conciliar el sueño: la imagen de Luisa y la del niño siguieron dando vueltas por su imaginación, bien en forma natural, bien con formas extrañas, á medida que se fué amodorrando, hasta

que, rendido por la fiebre, consiguió dormirse.

El encuentro de Luisa había, sino determinado, precipitado tal vez, la dolencia que amagaba á Tamarit, originada por las contrariedades y los disgustos.

---



## XV

### *El burlador vencido*

Tamarit se había acostado á las cuatro de la tarde, y á las seis no había dado señales de vida: su ayuda de cámara se decidió á entrar en el dormitorio, para decirle que se aproximaba la hora en que acostumbraba á comer, y al observar que dormía, al parecer profundamente, se volvió á salir de puntillas. A las siete volvió á entrar en el gabinete llevando un quinqué encendido, que colocó sobre la chimenea, y se acercó á la alcoba. El señorito seguía durmiendo, pero tenía la respiración fatigosa.

—¡Señorito! — le dijo Miguel, que así se llamaba el ayuda de cámara—señorito, son las siete.

Tamarit despertó y preguntó:

—¿Qué, qué hay?

—Que han dado las siete y es ya hora de que se prepare usted para ir á comer, á no ser que quiera usted comer en casa.

Tamarit trató de incorporarse, pero sintió pesadez en la cabeza, y volvió á dejar caer ésta en la almohada, diciendo:

—No me encuentro bien: creo que tengo calentura.

—¿Quiere usted que llame al médico? — preguntó el ayuda de cámara.

—No, esto no será nada — pero reflexionando luego que no le convenía perder tiempo, porque necesitaba tomar un piso y amueblarlo, y si se abandonaba al malestar que sentía, podría ponerse peor, añadió. — O si no, mejor es que lo llames.

El criado salió, y Tamarit volvió á amodorrarse pensando en Emilia, en Luisa, en su hijo, en el piso, en el mobiliario, y en otra infinidad de cosas, muchas de ellas incoherentes.

El médico llegó á las diez de la noche y lo encontró con bastante fiebre; le hizo varias preguntas; le examinó los ojos y la lengua; le timpanizó el estómago y el vientre, y le propinó unas cápsulas de antipirina, y una purga para el siguiente día, sin diagnosticar la dolencia. Al retirarse dijo que volvería á las diez de la mañana siguiente.

Tamarit pasó la noche intranquilo: parecía-le tener una olla de grillos en la cabeza, como se dice vulgarmente: á las seis de la ma-

ñana tomó el purgante; y á las diez, cuando llegó el médico, parecía estar algo mejor.

—¿Cree usted que podré levantarme esta tarde y salir mañana de casa? — le preguntó Tamarit.

—No, señor — le contestó el médico, sin poder reprimir un movimiento de disgusto, al observar la lengua del enfermo un momento después. — La enfermedad no es tan leve ni tan corta como usted supone: necesita usted cuidarse y que lo cuiden con toda puntualidad y todo esmero.

—¿Qué tengo, pues?

—Una fiebre gástrica — le contestó el médico concisamente; y luego añadió: — pero usted sabe que las fiebres gástricas si no se cuidan bien, suelen degenerar en tifoideas, de modo que tiene usted que tener paciencia, medicarse bien, y hacer que lo asistan con mucho cuidado. ¿Vive usted solo?

—Con un ayuda de cámara y una criada.

—¿Tiene usted familia, parientes próximos, alguien, en fin, que se interese por usted y pueda asistirle con solicitud?

—No, señor.

—Pues en ese caso, lo mejor sería que hiciese usted venir dos Hermanas de la Caridad para que alternasen en su asistencia; las Hermanas son unas enfermeras inmejorables, en tanto que ni la criada ni el ayuda de cá-



mara le servirán á usted para otra cosa, que para ir á la farmacia ó para limpiar la habitación.

—Como usted quiera — le replicó Tamarit sospechando ya no estar tan bueno como él suponía.

El médico llamó á Miguel y le dió las instrucciones convenientes para que, con una carta suya, viese á la superiora de las Hermanas de la Caridad, á fin de que dos de estas se encargaran exclusivamente de la asistencia y del cuidado del enfermo, y para que tanto él como la criada, hiciera lo que aquellas ordenasen.

—¿ Tan grave está el señorito?

—Así, así — contestó el médico: — volveré entre cuatro y cinco de la tarde, y quiero que estén ya aquí las Hermanas. — Dicho lo cual se marchó.

Cuando volvió á las cuatro, estaban cumplidas sus ordeness: Dos Hermanas, sor Amparo y sor Tomasa, la primera de unos sesenta años de edad, pero ágil y vigorosa, y la segunda de cincuenta, atendían al enfermo: éste seguía con fiebre y á dieta rigurosa. Sor Amparo conocía al médico por haberlo visto ya otras veces, y le preguntó:

—¿ Qué tiene el enfermo, señor doctor?

—Todos los síntomas de una fiebre infeccio-

sa, incluso la raya negra en medio de la lengua.

—Grave es eso.

—Necesita asistencia esmerada y puntualidad en la medicación — y el doctor especificó ésta á la Hermana.

—Se le cuidará con todo esmero. ¿No tiene familia?

—Ninguna: es soltero y hace dos ó tres años que murieron sus padres, según me han dicho.

—Está bien.

Cuando aquella noche sor Amparo relevó á su compañera á las dos de la madrugada, le preguntó á ésta:

—¿Ha descansado?

—Sí, pero ha delirado á ratos.

—¿Qué ha dicho?

—No lo he comprendido bien; pero creo que tiene una idea fija, porque siempre ha pronunciado un mismo nombre, el de Luisa, y algunas veces ha hablado de un hijo.

Sor Tomasa\* se fué á descansar, y sor Amparo se sentó á la cabecera del enfermo, con el rosario en la mano.

Tamarit parecía aletargado: la fiebre no era mucha, pero sí constante: la Hermana le administró con puntualidad los medicamentos, que el enfermo tomó maquinalmente, volvien-

do á su sopor, y de vez en cuando á su delirio.

— Dame mi hijo — decía con voz confusa, — es mío y lo quiero.

Otra vez murmuró:

— No te vengues de mí, Luisa: dame mi hijo... Sí, es tuyo pero también es mío y lo quiero.

Una ez exclamó de pronto y con voz bastante clara:

— No quiero casarme contigo; lo que quiero es mi hijo.

Sor Amparo, ante la insistencia del delirio, comprendió que había causa para él y que en la existencia del enfermo había algún misterio doloroso. Desde luego supuso algo que se aproximó á la verdad y que, ó laceraba el alma del paciente, ó hería por lo menos su imaginación, á manera de un remordimiento.

A las seis de la mañana, y después de una hora de sueño tranquilo, se despertó aquel bastante despejado.

— Gracias á Dios — le dijo sor Amparo — que se le han ido á usted de la cabeza las quimeras forjadas por la debilidad.

— ¿He delirado? — le preguntó Tamarit.

— Sí, señor, y siempre con lo mismo, con Luisa y con su hijo.

El rostro de Tamarit se contrajo; sor Amparo hizo como que no lo observó.



—¿Y qué he dicho?

—No he podido comprender nada; pero la insistencia de usted en nombrar á Luisa y en decir que quería usted que le entregara su hijo, me han sugerido la idea de que tiene usted algún pecadillo oculto. Después de todo ¿qué hombre no los tiene?

Tamarit permaneció callado y convencida la Hermana de que había dado en el quid, continuó:

—Una joven confiada... un niño abandonado... ¿no es eso, señor Tamarit?

Este miró á sor Amparo con los ojos muy abiertos y siguió callando.

—Locuras de la juventud — dijo la Hermana con acento bondadoso — cuyo recuerdo acude á nuestra imaginación en los momentos de delirio, como expresión de un remordimiento del que ni siquiera nos damos cuenta. ¿Y sabe usted por qué es eso? porque Dios que es la bondad infinita y la infinita misericordia, hace que hable en nosotros la voz de la conciencia, cuando nuestra vida se vé en peligro, para que nos arrepintamos de nuestros errores y entremos en su divina gracia.

Tamarit continuó en su mutismo.

—Dígame usted, señor Tamarit, y dígame-lo con franqueza ¿le incomoda á usted que yo

le hable de esto? porque si le incomoda, no le volveré á decir una palabra.

—No, señora, no me incomoda: puede usted decir lo que quiera — le contestó él.

—Nosotras, señor Tamarit — dijo sor Amparo, — no seríamos buenas enfermeras, si al asistir á un enfermo, no nos cuidáramos de su alma al mismo tiempo que de su cuerpo. A veces las dolencias morales y las dolencias físicas se compenetrán de tal modo, que no son sino una sola enfermedad. De ahí nuestro doble interés y nuestra mayor solicitud. Usted creo que está enfermo del alma tanto como del cuerpo, y así como el médico le ha dicho usted lo que éste siente ¿por qué no me dice usted á mi en secreto, en confianza, lo que aquella sufre? Quizá pudiera darle á usted un consuelo, y los consuelos son como las recetas de los médicos, que, ó curan, ó por lo menos alivian.

—¿Tan grave cree usted que estoy, hermana? — dijo Tamarit eludiendo la respuesta.

—No hay gravedad alguna cuando Dios no quiere, ni enfermedad que no la tenga, cuando á Dios place — repuso sor Amparo;— y si á toda persona le es conveniente tener arreglada su conciencia estando buena, más le urge tenerla cuando está mala y tiene su vida en peligro; pero no se trata de eso precisamente, sino de oír un consejo, que luego

puede usted seguir ó no, según le plazca. Vamos á ver ¿ es verdad que tiene usted por ahí un hijo? — le preguntó sor Amparo con dulzura.

—Puede ser — contestó Tamarit tratando de sonreír.

—Vamos, contésteme francamente: ¿ sí ó no?

—Sí.

—¿ Y que su madre se llama Luisa, no es verdad?

—Verdad.

—¿ Y ahora que me ha dicho usted lo principal, por qué no me dice lo accesorio? No basta conocer una llaga; se necesita saber qué causa la ha producido para poderle aplicar el remedio oportuno. Cuénteme usted esa historia si quiere que le dé un buen consejo, nada más que un consejo, y este, desinteresado.

—Es algo largo.

—No importa: cuando usted se fatigue, descansa y lo deja para otro rato: nadie nos corre.

Era tan persuasivo el acento de sor Amparo y se sentía Tamarit tan impresionado por el misterio en que envolvían su enfermedad, que se dejó convencer. De otra parte, era libre de seguir ó no el consejo que le dieran. ¿ Puesto que había confesado ya lo principal,



que era el hecho, á qué negarse á referir sus circunstancias?

—Bueno, la complaceré á usted en prueba de gratitud por su interés y por sus buenos servicios para conmigo, pero confío en su discreción.

—Hable usted con entera libertad.

Tamarit refirió á sor Amparo sus amores con Luisa, el nacimiento del niño, su abandono y lo del impedimento matrimonial, omitiendo pequeños detalles. La Hermana lo escuchó con religioso silencio, y cuando aquel terminó su relato, le dijo:

—Esa mujer es una buena madre, y usted debe agradecersele, porque, gracias á ella, puede usted ser aún buen padre. ¿Sabe usted si ha observado siempre una conducta digna á pesar de la debilidad que tuvo con usted?

—Creo que sí.

—¿No comprende usted, señor Tamarit, usted que tiene tan buena inteligencia, lo que esa mujer habrá sufrido en cuatro ó cinco años, no sólo para sostenerse y sostener á su hijo con dignidad y honradez, sino al pensar una hora y otra hora, un día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año, que ese hijo á quien querrá con toda su alma, no tiene padre, porque su padre ha renegado de él y le ha negado su nombre? ¿No ha pensado usted nunca en el martirio á que ha condena-

do á esas dos criaturas, la una débil y la otra inocente en absoluto? ¿No imagina usted que hay algo peor que la muerte, peor que el hambre, peor que la miseria, y que ese algo es la deshonra, el oprobio que por mucho que esa madre y ese hijo quieran ocultar, ha de traslucir al público un día ú otro, oprobio en que irá confundido el nombre de usted, aunque usted no quiera? ¿Qué le cuesta á usted, señor Tamarit, regularizar su situación ante Dios y ante el mundo, dándole á su hijo un nombre á que tiene perfecto derecho, y un estado civil á esa joven, que tan merecido tiene por haber sido tan buena madre, y tan honrada y virtuosa después de la desgracia en que usted la sumió, abusando de su debilidad? Si usted sale en bien de la grave enfermedad que le aqueja ¿qué afecciones más caras puede usted hallar en la vida que el cariño de un hijo y la gratitud, por lo menos, de su madre? Y si Dios no quiere prolongar la vida de usted ¿qué obra más meritoria á sus ojos para obtener su misericordia, que lo de haber cumplido con uno de sus deberes más sagrados para todo hombre de corazón, para todo hombre digno, para todo hombre honrado, para todo el que tiene sentimientos nobles y generosos?

Sor Amparo, sin abandonar su mansedumbre ni su dulzura, había ido aumentando gra-

dualmente la expresión y la solemnidad de sus palabras, y éstas habían ido impresionando primero, y subyugando después al paciente: el último toque de sor Amparo al hablarle del estado grave en que se hallaba su salud y de la posibilidad de que tuviere un desenlace fatal, fué para él decisivo. No ya delirando, sino con los ojos abiertos y la razón despejada, vió á su hijo como lo vió en el templo, y vió á su madre, hermosa como siempre, pero seria y digna revelando la nobleza de su alma, y sintió en su corazón los efectos del discurso de sor Amparo, en forma de punzante remordimiento.

—Tiene usted razón — dijo — pero hay cosas que, aún siendo naturales y dignas, le cuesta á uno trabajo hacerlas.

—¿ Por qué ha de costar trabajo el obrar bien y como manda Dios? Autorízeme usted para que arregle ese asunto de su conciencia, y yo lo arreglaré, sin que tenga usted que ruborizarse de nada.

—Bien; pero que sea pronto, si es que mi vida ó mi razón peligran.

—¿ Dónde vive Luisa?

Tamarit hizo que la Hermana tomara nota de las señas apuntadas en su cartera.

---



## XVI

### *Corazones de oro*

Luisa había entrado de nuevo en su vida normal y se dedicaba á sus quehaceres ordinarios. De las trescientas pesetas que por su trabajo recibiera de la señorita de Garduña, había guardado doscientas en un cajón de la cómoda, junto con otras doscientas á que ascendían todas sus economías de cuatro años. No era, pues, tan pobre que no pudiera hacer frente á una enfermedad que le impidiera trabajar en dos meses. Afortunadamente, y como en otra ocasión hemos dicho, su salud y la de su hijo habían sido hasta entonces inmejorables.

Al reanudar el hilo de su vida ordinaria, reanudáronse las interrumpidas conversaciones de balcón á balcón entre ella y su vecino Germán, conversaciones que, por haberse templado la temperatura y haber alargado los días, celebraban mañana y tarde, siquiera su duración no pasaba nunca de media hora. La

hora que perdía en esto, la ganaba trasnochando un poco: había entrado el mes de Mayo y no se hacía ya pesado velar, como antes.

—Está usted de enhorabuena — le dijo un día Germán — ha entrado su mes predilecto, el mes de las flores.

—Desde que usted me ha proclamado hija de ellas.

—No, desde siempre.

—No sé por qué.

—Porque es usted una rosa con las condiciones de la siempreviva, que florece por igual en todos los meses del año.

—Dejaría usted de ser poeta si no hablara así.

Fuerte cosa es que á los poetas se nos tache de exagerados ó de inexactos, solamente porque tenemos la percepción más fina y el sentimiento más delicado. Según eso, también habrá usted creído una exageración todos mis versos.

—No, pero hubiera querido que lo fuesen.

—¿ Por qué ?

—Porque me ha parecido traslucir en ellos un alma dolorida, y como me dijo usted que en ellos iba impresa su alma, me han entristecido.

—Esa tristeza arguye...

—Arguye que, si los males de cualquier persona me afectan, los de un amigo me han

de afectar más, naturalmente, y usted, creo que es amigo mío ¿no es verdad?

—Sentiría que lo dudase usted.

—En ese caso no concibo su soneto titulado *Tristezas*, porque la persona que tiene un amigo verdadero, no puede decir que tiene su alma en horrible soledad.

—Tiene usted razón, pero no más que hasta cierto punto: la amistad aproxima las almas, las une, mejor dicho, las junta, pero no son las notas que se conciertan en el éter, no son los suspiros que formando uno sólo van á Dios, no son las almas que se funden en un beso. A las almas unidas por el vínculo de la amistad, puede ocurrirles lo que á los espectadores en cualquier función, esto es, hallarse solos enmedio de la multitud. Para que un alma no esté sola, es preciso que se funda en otra con el lazo íntimo é indisoluble del amor.

—¿Y usted no ha querido nunca?

Germán vaciló un momento y contestó:

—No: ni he querido, ni me han querido.

—Aún es usted joven.

—Pero pasé ya de la funesta edad de que habló Espronceda, y mi vida ha tropezado con tantos desengaños como ilusiones; y no es que en mí haya muerto la fe ¿pero, de qué sirve la fe sin la esperanza?

—Nunca debe perderse la esperanza — dijo Luisa con acento triste — ella es la que nos



sostiene y da fuerzas en esta vida para sufrir con resignación los rigores del destino ¿qué sería de nosotros si no esperásemos satisfacer tarde ó temprano, y de una manera ó de otra, nuestras aspiraciones?

—Dichosa usted que piensa de ese modo, pero usted tiene, para pensar así, motivos que yo no tengo: usted tiene un hijo en quien se mira como en las niñas de sus ojos; un hijo á quien idolatrar; un hijo cuyas menores alegrías son para usted un manantial inagotable de goces y de venturas, y yo... yo no tengo á nadie á quien querer en este mundo; soy como los hongos, y debo estar dejado de la mano de Dios.

Germán pronunció estas palabras con tal acento de tristeza, que conmovió profundamente á Luisa. Esta no supo qué contestar, y sintiendo que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, saludó á su vecino, diciéndole: — «Hasta la tarde» — y se retiró del balcón.

¿Por qué entristecieron de aquel modo á Luisa las palabras de Germán? ¿Por qué le afectó tanto que él dijese que no tenía á quien querer en este mundo? Porque ella había comprendido que la simpatía que concibió por él en los primeros momentos, y que luego se trocó en amistad, había tomado en su alma los caracteres del amor; porque le dolía verlo sufrir y no saber las causas de su sufrimiento;

porque sentía que él no comprendiese la índole de su afecto y se franqueara con ella confiándole sus penas, cualesquiera que éstas fuesen, para mitigarlas ya que ella no pudiera hacerlas desaparecer.

Pero era Germán tan respetuoso, tan mirado, tan poco atrevido, que aun para dirigirle la menor galantería, parecía medir las palabras, y si alguna vez, dejándose llevar por una impresión del momento, soltaba alguna palabra ó alguna frase que pareciera entrañar un sentimiento superior al de la amistad, ó la rectificaba con alguna aclaración, ó la desmentía con su ulterior lenguaje, como si tuviese empeño en convencerla á ella de que no había sido su ánimo insinuar nada que con el amor se relacionara.

Desde el momento en que Luisa comprendió que su corazón latía por Germán, todo su deseo fué que el de este palpitara por ella, y anhelaba que él se indicase de una manera ó de otra; pero al mismo tiempo que lo anhelaba, lo temía de un modo cruel, y lo temía, porque en su carácter noble y digno, ni ella se atrevería á revelarle su secreto, ni se aventuraría tampoco á sostener con él relaciones ilícitas. Por eso, cuando á veces se dejaba llevar demasiado lejos por el impulso de su corazón, retrocedía inmediatamente como asustada de sí misma, y se congratulaba de que Germán



no hubiera adivinado sus sentimientos ó no se hubiera atrevido á adivinarlos.

Una declaración de amor de su vecino, hubiera sido para ella la gloria y el purgatorio al mismo tiempo, y la hubiera puesto en una situación verdaderamente difícil; ¿cómo rehusarla constituyendo para ella una felicidad, siendo la más dulce de sus aspiraciones, ni cómo admitirla cuando la admisión entrañaba para ella el deber ineludible de decirle á Germán: «Te he estado engañando á ti y he estado engañando al mundo diciendo que soy viuda, cuando no soy más que una joven seducida y abandonada por su seductor». ¡Oh, no! esto último, nunca: preferible era lo primero, y como así lo creía, contenía sus impulsos, y procuraba atenuar cualquier palabra ó cualquier frase que involuntariamente se le escapara y pudiera traducirse por otro sentimiento que el de la amistad.

Germán, de su parte, había creído hasta entonces, de buena fe, que el afecto que su vecina le inspiraba era el de una amistad que se había ido acentuando con el trato diario y con el conocimiento de las virtudes, del talento y de la bondad de Luisa, como mujer y como madre; pero aquella tarde, al fijarse en el triste efecto que sus palabras habían producido en la joven, y al adivinar algo de lo que pasaba en el corazón de ésta, conoció que el



suyo latía al mismo compás que el de ella, y se estremeció al conocerlo. El amor que es fuente de vida, se ofreció á él como un manantial inagotable de penas y de dolores. ¿Cómo confesar honradamente el suyo? ¿cómo exaltar el de aquella mujer sin infringir las leyes de la nobleza y de la caballerosidad? ¿Cómo decirle: «Te quiero, pero no me puedo casar contigo porque soy casado?» Y no decirselo así, con noble franqueza, era una villanía impropia de su carácter.

Mucho sufrió Luisa al apreciar los términos de aquel dilema que le ofrecía el amor que le inspiraba Germán, pero más sufrió aun éste al adquirir el convencimiento de que amaba á Luisa, y que los dos tenían el corazón de oro y no querían ni descubrirse, ni engañarse mutuamente.

---

## XVII

### *Triunfa la madre*

Eran las diez de la mañana del día siguiente al de la escena descrita en nuestro anterior capítulo. Luisa, después de sostener consigo misma una gran lucha, se había *dejado* vencer por el amor, y daba la última mano á su sencillo peinado para asomarse un rato al balcón, en la seguridad de que su vecino estaría ya en el suyo, cuando llamaron á la puerta de su cuarto: miró por la *ventanilla* y se sorprendió de ver el rostro enjuto y las blancas tocas de una Hermana de la Caridad. Luisa abrió la puerta.

—Buenos días, joven — dijo la Hermana, que no era otra que sor Amparo. — ¿Es usted doña Luisa?...

—Servidora de usted: pase adelante y tome asiento.

Sor Amparo entró en la sala y se sentó en una silla: Luisa tomó asiento en otra, y dijo:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—Señorita: vengo con una comisión especial.

Luisa creyó que se trataba de algún encargo de flores: empezaba el mes de Mayo y los templos hacían en aquel mes un gran consumo de flores artificiales.

—Usted dirá.

—Hija mía: la juventud es inexperta y loca: todos los que somos viejos hemos pasado por ella y no lo podemos ni lo debemos olvidar; todos hemos cometido faltas de inexperiencia ó de locura, más ó menos graves, y no tenemos el derecho de ser severos con los jóvenes del día: en cambio, tenemos el deber de cooperar, en la medida de nuestras fuerzas, al remedio del daño que la inexperiencia en unos y la locura en otros, haya podido causar.

Luisa escuchaba con sorpresa el exordio de la Hermana de la Caridad. Esta continuó:

—Sé que usted, siendo una niña, quedó huérfana y bajo el amparo y protección de una abuela suya; sé que tuvo usted un novio que, prevaleándose de la enfermedad que su abuela de usted contrajo, consiguió entrar en la casa... Tenía usted diez y seis años; era usted casi una niña; carecía usted de experiencia; le sobraba corazón, y... él era un hombre joven, guapo, corrido... sucedió, lo que suele suceder en tales casos: la locura triunfó de la inexperiencia y...



—¡Madre! permítame usted que...

—Tenga usted calma, hija mía, y déjeme continuar, que le interesa, se lo aseguro. El hombre que la engañó á usted de un modo, la engañó luego de otro, y cuando usted abrió algo los ojos y le pidió un nombre para su hijo, se lo negó, ofreciéndole en cambio un puñado de oro.

—¿Pero cómo sabe usted?...

—Paciencia, que todo vendrá — exclamó sor Amparo sonriendo tristemente. — Usted, noble y digna, rehusó el dinero y desapareció con su hijo viniéndose á vivir á este piso, en el que está más de cuatro años ganándose honradamente la vida en la confección de flores, y educando cariñosamente á su hijo. El siguió su vida de aventuras, hasta que hace unos cuantos días trató de casarse, y usted impidió que lo hiciera.

—Estuve en mi derecho.

—Es verdad, é hizo usted bien.

—¿Entonces?...

—Ya llegamos á lo más importante. Don Alfredo Tamarit, su antiguo amante, el padre de su hijo, el hombre que cometió la locura de atropellar la inocencia de usted, prevaleciéndose de su candor, se halla hoy arrepentido de su falta, y ansía repararla por medio de un casamiento...

—¡Nunca; eso jamás! — exclamó Luisa con exaltación.

La Hermana de la Caridad se quedó absorta: tropezaba con una dificultad donde menos esperaba encontrarla. Había dado un gran rodeo para comunicar la noticia á fin de evitar la fuerte impresión en sentido agradable que esperaba produjese, y se encontró con una alta manifestación de desagrado.

—¿Que no quiere usted casarse con Tamarit?

—No, señora: el cariño que le tuve se trocó en desprecio, y luego en indiferencia.

—Eso lo comprendo; lo que no comprendo es que, implicando un perdón lo que él solicita, no le perdone usted.

—Lo perdoné hace ya tiempo, en lo que á mí se refiere como mujer, no como madre.

—Difícil es separar á la madre de la mujer en este caso, hija mía — dijo sor Amparo con dulzura — y si no, veamos ¿qué desea usted como madre?

—Que su padre reconozca legalmente á su hijo.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y cree usted que ese hijo no se abochornará después?

—¿De qué?

—De la fragilidad de su madre.

—Ese hijo la perdonará, porque sabrá lo que su madre es y ha sido.

—Así lo creo; pero ¿el que él la perdone á usted, evitará que se avergüence de que los demás la conozcan? ¿no comprende usted que esto constará siempre en donde tenga que acreditar su nacimiento? Será hijo legítimo, pero no de legítimo matrimonio.

Luisa bajó pensativa la cabeza; no había pensado nunca en semejante cosa.

—Si usted es tan celosa del honor y del buen nombre de su hijo, y de la tranquilidad de su espíritu, no debe querer su rehabilitación á medias, sino por entero, y ahí tiene usted explicado el por qué no es fácil, en este caso, hacer distinción entre la mujer y la madre.

—Mi corazón ya no es mío; es de otro hombre que Tamarit.

—¿Nada más que el corazón?

—Nada más — replicó Luisa, irguiéndose con el orgullo de la dignidad ofendida; — y eso, ni lo sabe siquiera el que se ha hecho dueño de él.

—Pues bien, hija, al corazón se le mete en un puño y se le sujeta cuando llegan ciertos casos. Veo que el asunto no es tan fácil como yo creía, y que cuanto haga yo por decidirlo será inútil. Lo ha de decidir usted con libertad absoluta. En el corazón de usted luchan dos



pasiones poderosas: el amor de mujer, y el amor de madre. Piénselo usted bien y decídase por uno de esos dos amores, pero decídase pronto, porque el tiempo urge, porque la muerte bate sus alas sobre el lecho en que reposa Tamarit atacado de una fiebre infecciosa, y pudiera resultar ya tardía la decisión de usted.

Luisa se quedó aterrada; ni aún tiempo para reflexionar tenía. Era tan grave, tan extraordinaria la situación en que se encontraba y le había cogido tan de sorpresa, que no podía ni aún coordinar sus pensamientos. ¡Su hijo, Germán, Tamarit en su lecho de muerte, tres fuerzas distintas chocándose en su corazón violentamente y anulando su inteligencia! Cogióse la cabeza con ambas manos y la oprimió como si quisiera estrujarla para que de ella brotase un pensamiento luminoso; el corazón le latía con fuerza desusada; sus ojos estaban secos; las lágrimas se evaporaban antes de brotar por las pupilas.

Por fin logró ordenar algo sus ideas y discurrir con alguna lógica. El casamiento con Tamarit implicaba la total rehabilitación de su hijo, y la suya propia, pero era la muerte de su amor á Germán, la muerte de sus ilusiones y el encadenamiento á un hombre por el que nada sentía ya, en fuerza de haberlo querido antes y de haberlo despreciado después tanto;

la conservación de su libertad, era la vida de sus ilusiones, su amor á Germán, pero implicaba la vergüenza y el deshonor para su hijo...

Y no había término medio, como ella había creído hasta entonces, no; aquella anciana respetable de blancas tocas y rostro simpático, se lo había demostrado con lógica irrefutable; no había más que un dilema, cuyos dos términos tenían para ella sabor amarguísimo; y tenía que decidirse en seguida, porque la muerte es traidora y no admite espera, por más que, á veces, levante su guadaña amenazando segar una existencia, y se aparte luego sin dejarla caer.

Levantóse del asiento en que estaba y se dirigió á la alcoba cuyas puertas de cristales estaban abiertas. Sor Amparo la vió tambalearse al andar y caer de rodillas ante la imagen de la virgen de los Desamparados; luego la oyó sollozar largo rato; después, la vió secarse las lágrimas con un pañuelo... Pasaron quince minutos, y hubiérase creído que la joven estaba modelada en yeso, á no habérsela visto suspirar de vez en cuando.

Sor Amparo la miraba compasivamente; también había amado ella en su juventud, y conocía lo que era la fuerza de una pasión contrariada; respetaba el profundo dolor de la joven, y esperaba resignadamente su respuesta decisiva.

Luisa se levantó por fin, y volvió á la sala; sus ojos estaban hinchados pero las lágrimas habían desaparecido de ellos; su paso ya no era vacilante sino seguro.

—Hermana — dijo á sor Amparo con voz opaca, pero firme; — la madre ha triunfado de la mujer: estoy dispuesta á ser la esposa de Tamarit.

—¿Sabe usted dónde vive?

—No.

—Lo mejor es que yo venga á buscar á usted y á su niño entre siete y ocho; traeré un coche; cuando lleguemos allá, estará todo prevenido para el casamiento civil y el canónico y para el reconocimiento y legitimación del niño. ¡Dios haga que sea para bien de todos!

—¡Dios lo haga! — murmuró Luisa.

Al marcharse sor Amparo, Luisa se dejó caer casi exánime en una silla.

---



## XVIII

### *Perdón de madre y de esposa*

Luisa, una vez tomada su resolución, no vaciló un sólo momento en llevarla á cabo; verdad es que tal fué el esfuerzo que hizo para decidirse, que se quedó como anonadada, falta de fuerzas físicas y de energía moral, pero aquel estado duró poco; el sentimiento del deber trazado por ella misma, la sacó de su abatimiento y le restituyó gran parte de las energías y de las fuerzas que había perdido.

Tenía cerrados los cristales del balcón, pero se oía no obstante el trino del canario de la parte de afuera, y aquel trino le recordó que Germán estaría en su balcón esperando con impaciencia verla y saludarla, pues ya era con exceso la hora en que ella acostumbraba á salir.

—He ahí otro ser desgraciado, aunque dudo que lo sea tanto como yo, en medio de la felicidad de ver rehabilitado á mi hijo. ¡Quién sabe lo que pensará de mí! Lo que no sabrá

nunca, si el padre de mi hijo se restablece, es el amor que me ha inspirado.

Hecha esta reflexión, sacó de los cajones de la cómoda el traje nuevo del niño y uno negro para ella; se peinó, recogió las flores que tenía sobre la mesa, las guardó, lo puso todo en orden, y esperó la llegada de Arturo.

A las seis y minutos llegó éste; su madre le abrió los brazos al entrar y lo abrazó con más ternura quizá que nunca; aquel abrazo y los besos que dió á su hijo y que él le devolvió alegre y cariñosamente, acabaron de fortalecer á Luisa.

—Merienda, hijo, merienda—le dijo;—que luego vamos á salir y te vas á poner el vestido nuevo.

—¿Adónde vamos? — exclamó el niño con alegría.

—A ver á tu papá.

—¿A mi papá? — preguntó con extrañeza — ¿no está muerto?

—No: está vivo.

—¿Y dónde está?

—En otra casa; está enfermo en cama y quiere verte.

—¡Mi papá!

—Sí, Arturito, tu papá, y te advierto que lo has de querer mucho, porque él también te quiere á ti.

El niño no se pudo dar cuenta de aquello y no cesaba de repetir:

—¡ Mi papá, mi papá!

A las seis y media vistió Luisa á su hijo y luego se vistió ella; ya no era hora de que el vecino estuviera en su cuarto, y, abriendo el balcón retiró el canario, le llenó el comedero de alpiste, le llenó de agua el vasito, y, en previsión de no poder volver al día siguiente puso dentro de la jaula dos jicaras llenas, la una de agua y la otra de alpiste y colgó la jaula en medio de la sala, como hacía todas las noches. Poco después de las siete, y cuando ya lo tenía todo listo y arreglado, llegó sor Amparo, y dijo:

—¿ Vamos?

—Vamos — contestó Luisa; y tomando de la mano al niño, cerró la puerta de su cuarto, bajó las escaleras, saludó á la portera con un movimiento de cabeza, subió en el coche que los esperaba, y éste partió al trote del caballo en dirección á la calle de Caballero de Gracia.

Sor Amparo no se había descuidado, temiendo que un recargo en la fiebre aplazase ó hiciese imposible la celebración del matrimonio. Lo primero que hizo fué ver al enfermo y decirle que Luisa había accedido *por fin* á lo que él deseaba y que de siete á ocho iría ella á buscarla y llevarla allí con el niño: después, y de acuerdo con el médico, arregló todo



lo necesario para el casamiento civil y canónico *in articulo mortis*, acta de reconocimiento y disposición testamentaria, en previsión de que la fiebre que aquejaba á Tamarit tuviese un desenlace funesto.

Cuando llegaron á la casa en que vivía Tamarit, entraron sin hacer ruido en la sala, y únicamente sor Amparo entró en el gabinete y luego en el dormitorio. Alfredo seguía con fiebre pero despejado; al verla le preguntó:

—¿ Están ahí?

—Sí.

—Que vengan.

Poco después entraron en el dormitorio Luisa y el niño; las Hermanas se quedaron en la sala por discreción.

El enfermo, al ver á Luisa, le tendió la mano, fijó en ella los ojos, y murmuró:

—Gracias, Luisa, gracias; dame el niño que lo bese.

Luisa levantó al niño, lo apoyó sobre la cama, y le dijo, con voz conmovida:

—Besa á tu papá, hijo mío.

La escena fué conmovedora, y Luisa no pudo evitar que las lágrimas humedecieran sus ojos.

—Eres buena — le dijo Tamarit, después de haber besado á su hijo repetidas veces — deja el niño con las Hermanas y ven: tenemos que hablar.

Luisa complació á Tamarit.

—¿ Me perdonas? — le dijo este asiéndole una mano.

—Te perdoné hace tiempo.

—No me basta eso: quiero que me vuelvas á perdonar.

—Te perdono, pues; pero no te agites, que eso puede hacerte daño.

—¿ Quieres ser mi esposa?

—A eso he venido.

—Pues avisa para que empiezen cuanto antes; preveo que me va á entrar el recargo.

La ceremonia fué breve; el notario traía ya extendido el testamento de Tamarit quien dejaba íntegra su fortuna á su hijo, dejando á su madre tutora y curadora, y por albaceas testamentarios al coronel don Guillermo Rocamora, que á la sazón estaba en Londres, y al doctor don Luis Domínguez que residía en Pozáldez, provincia de Valladolid.

A las ocho y media había concluído todo; el niño cenaba, y Luisa, despojada de la mantilla, tomaba asiento á la cabecera del enfermo á objeto de asistirlo con toda solicitud.

A las diez llegó el médico; era la tercera visita en aquel día; lo pulsó, comprobó la temperatura, lo examinó detenidamente, y le dijo:

—Animo, amigo mío, ánimo y á ver qué tal pasamos la noche.

Cuando salió del dormitorio, le siguió Luisa.

—Diga usted, doctor ¿cómo lo encuentra usted?

—Señora, muy grave, pero no de peligro inminente.

—¿Cree usted que puede salvarse?

—Sí, señora, aunque existan más probabilidades de lo contrario.

—¿Considera usted conveniente celebrar alguna consulta?

—No la creo necesaria; la enfermedad está bien diagnosticada y el pronóstico bien indicado; todo depende del vigor físico del paciente.

—Es que yo quiero que se haga todo lo humanamente posible por salvarlo; se trata de mi esposo y del padre de mi hijo.

—El deseo de usted es tan natural como justo, y respondo á usted de que la ciencia hará cuanto pueda para salvar la vida de su esposo.

Sor Tomasa había hecho preparar aquella tarde una habitación con una cama y una camita con barandillas para Luisa y para su hijo, un tocador, un lavabo y dos sillas é instalación provisional y del momento; pero Luisa dijo que aquella noche la pasaría toda entera al lado de su esposo; lo que lamentó fué la imprevisión de no haberse llevado un traje de



casa para estar más desahogada que con el traje negro, pero la criada le dió uno de lana de color algo obscuro, y cuando acostó á Arturito, se quitó el corsé y se mudó de vestido. Tan afectada estaba no obstante su aparente serenidad, que no quiso cenar, y únicamente y á fuerza de instancias, tomó unos bizcochos con un poco de vino de Jerez.

Tamarit se quedó aletargado y pasó la noche con más fiebre y delirando á ratos. En sus delirios tuvo la idea fija de la noche anterior, y los nombres de Luisa y de su hijo fueron pronunciados por él varias veces, pero con los epítetos más cariñosos; su esposa lo velaba con el mayor cuidado y le hacía tomar los medicamentos ordenados por el doctor, según nota que entregaron las enfermeras. En uno de aquellos ratos de delirio en que el infeliz creía estar abrazando á su mujer y á su hijo, Luisa se incorporó con sigilo y puso sus labios en la abrasada frente de su esposo. Aquel beso callado, perdido en el misterio de la noche y en la soledad de la alcoba, fué como el sello del perdón que pocas horas antes le renovara, el sello del perdón no otorgado por la madre, sino por la mujer, por la esposa.

La fiebre decreció en las primeras horas de la mañana, y el sueño del enfermo se hizo más tranquilo. Luisa no había dormido ni dormitado un sólo instante en toda la noche.

## XIX

### *Triste desenlace*

El médico, al hacer su primera visita al enfermo á las nueve de la mañana, lo halló tan despejado como el día anterior, pero con el pulso algo más débil; el estado general era el mismo y la gravedad continuaba siendo amenazadora, aunque no alarmante; la infección no se modificaba, y la crisis, que forzosamente había de sobrevenir, lo mismo podía ser favorable que desfavorable.

Luisa, siempre á la cabecera de su esposo, estuvo atenta á todas las prescripciones del médico y tomó nota de ellas para no olvidar ninguna; su semblante acusaba, de un lado la ansiedad por el estado del paciente, y de otro el insomnio y la mala noche sufrida.

—Debe usted descansar — le dijo el médico — está usted rendida y se expone á enfermar. Las Hermanas, que son hábiles enfermeras, atenderán al enfermo tan bien como usted.

—Ya descansaré un rato más tarde.

—¿Cenó usted anoche?

—Tomé unos bizcochos con vino.

—¿Y hoy?

—Una taza de café con leche.

—Eso no basta; si quiere usted velar á su esposo y tener fuerzas para ello, necesita usted alimentarse bien y dormir algunas horas.

—No tengo apetito ni sueño.

—Eso es efecto de su estado nervioso; le recetaré...

—No, no me recete usted nada; no he tomado en mi vida medicamento alguno y no quiero romper ahora con la costumbre, sobre todo, no doliéndome nada. Haré por comer y dormir á ratos.

Luisa acompañó al doctor hasta el salón y le preguntó con interés:

—¿Cómo le ha encontrado usted?

—Lo mismo que ayer, aunque algo más decaído por efecto de la debilidad.

—¿No juzga usted necesaria una consulta?

—Por ahora no.

Luisa, después de despedir al médico cogió de la mano á Arturito, que ya se había desayunado, y le dijo:

—Ven á darle á papá los buenos días y un beso.

Entraron ambos en la alcoba, y la pálida fisonomía de Tamarit pareció reanimarse; sus



ojos, algo vidriosos, fijaron en Luisa una mirada de gratitud.

—Buenos días, papá — dijo el niño acercándose á la cama. Tamarit alargó una mano para acariciarle, y le contestó:

—Buenos días, hijo mío ¿has dormido bien?

—Sí, papá.

Luisa lo levantó para que besara á su padre, y éste le devolvió con ansiedad el beso, diciéndole:

—En cambio tu mamá no ha cerrado los ojos en toda la noche.

El niño permaneció algunos minutos junto á su padre hasta que Luisa le dijo:

—Anda, vete á la sala, y no metas ruido.

El niño salió.

—¿Por qué no vas tú á descansar? — dijo Tamarit á Luisa — debes de estar rendida.

—Nadie se rinde — le contestó ella — por no dormir una noche.

Tamarit le asió una mano, y fijando en ella una mirada ansiosa, le preguntó en voz baja:

—¿Es verdad que no me aborreces?

—No, no te aborrezco.

—¿Es verdad que me has perdonado de corazón?

—Sí.

Tamarit vaciló un momento y le volvió á preguntar, sin apartar la vista de ella.

—Di, Luisa, ¿me quieres algo?

Luisa lo envolvió en una mirada compasiva, y le contestó con dulzura:

—Soy tu mujer y tengo la obligación de quererte, como tengo la de cuidarte y la de velar por tu salud hasta que te pongas bueno, y puedes tener la seguridad de que no faltaré á ninguno de mis deberes.

Aunque la respuesta de Luisa no fué tan categórica como él hubiera deseado, le satisfizo. ¿Qué más podía exigir de aquella mujer á quien había engañado siendo casi una niña y de la que no se había acordado en cinco años?

—Escucha, Luisa — le dijo él; — reconozco que eres una mujer superior; tienes corazón y tienes talento, y yo he sido un imbécil en no haberlo conocido antes; si recobro la salud, procuraré hacerte olvidar, en fuerza de cariño, el triste calvario que te he hecho recorrer; pero si muero, como es lo más probable...

—No pienses en semejante cosa — dijo Luisa interrumpiéndole — esos pensamientos te perjudican.

—Si muero, no le digas nunca al niño lo malo que he sido para vosotros; haz todo lo posible porque el recuerdo que de mí tenga, sea un recuerdo dulce y cariñoso.

—Nuestro hijo querrá siempre á su padre,

vivo ó muerto; no te preocupes de semejante cosa.

—Escucha: si muero, le quedará á mi hijo una renta de cinco mil duros que tú administrarás, y quiero que dejes el trabajo, que descanses, que vivas cómodamente como lo que vas á ser, la viuda de Tamarit.

—¡Vamos! no digas tonterías y déjate de viudeces; me haces daño al hablar de esa manera.

—Escucha: tengo dos amigos, quizá los únicos, que son dos excelentes personas, á quienes he nombrado mis albaceas testamentarios; ninguno de ellos está ahora en Madrid; el coronel Rocamora está en Londres, y el doctor Domínguez está en Pozaldéz, un pueblo de la provincia de Valladolid. En cualquier apuro, en cualquier situación difícil, acude á ellos confiadamente, sobre todo al coronel; es viejo, tendrá ya sesenta y cinco años, pero es un caballero lejendario, bondadoso y noble como ninguno.

Tamarit se interrumpió; el esfuerzo que había hecho para hablar tanto tiempo seguido, le rindió; dejó caer la mano que sujetaba la de Luisa, y poco después se quedó traspuesto; su respiración, aunque algo fatigosa, era normal. Luisa salió de puntillas de la alcoba, atravesó el gabinete, y llegó á la sala en donde



estaba sor Amparo, que había entrado de guardia á las nueve, hablando con Arturo.

—Sor Amparo — le dijo Luisa — hágame usted el favor de sustituirme un rato mientras tomo cualquier cosa; ahora parece que descansa.

—Lo que debe usted hacer es almorzar y dormir aunque no sean más que dos ó tres horas; si algo ocurre, ya le avisaré, y, de todos modos, la despertaré cuando vuelva el médico; la enfermedad puede ser larga y no le conviene á usted, en beneficio del mismo enfermo, extenuarse en dos días.

—Usted siempre tan persuasiva.

—¿Lo hará usted?

—Lo haré, aunque no sea más que por darle á usted gusto. Ven Arturo, vamos á almorzar.

Trasladáronse al comedor, y como Luisa puede decirse que no había comido en veinticuatro horas, almorzó con regular apetito, y luego se fué á su cuarto, se echó vestida sobre la cama y durmió tres horas con sueño reparador.

El enfermo pasó el día con alguna intranquilidad y se agravó en las primeras horas de la noche. Luisa se impuso al médico y obligó á éste á que convocara junta para aquella misma noche con otros dos médicos reputados, los que él quisiera. Celebróse ésta á las

once y el resultado de ella fué declarar que el paciente estaba gravísimo y que había muy pocas esperanzas de que se salvara; había perdido el conocimiento, la fiebre era muy alta, y el delirio incesante.

Administráronle á Tamarit el sulfato de quina en inyecciones hipodérmicas para que la acción del medicamento se ejerciera más directamente sobre la sangre; le pusieron casquetes de hielo para rebajar la temperatura del cráneo á objeto de evitar la congestión, y no se consiguió más que contener el incremento de la fiebre, pero no hacerla bajar. El médico de cabecera, que no se separó de ella un instante, dijo á Luisa que el fin se acercaba, desgraciadamente, y que urgía administrar al enfermo la extremaunción, único sacramento que estaba en condiciones de recibir.

Luisa, realmente acongojada, porque la compasión se había apoderado de su alma y porque, después de todo, aquel era su esposo y el padre de su hijo, esposo y padre que en sus últimos días les había demostrado cariño real y verdadero, hijo de un arrepentimiento profundo, envió enseguida á buscar la extremaunción, llevó á su hijo junto á la cama para que besara por última vez la mano de su padre, y arrodillándose luego ella, hundió la cabeza en las ropas del lecho y derramó abundantes lágrimas. En aquellos tristes instan-

tes, no se acordó del hombre que la había seducido y abandonado, sino del hombre á quien ella había querido apasionadamente y del que la había hecho luego esposa ante Dios y ante los hombres.

A las seis le administraron al enfermo los últimos sacramentos y poco después su respiración se convirtió en una especie de ronquido fuerte y continuado; empezaba la agonía. Sor Amparo y sor Tomasa quisieron hacer que Luisa se retirara, pero ésta se negó á salir, y como, interpretando mal una observación de sor Amparo creyere que ésta le había dicho que eran excesivas aquellas demostraciones de afecto, le contestó:

—He olvidado todo el mal que me ha hecho; no me acuerdo más que del bien que me ha dispensado.

El ronquido fué decreciendo poco á poco en intensidad y se trocó en respiración que, á su vez, fué decreciendo también hasta terminar en un ligero sacudimiento, en una ligera contracción. ¡Tamarit había dejado de existir!

Luisa se incorporó con solemne seriedad, contempló un momento el cadáver, depositó un beso en su frente, que aún ardía, y le cerró los ojos con sumo cuidado; aquel esfuerzo le agotó las fuerzas, y cayó desvanecida sobre el lecho. Las Hermanas aprovecharon aquella



circunstancia para trasladarle á su habitación, donde la hicieron volver en sí.

—¿Qué ha pasado, mamá? — preguntó el niño semi-llorando.

—¡Que ha muerto tu padre! — le contestó ella tristemente. — ¡Lloralo, como el mejor de los hijos!

---

## XX

### *El eterno misterio*

El entierro de Tamarit se verificó á la mañana siguiente, habiendo corrido con él en todo sor Tomasa. Como Luisa no conocía á los amigos de su esposo, y ella no los tenía, se convino en hacer la invitación por medio de los periódicos únicamente, y, á pesar de todo, se vió muy concurrido; presidió el duelo don Ricardo Gómez, padre de Laura, á quien Luisa rogó por mediación de ésta, que le dispensase tan señalado favor. Laura se apresuró á ir á ver á Luisa á la casa mortuoria, y ambas sellaron su amistad en un estrecho abrazo y derramaron lágrimas por el hombre á quien las dos habían querido.

—¿Y ahora, qué es lo que usted piensa hacer? — le preguntó Laura.

—No lo sé, ni he podido pensar en ello — le contestó Luisa. — ¡Ha sobrevenido esto de una manera tan rápida y tan inesperada!

—Supongo que no seguirá usted trabajando.

—¿Qué he de hacer entonces?

—Vivir tranquilamente, cuidarse de la educación de su niño, en fin, lo que hace toda persona acomodada.

—No sabré vivir sin trabajar; seguiré haciendo flores, pero no para la venta; por recreo, para regalarlas, para cualquier obra benéfica.

—Eso no estará mal ¿piensa usted seguir viviendo en esta casa?

—No; tiene para mí recuerdos muy tristes para que desee vivir en ella; por el pronto me trasladaré á mi pisito de la calle del Barco, á aquel pisito que ha sido mi refugio cerca de cinco años, y al cual le he cobrado cariño; después, cuando pase algún tiempo, tomaré otro más grande y en mejor sitio.

—Papá me ha encargado que le ofrezca á usted habitación en nuestra casa, y yo le ruego á usted que acepte su oferta; sería para mí tanta satisfacción el que viviéramos juntos!

—Laura — le dijo Luisa, — es usted un ángel y aunque esta es la segunda vez que la hablo, ha adquirido usted para mí títulos de hermana. Por ahora no puedo condescender con su ruego; necesito vivir en la soledad por algún tiempo; quizá más adelante la complazca con gusto.

Sor Amparo puso en manos de Luisa las llaves de todos los armarios, baules y cajones,



que había recogido la víspera al fallecer Tamarit, y le dijo:

—Si, como acabo de saber, piensa usted trasladarse esta noche á su casa de la calle del Barco, convendría que recogiera usted el dinero, joyas y objetos de valor que haya aquí y se los llevara, sin perjuicio de que después dispusiera del mobiliario á su antojo.

—Después de almorzar nos dedicaremos á ver lo que hay.

El almuerzo fué triste y silencioso; don Ricardo, Laura y las dos Hermanas acompañaron á la viuda y á su hijo; durante la tarde examinaron los muebles y en un cajón del pupitre encontró Luisa algunas sortijas y alfileres de corbata, únicas joyas que tenía su esposo, un resguardo del Banco del capital depositado allí en valores, y billetes y dinero en la importancia de unas seis mil pesetas aproximadamente.

Hizo que le presentaran nota de todas las cuentas que había que pagar; satisfizo su importe sin discutirlo ni examinarlo; entregó á sor Amparo un billete de quinientas pesetas para la comunidad; dió otro de cien á cada sirviente; ordenó á éstos que se quedaran al cuidado del piso hasta que ella dispusiera, y en cuanto cerró la noche se fué con su hijo, don Ricardo y Laura á la casa de éstos, pues se habían empeñado en que Luisa y su hijo

comieran con ellos, y en acompañarlos luego á la calle del Barco para que Luisa descansara, que buena falta le hacía; en sesenta horas no había dormido más que tres.

Ya eran cerca de las once de la noche cuando llegaron en coche á la puerta de su casa que encontraron cerrada; les abrió el vigilante, y Luisa, despidiéndose triste pero afectuosamente de sus nuevos amigos que ofrecieron visitarle amenudo, subió á su cuartito, llevando á Arturo casi de remolque, por estar medio dormido, y un saquito con los papeles de importancia, el dinero y las joyas. Al meter la llave en la cerradura pensó en Germán, y dirigió la vista hacia la puerta de la derecha, que estaba cerrada. ¡Tal vez estuviera ya durmiendo!

Lo primero que hizo tan pronto como encendió el quinqué, fué mirar el canario. ¡Vivía! — ¡Pobre animal! — se dijo — ¡cuánto nos habrá echado de menos! — Luego regó las macetas... No se veía luz en los balcones de la derecha. Era indudable que Germán dormía. Después desnudó al niño y lo acostó. Por último se desnudó ella y se metió en su cama.

Pero el sueño no acudió á sus párpados inmediatamente; á pesar del cansancio y de la fatiga, la imaginación se impuso y dominó á la materia durante media hora. ¡Cuántas cosas le habían ocurrido en menos de tres días!

¡ En ellos se había visto soltera, casada y viuda! ¡ Se había visto pobre y rica! ¡ Su hijo ya no era espúreo, tenía ya nombre! ¡ Había desaparecido el misterio que la avergonzaba, y podía erguir la cabeza sin temores ni sobresaltos! Para la expansión de sus sentimientos no habría ya más limitaciones que las que el decoro del luto le imponían; para la libre disposición de su persona no habría otra traba que los diez meses de viuda que el código preceptuaba.

¡ Qué ageno estaría su vecino de cuanto le acababa de pasar! ¿ A qué habría atribuído su ausencia y la de su hijo? ¿ Qué habría supuesto la portera al verla salir con su hijo y con una Hermana de la Caridad, meterse en un coche y no regresar en tres días? Divagando sobre todo esto, fué entornando los ojos poco á poco, hasta que la rindió el sueño y se quedó dormida profundamente: eran las doce.

El siguiente día amaneció para ella á las ocho de la mañana; la despertó un fuerte campanillazo dado á la puerta.

—¿ Quién es? — preguntó saltando de la cama y echándose encima una bata.

—¡ Gracias á Dios! — exclamó la portera, que todas las mañanas subía con objeto de ver si los inquilinos habían regresado. — Creí



que no volvían ustedes nunca y ya estaba por dar aviso á la autoridad.

Luisa abrió la puerta y entró en la habitación la señora Romualda, que dirigió en torno suyo una mirada investigadora.

—Ya estamos de vuelta — se limitó á contestar Luisa.

—¿Pero no pudo usted decirme al salir, que no volvería hasta hoy?

—No, señora.

—He estado por ir á preguntarle á la superiora de las Hermanas de la Caridad.

—Hubiera usted perdido el tiempo.

—¿Pues no era Hermana de la Caridad la que acompañaba á usted?

—Sí, señora.

Romualda, aunque tratara de ocultarlo, estaba irritadísima por la concisión de las respuestas; hubiera dado un dedo de la mano, por saber en dónde habían estado y qué habían hecho aquellos tres días, Luisa y su hijo.

—Pues no debe de haberle ido á usted muy bien, porque está usted descolorida.

Luisa se encogió de hombros y no contestó.

La irritación de la portera llegó á su colmo, y se vengó de Luisa diciéndole con intención perversa:

—¡Lo que son las malas lenguas! Ya había quien aseguraba que se había usted marchado con el vecino, pero que había usted salido

unas cuantas horas antes que él para no llamar la atención.

—¡El vecino!

—Sí, el señor Germán.

—¿Se ha marchado el señor Germán? ¿á dónde?

—¡Qué se yo! se marchó la mañana siguiente de salir usted dejando pagado el cuarto por un año y dejándome la llave para que lo limpie y barra los días, como si él estuviera aquí. ¡Ah! por cierto que me entregó una carta para que se la diera á usted, y tan de prisa se fué, que no tuve tiempo para decirle que había salido usted la noche antes y que aún no había vuelto.

—¿Dónde está esa carta?

—Abajo la tengo en la portería.

—Súbala usted enseguida, señora Romualda.

—Tal vez en ella le diga á usted...

—Súbala, súbala.

—¡Ya decía yo que era imposible que usted se hubiera ido con él! Voy á subirla, vov.

Acababa de despertarse Arturito; su madre lo vistió rápidamente, le dió un beso y le dijo:

—Si la portera te pregunta dónde hemos estado estos días dile que no lo sabes.

Romualda volvió y entregó á Luisa una carta.

—Ahora — le dijo ésta metiéndose la carta en el bolsillo — va usted á hacerme un favor, sin perjuicio de pagárselo á usted.

—Mande usted lo que guste — le contestó la portera que se desvivía por las propinas, pero contrariada porque Luisa no había leído la carta en presencia suya.

—Tráiganos usted dos cafés con leche y tostada, y avise usted en la fonda más próxima que nos traigan todos los días hasta nuevo aviso, dos cubiertos por la mañana á las doce y otros dos á las siete de la tarde.

La portera se quedó estupefacta.

—¿ Dos cubiertos?

—Sí, señora.

—¿ De qué precio?

—De tres pesetas; se le pagará además al mozo lo que cueste traerlos. ¿ A cuántos estamos hoy?

—A seis.

—Tome usted; pague el servicio de cuatro días; las dos pesetas que sobran para usted.

Luisa le entregó á la portera, que no volvía en sí de su asombro, un billete de cincuenta pesetas.

—¿ Le ha caído á usted la lotería? — preguntó.

—No, señora; pero me gané la semana pasada trescientas pesetas en unos ramos de flores que hice para una señora, y puedo per-



mitirme el lujo de gastarme la tercera parte en comer bien ocho días.

La portera no replicó y se marchó haciendo calendarios.

En cuanto aquella salió, Luisa sacó la carta del bolsillo, rompió el sobre y leyó:

«Estimadísima vecina:

»Mientras he creído que el afecto que usted me inspiraba no era más que amistad, he sido relativamente feliz; pero hoy, que me he convencido de que la amo, vuelvo á ser el más desgraciado de los hombres.

»Me recluí en esta casa para estar á solas con mis penas; la conocí á usted, y lo que la amistad mitigó, el amor lo exacerba.

»Nací para ser desgraciado y justo es que lo sea.

»No quiero saber si usted me ama ó no; me basta con saber que yo la amo á usted y que no debo amarla.

»Quizá pueda hacerlo algún día, y si ese caso llega, vendré á poner á sus pies mi corazón y á rogarle que me conceda su mano.

»Entretanto, compadezca usted á su más fiel admirador,

»Germán L.»

A Luisa se le cayó la carta de las manos; el estremecimiento nervioso que embargó todo su cuerpo, atestiguaba la lucha de encontrados sentimientos en el fondo de su alma. El hombre á quien amaba huía de ella confesándole su amor y diciéndole que no debía amarla, precisamente cuando ella podía escuchar su confesión y contestarla favorablemente. ¿Por qué no la debía amar? ¿Por qué no la juzgaba digna de ello? No, puesto que la anunciaba que cuando pudiera hacerlo, volvería á poner á sus pies su amor y á pedirle su mano. ¡El eterno misterio!

Aquella carta le produjo una alegría inmensa y una inmensa tristeza; la alegría de saber que Germán la amaba, y la tristeza de saber que huía de ella, porque no debía amarla. En la lucha de tan encontrados sentimientos, sonreía y lloraba al mismo tiempo. ¿Qué misterio era aquel que así la obligaba á llorar y á sonreír?

---

## XXI

### *Odisea triste*

El doce de Mayo llegó Emilia á Madrid en el tren expreso de Barcelona; no había recibido de Tamarit otra carta que aquella en que le incluía dos billetes de cien pesetas; tal vez le hubiera escrito y hubieran secuestrado la carta.

La despedida de su padre fué más que fría, fué hostil.

—No vuelvas á poner los pies en casa, como no sea con tu marido — le dijo — ó te romperé la cabeza de un garrotazo. A mi no me la pegas como se la has pegado á él.

—Pero papá, si yo...

—Anda, vete antes de que te estrelle contra la pared, y que no te vea yo más; me avergüenzo de tenerte por hija.

Emilia salió de su casa y de su pueblo, convencida de que no debía pensar nunca en volver á poner los pies en ellos. Cuando se vió metida en una diligencia atravesando la dis-



tancia que la separaba de la primera estación sobre la línea férrea, respiró con satisfacción, y cuando tomó el tren, se le dilató el alma. Los siete meses que había pasado en su pueblo habían sido de asfixia para ella, que ya se había acostumbrado á la vida de las grandes poblaciones, y luego que no podía ya soportar el genio adusto y huraño de su padre, exacerbado por las sospechas, y llevado después al paroxismo del furor al saber que su hija lo había deshonrado, como él decía.

Aunque aún estaba la temperatura fría en la provincia de Gerona, Emilia había bajado el cristal del reservado de señoras en que viajaba, y respiraba el aire á plenos pulmones. En Barcelona, adonde llegó el día diez, se detuvo para tomar al siguiente día el tren expreso de las siete y pico de la tarde, con el fin de llegar á Madrid el doce según le había prescrito su amante, y se hospedó en el antiguo Hotel de las Cuatro Naciones, sito en la Rambla, frente al «Teatro Principal». Almorzó, tomó un coche, y se dedicó á recorrer la población en todas direcciones; al siguiente día hizo una ascensión al Tibidabo en el funicular, y por la tarde paseó un rato en bote por el puerto; así es que cuando tomó billete en la estación, no le quedaban más que veinticinco pesetas de las doscientas que Tamarit le había remitido para que hiciese el viaje, y

diez y seis al llegar á la estación del Mediodía en Madrid.

Grande fué su decepción al no encontrar en la estación á su Alfredo, que había ofrecido esperarla en ella, pero recordando que éste en su carta había previsto el caso de no poder salir á esperarla y le había dicho que en todo caso, la portera de su antigua casa, le daría las señas de la que él hubiera alquilado para ambos, recogió un baul mundo en el que llevaba toda su ropa, y la maleta de mano, tomó un coche, y dió al cochero las señas de la casa situada en la calle de Caballero de Gracia.

Tan pronto como se detuvo el coche, Emilia abrió la portezuela, bajó de un salto, se dirigió á la portería, y preguntó á la portera:

—¿Quiere usted decirme dónde vive don Alfredo Tamarit?

—Vivía aquí pero...

—Sí, ya sé que se ha mudado de casa ¿dónde vive ahora?

—Ahora, en el cementerio; hace cinco días que lo han enterrado.

Emilia se quedó aterrada, lívida.

—¿Dice usted que ha muerto? — preguntó con voz trémula.

—Murió hace seis días de una fiebre infecciosa. Estaba tan bueno, cuando de la noche á la mañana cayó enfermo, y fué cosa de tres días; parece mentira que tan pronto se muera

una persona. ¿ Si quiere usted ver á la viuda ?

— ¡ A la viuda ! ¿ pues qué se ha casado ?

— Se casó *in artículo mortis* ; pero la viuda no vive aquí ya.

Si su padre la hubiera dado un garrotazo en la cabeza, no la hubiera dejado tan atontada como la dejó aquella noticia ; de tal modo perdió la sensibilidad, que no brotó ni una lágrima de sus ojos ; permaneció algunos momentos con la cabeza baja sin pensar en nada, y luego dió media vuelta y salió á la calle. La luz y el ruido la sacaron de aquella especie de atolondramiento y empezó á darse cuenta de su situación. ¿ Qué hacer en semejante caso ? No era la calle sitio apropiado para discurrir ; además, el cochero esperaba órdenes. Emilia volvió á montar en el coche y dijo que la llevara á una fonda ; aquel la llevó á la fonda del Comercio.

Emilia tomó una habitación, pagó al cochero y le quedaron doce pesetas. Se le habían quitado ya las ganas de comer que traía. Se quitó el sombrero y el pardesús de viaje, encajó la puerta, y se dejó caer en un sillón, en el mayor estado de abatimiento. ¿ Qué hacer ? ¿ Cómo salir de aquel apuro ?

Emilia no había estado más que tres meses en Madrid á su regreso del viaje de novios por Italia, y había conocido y tratado á muy pocas familias amigas de su marido, cuvas vi-



sitas había devuelto en carruaje en unión de aquel, que era quien daba las señas al cochero, de suerte que ignoraba donde pudieran vivir, y hasta se había olvidado de sus apellidos, de suerte, que podía decirse que no conocía á nadie, absolutamente á nadie. Los dos únicos amigos de su marido á quienes conocía bastante y á los cuales se hubiera podido dirigir con la confianza de hallar apoyo en ellos, eran el coronel Rocamora y el médico Domínguez, pero, por desgracia suya, ninguno de los dos estaba entonces en Madrid, y aunque ella ignoraba esta circunstancia, para el caso era lo mismo, porque ignoraba dónde pudieran vivir, y el encontrarlos era cuestión muy difícil, á lo menos en poco tiempo.

¡ Si su padre no le hubiera retenido las alhajas, menos mal, porque aunque no eran muchas ni de gran precio, las hubiera podido empeñar ó vender en mil quinientas ó dos mil pesetas, y hubiera podido tener ante sí seis ú ocho meses para discurrir y abrirse camino, pero ¿ qué iba á hacer con doce pesetas que le quedaban? vivir un día y nada más.

Tan honda era la preocupación de su espíritu por lo que más de cerca le afectaba, que ni lágrimas tenía para Tamarit, y eso que le había querido apasionadamente y que su muerte, aparte de las circunstancias en que la había dejado, laceraba su corazón; pero es ley

general é invariable, que lo que más nos preocupa es aquello que de más cerca nos hiere, así es que al recordar á su amante y murmurar: «¡Qué desgracia! no lo decía por la que aquel había tenido al dejar de existir, sino por la suya al verse completamente desamparada, con motivo de la muerte de aquel.

Su padre y su marido eran las dos únicas personas allegadas á quienes hubiera podido dirigirse por telégrafo, pidiendo protección y amparo; su padre, ya hemos dicho cómo la había despedido y en qué disposición se encontraba respecto á ella; dirigirse á él hubiera sido lo mismo que predicar en desierto. Dirigirse á su marido á quien había engañado y de quien por poco causó la muerte, hubiera sido tan inútil como dirigirse á su padre; ignoraba, además, su paradero, pues desde que salió de San Sebastián convaliente de su herida, nadie había vuelto á saber de él; ó se había marchado al extranjero, ó se había ido á esconder su vergüenza en algún apartado rincón de la península.

Y no hacer nada, dejar correr las cosas, era de todo punto imposible. Desde luego que en la fonda no le pedirían el alquiler del cuarto que ocupaba, en ocho ó en quince días, pero ¿y la comida? Aun no haciendo otro gasto que el desayuno y una comida por la tarde, tendría para tres días ¿y después? La idea del

más allá la horrorizaba; la idea de aquel después la sumergía en el más hondo abatimiento y la hacía estremecer; por ante sus ojos medio cerrados cruzaban, como una visión espantosa, las siluetas de esas desventuradas mujeres que han de hacer de su cuerpo despreciable mercancía, y sintió escalofríos y castañearon sus dientes. ¡Oh! no; ¡la muerte antes que semejante ignominia!

Largas horas se llevó meditando; cuando se dió cuenta de ello eran cerca de las seis; no había tomado más que un ligero desayuno al pasar por Guadalajara, y empezó á sentir el desfallecimiento del estómago. Se levantó, se puso el sombrero, cerró su cuarto, bajó al comedor y pidió un cubierto de medio duro. Comió con menos apetito del que creía, y se lanzó á la calle encomendándose á la casualidad; pero la casualidad no quiso favorecerla con el encuentro de ninguna cara conocida, y á las diez regresó á la fonda, subió á su cuarto, se desnudó, y se metió en la cama, diciendo:

—Quizá mañana tenga más suerte y encontraré á alguien que pueda ayudarme á salir de este horrible atolladero. — La esperanza es lo último que se pierde; por lo general dura tanto como la existencia.

Al siguiente día se levantó algo tarde á consecuencia de la fatiga del cuerpo y del espíritu, se vistió, bajó y anduvo por las calles á



la ventura. A las once se metió en un café y pidió un chocolate con tostada, y luego continuó su correría, hasta que, rendida por el cansancio y por la debilidad, se retiró á la fonda y se metió en su cuarto á descansar, el cuerpo, no el espíritu. A las seis comió como el día anterior y se echó de nuevo á la calle hasta las diez y media de la noche, con idéntico resultado negativo.

El día catorce fué una repetición exacta de lo que le había ocurrido el día trece; en los tres días que llevaba en Madrid no había visto una cara conocida ni había tenido una idea salvadora; había comido lo indispensable para vivir, y había agotado su insignificante capital; no le quedaba más que media peseta. Aquella noche apenas pudo dormir; la esperanza que la había alentado hasta entonces, iba desvaneciéndose como el humo.

Amaneció el día quince, día de fiesta y de regocijo para los madrileños; grupos alegres de mujeres, hombres y niños se dirigían á la pradera para celebrar la festividad de San Isidro, del santo patrono de la villa, y Emilia, con su traje algo estropeado y las botas que empezaban á rompersele, iba de una calle á otra fijándose en cuantos veía sin lograr conocer á ninguno. Los dos reales le habían servido para desayunar, y eran ya las cinco de la tarde, sentía hambre, debilidad y cansancio.

Un pobre se acercó á ella y le pidió una limosna. ¡Qué sarcasmo!

Se dirigió á la fonda, se encerró en su cuarto, se dejó caer en el sillón, y rompió á llorar amargamente. Sentía un desconuelo horrible; todo lo veía negro ante sus ojos; se había apoderado el desfallecimiento de su cuerpo y de su alma; las lágrimas que vertía, eran lágrimas de sangre arrancadas por el remordimiento y por la desesperación. Cruzaba por su mente el recuerdo de sus mejores días, de sus días plácidos, en los que envuelta en el amor de su esposo, halagada por sus caricias y arrullada por las brisas del golfo de Nápoles, no veía ante sí más que horizontes espléndidos llenos de luz y de felicidad; nadaba entonces en la abundancia; era una gran señora; sus menores caprichos eran una ley para su esposo; ¡todo la sonreía, todo parecía creado para ella! Evocaba luego en su mente el recuerdo de Tamarit, el amigo íntimo de Germán, que como serpiente insidiosa había ido ganando poco á poco su voluntad, metiéndose luego en el corazón, caldeando su cabeza hasta transformarla y hacerle olvidar sus deberes de esposa y de mujer honrada. Recordaba de igual modo las tristes escenas de San Sebastián, cuando sorprendida por su esposo en los brazos de su amante, huyó de su casa y dió lugar al desafío en que Germán quedó gravemente

herido y en gran riesgo de perder la vida, ingratitud sin nombre, falta que Dios castigaba en aquellos momentos dejándola sentir con rigor todo el peso de su justicia. Recordaba de igual modo los dos meses que había pasado libremente en brazos de su amante junto á las rías gallegas, meses de dicha voluptuosa y compensación única de tantas amarguras como después habían acibarado su existencia. Recordaba el rigor y el desprecio de su padre al conocer abochornado la falta de su hija, falta que salpicaba de todo el nombre de una familia digna y honrada, como había salpicado ya el de su esposo, hijo de caballeros y de hombres honrados. Acudía á su memoria lo presente con todos sus horrores, y comprendía que nadie más que ella había tenido la culpa de haber perdido para siempre la felicidad que le sonreía, la dicha que gozaba, la consideración de que era objeto de parte del mundo, el amor de su esposo, el cariño de su familia; sí, ella y únicamente ella, por no haber desoído las insidiosas palabras de un amigo traidor, por no haber observado los preceptos divinos, por haber hollado las leyes humanas, por no haber cumplido con sus deberes.

¡Cuánto le pesaba en aquellos instantes no haber fijado su atención en el porvenir; no haber previsto que la felicidad criminal no es, á la postre, más que abrumadora desdicha;



que la felicidad que se pierde tarde ó nunca se recobra; que el camino del deber es siempre el más ancho y el más expedito, siquiera los demás aparezcan cubiertos de flores!

Se levantó y se asomó al balcón con paso vacilante; ardía su frente, sentía oprimido el pecho y necesitaba aspirar la fresca brisa de la noche. Allí, á sus pies, enfrente de ella, discurrían las gentes, unas despacio, otras deprisa; los unos iban á los teatros, los otros á los cafés, todos ellos impelidos por un deseo, dispuestos á satisfacer una necesidad ó un capricho, con la vida en el semblante, con la esperanza en el corazón... ¡todos, todos eran más felices que ella! ¡ella no tenía ya esperanza alguna y llevaba la muerte en el alma!

En la acera opuesta vió á una joven bien vestida que, de vez en cuando parecía hablar con los que pasaban, cuando estos eran hombres é iban solos... Uno de ellos se detuvo, cuchicheó unos instantes con la joven, y luego se marcharon juntos hacia la Puerta del Sol... Emilia comprendió lo que aquello significaba. Tal vez no fuera el vicio, tal vez fuera el hambre el que impulsó á aquella joven por la Carrera de San Jerónimo y por la calle de Alcalá, pero, de cualquier modo, á Emilia le dió asco y se retiró del balcón. También ella hubiera podido hacer lo que aquella mujer, y mejor aún, porque era hermosa y joven. En

su larga peregrinación de aquellos días, habíanle dirigido muchos piropos, se le habían hecho muchas insinuaciones, se había puesto colorada muchas veces, pero había siempre apartado la vista con desprecio, de quienes se habían dirigido á ella, y había seguido impertérrita su camino. Se había dado una vez por amor; pero no se vendería nunca por dinero; prefería la muerte á tal rebajamiento moral. ¡La muerte!... La idea de la muerte invadió de pronto su cerebro y no tardó en posesionarse de él. ¿Qué remedio le quedaba sino morir?

A los calambres del estómago desfallecido y á los calambres del alma destrozada, se unieron entonces los calambres de la razón. Sentíase morir de desfallecimiento, sentíase morir de angustia ¿por qué no acabar de una vez? Al extremo á que había llegado, no le quedaban más que dos caminos que seguir, porque había descartado el de pedir limosna, el de implorar la caridad pública, y aquellos dos caminos eran, ó el de la Carrera de San Jerónimo con todos sus impudores y todos sus vilipendios, ó el camino de la muerte, y la elección no era dudosa para ella; morir antes que dar en la cima de la infamia.

La fiebre de su alma se había comunicado á su cuerpo, favorecida por la extenuación de éste, por las violentas contracciones del estó-



mago vacío, y por el torbellino de sus pensamientos, y empezó á ofuscar su inteligencia y á llevarla al desvarío. Dejó de seguir la razón, y poblaron su cabeza fantásticas visiones. Figuróse ver á un lado la faz adusta de su padre, amenazadora y torba, rechazándola enérgicamente como hija prostituída; vió de otra la de su esposo, ceñuda y despreciativa, lanzándola el epíteto de adúltera, y creyó distinguir allá, en los umbrales de la eternidad, la imagen de Tamarit que le tendía los brazos sonriente, como llamándola para que se precipitase en ellos, y diciéndole con voz dulce que llegaba hasta su oído:

—¡Ven, Emilia; ven conmigo al seno de la nada; aquí no se conocen las penas; aquí no hay dolores; aquí reina la felicidad en la forma silenciosa del olvido!

Y solicitada por aquellos brazos abiertos, atraída por aquella voz dulce, é impulsada por los horribles calambres de su estómago, de su alma y de su inteligencia, se levantó de pronto con la mirada vaga, corrió al balcón y se arrojó á la calle.

El golpe que dió al caer, al estrellarse contra la acera, atrajo á los transeuntes y á la policía. Un médico que pasaba á la sazón por aquel sitio, la halló ya cadáver. La justicia se incautó de su baul, y por las cartas y papeles que éste contenía, por las marcas de las prendas



y por la cédula de vecindad que la joven llevaba sobre sí, pudo identificarse el cadáver de la suicida.

¡Pobre Emilia! ¡cuán caro había pagado su extravío!

## XXII

### *Dos noticias*

Germán, temeroso de no poder dominar los impulsos de su corazón y de dejarse arrastrar por él á una acción que no consideraba noble ni digna, determinó alejarse de Madrid temporalmente, pero sin desocupar el piso que habitaba en la calle del Barco, y á este último efecto fué á ver al dueño de la casa, pagó anticipadamente el alquiler de un año; encargó á Bernarda que siguiera cuidándose de la limpieza de su cuarto como hasta allí, anticipándole cien pesetas en pago de seis meses; arregló un baul y una maleta con ropa y papeles, y se marchó sin indicar adonde iba; verdad es, que tampoco lo sabía él; por el pronto tomó billete en el tren para Cádiz, no lo tomó para más lejos, porque moría allí la línea del ferrocarril.

Como había dicho á Luisa en su carta, huía de ella al conocer que la amaba, siendo así que no podía, que no debía amarla, y se marchaba

sin trañar de saber si ella lo amaba ó no ; pero Germán creía haber conocido que ambos se querían de igual modo, y aquella sospecha para él halagadora, fué la que más le decidió á poner tierra de por medio entre Luisa y él. Harto lo había el presentido ya cuando escribió aquel pensamiento :

«Amáronse los dos sin comprenderlo,  
y cuando de su amor se percataron,  
una y otro quisieron contenerlo ;  
mas ya no sirvió el dique, y, tras romperlo,  
en su propia pasión se desbordaron.  
Cuando el amor tiránico avasalla,  
de nada sirven reflexión ni valla».

El único valladar para el amor es la distancia, que si no lo hace desaparecer, lo adormece por lo menos, y evita todo peligro. La fuerza de voluntad flaquea ; la clausura se rompe ; las ocasiones se prestan á caídas impensadas ; lo menos difícil de salvar es la distancia, pero no una distancia corta, sino larga y llena de obstáculos, y pareciéndole á Germán corta y fácil la que mediaba entre Cádiz y Madrid, quiso hacerla más larga y más difícil, y, tomando pasaje de primera en un transatlántico, no paró hasta llegar á Buenos Aires.

—Aquí no encontraré personas ante las cuales tenga que bajar la cabeza ruborizado — se



dijo; — personas que me señalen con el dedo; y desde aquí podré amar á Luisa á mis anchas, sin temor de que ella corresponda á mi cariño y sin que del choque de nuestro amor brote la chispa que siegue nuestra razón y me haga olvidar á mí los deberes de la honradez y de la caballerosidad... ¡Cuánto tuve que violentarme para salir de Madrid sin decirle «adiós» personalmente! ¿Qué habrá pensado, qué habrá sentido, qué habrá dicho al leer mi carta? ¿Habrá adivinado la verdad? ¿Habrá supuesto otra cosa? ¡Cuánto daría por saberlo!

Como en Buenos Aires no creyó necesario recluírse en su casa, compartió el tiempo entre sus amorosos pensamientos y las honestas distracciones propias de su alma de poeta; examen de hermosos edificios, paseos por el campo, excursiones por mar y por tierra, todo aquello que pudiera ser para él motivo de inspiración y lo retuviese luego algunas horas con la pluma en la mano haciendo versos.

Cada diez días llega allí un vapor procedente de Europa atestado de carga, correspondencia y pasajeros, estos, por lo general inmigrantes que van allí en busca de fortuna, ó de medios de subsistencia que no pueden encontrar en sus propios lares. A los once días de haber desembarcado Germán, llegó otro transatlántico, y horas después se vendían en todos los kioscos colecciones de periódicos españoles,

franceses, italianos y alemanes. Germán compró una colección de *Épocas* que alcanzaba del 7 al 16 de Mayo. Como todo el que reside en país extranjero, sentía la nostalgia de la patria, y él que en el último año de estar en ella no había leído ni un sólo periódico, sintió comezón de leer lo que pasaba en España.

Era el 6 de Junio; iba á entrar el invierno, y la temperatura había refrescado mucho. Después de haber comido y hablado largo rato con sus compañeros de fonda, se retiró á su cuarto, ordenó correlativamente los números del periódico, y cogió el primero, correspondiente al día siete de Mayo, se tendió en la butaca junto al velador en que había colocado el quinqué eléctrico, y se engolfó en la lectura.

Media hora llevaría leyendo, cuando al llegar en la tercera plana á la sección titulada: «Noticias generales», hizo un movimiento de sorpresa, y se puso pálido: había tropezado su vista con el suelto siguiente:

«Ayer se verificó el entierro del joven doctor en leyes D. Alfredo Tamarit, que ha fallecido víctima de una fiebre infecciosa que no le ha durado más de tres días, dejando en el mayor desconsuelo á su viuda y á su hijo; el señor Tamarit era muy conocido en la alta sociedad madrileña, y su entierro se ha visto muy concurrido».

Germán dejó caer sobre sí el periódico y se

quedó pensativo largo rato, después murmuró:

—Ha sido el hombre que me ha hecho más daño en este mundo, pero mi resentimiento no va más allá de los umbrales de la tumba. Perdónese Dios como le perdono yo.

Volvió á leer el suelto, y

—¡ Su viuda y su hijo! — exclamó — ¿ pero cuándo se ha casado Tamarit?... Desde nuestro duelo en San Sebastián hasta su fallecimiento, no han transcurrido más que nueve meses, y entonces, ni estaba casado ni tenía otras relaciones que las que ocultamente sostenía con mi mujer; con ésta no puede haberse casado, y con otra... con otra tal vez, aunque lo dificulto; pero, de todos modos, aunque así fuera, no hay tiempo para que haya tenido ya un hijo... No lo comprendo. Respecto á Emilia, supe, por casualidad, que, después de haber vivido con él dos ó tres meses, se había retirado á Gerona y se había ido á vivir con sus padres, no arrepentida, sino abandonada por él. ¡ Cualquiera averigua lo que hay en el fondo de todo esto! Si Domínguez estuviera en Madrid, le escribiría para que me dijese... pero no, no: no quiero que nadie sepa dónde estoy; no quiero que nadie sepa de mí; no quiero sonrojarme ante nadie. Ha muerto, téngalo Dios en su gloria; bastante he hecho con haberlo perdonado.

Y terminando la lectura de aquel periódico,



empezó la del otro, y más tarde la del tercero.

—Basta de lectura para hoy — dijo cuando acabó de leer éste — dejaremos los demás para mañana... ¡Tamarit! ¡Haber muerto Tamarit!... Teníamos la misma edad él, Domínguez y yo, treinta y dos años... Bien dice el refrán que «el que á hierro mata á hierro muere»; él inficionó mi existencia, y ha muerto inficionado... ¡Su viuda!... ¿pero quién puede ser esa viuda?... ¿con quién se habrá podido casar?

Mucho sorprendió á Germán la noticia de la muerte de Tamarit, pero mayor y más profunda sorpresa le causó dos ó tres días después la noticia de la muerte de Emilia, inserta en el último número del periódico, correspondiente al 16 de Mayo; la leía y no quería dar crédito á sus ojos; tan extraordinaria le pareció, y tanta sensación le produjo; no figuraba en la sección de «Noticias generales» sino en suelto especial, y decía así:

### *Suceso misterioso*

«Anoche se suicidó una señora joven y hermosa, recién llegada á Madrid, arrojándose á la calle desde un balcón del segundo piso de la fonda del Comercio, quedando muerta en el acto.

13.—*La Hija de las Flores.*

»No ha dejado escrita carta alguna ni se le encontraron sobre sí ni en su equipaje alhajas ni dinero.

»Por su cédula de vecindad, por las marcas de su ropa y por varios papeles y cartas que tenía en sus baúles, se sabe que se llamaba doña Emilia R. y G.; que estaba casada con don G. L., y que era natural de B..., pueblo de la provincia de Gerona.

»Según indagaciones, debió llegar á Madrid hace cuatro días procedente de su pueblo, y se hospedó en la fonda del Comercio.

»Ignóranse los móviles que la han impulsado al suicidio, y se cree esté relacionado con el fallecimiento de un joven abogado, acaecido hace pocos días en esta corte, aunque hay también quien opina que ha puesto fin á sus días en un momento de desesperación por la falta de recursos.

»Vivía separada de su esposo desde que éste tuvo el verano último un encuentro en San Sebastián, en el que resultó herido.»

El noble corazón de Germán se entristeció al leer la noticia; ni aborrecía ni despreciaba á su mujer; había dejado de quererla y le tenía lástima, siquiera el sentimiento de su dignidad hubiera hecho que la considerase muerta para él, como lo estaba ya para su corazón.

El suceso era, en verdad, misterioso; com-

paginando fechas, se veía que Emilia había llegado á Madrid seis días después de la muerte de Tamarit, y que dicho viaje no debió obedecer á la noticia de su enfermedad, que fué muy corta; de haber tenido noticia de aquella, también la hubiera tenido, oportunamente, de su triste desenlace; el viaje debió hacerlo, pues, sin tener conocimiento de nada.

¡Que no dejó alhajas ni dinero alguno!... otro misterio, porque ella tenía joyas que valían de siete á ocho mil pesetas. ¿Cómo se había atrevido á ir á Madrid sin dinero? Es indudable que contaba encontrar allí recursos que luego le faltaron, y... Germán empezó ya á ver claro lo que el cronista había visto turbio. Para él era imposible que Emilia hubiera emprendido aquel viaje á la ventura en tales condiciones, lo habría emprendido, sin duda, de acuerdo con Tamarit; éste cayó enfermo, y murió sin haber tenido ocasión de decirle que suspendiera el viaje. Llegó ella, se encontró con que aquél había muerto, y se fué á una fonda, donde, falta de recursos, y sin conocer á nadie, puso fin á su existencia en un momento de desesperación. Pero ¿y las alhajas de Emilia, qué había sido de ellas? ¿se las habían robado, se habían perdido?... Este era el único misterio para él.

Germán compadeció sinceramente á su mujer y deploró su aciago fin, fin á que la con-



dujo su censurable extravío, y eso, que la muerte de Emilia le devolvía su libertad y lo volvía á hacer dueño de sí mismo; pero...

—¡Es tan triste — se dijo — deberle uno su libertad á la muerte!

El Destino, pues no quiso atribuirlo á la Providencia, había destruído la valla que se oponía á la expansión de su amor; ya no tenía que comprimirlo como antes para que no rebosara del pecho; ya podía confesarlo sin reticencias; ya no era preciso interponer la distancia entre él y el objeto de sus amores; ya podía acercarse á Luisa y repetirla de viva voz: «Pongo á los pies de usted mi corazón; dígnese concederme su mano.»

Mas para ello era preciso regresar á España, volver á Madrid y reinstalarse en su piso de la calle del Barco.

Germán no perdió tiempo en hacer preparativos, todos los tenía hechos. Cinco días después tomaba pasaje en un transatlántico y hacía rumbo en demanda de las costas de España.

En su rostro y en su corazón, seriamente apenados, fulguraba la esperanza.

---

## XXIII

### *Un abismo*

Había entrado el mes de Julio, y hacía justamente dos meses que había fallecido Tamarit.

Luisa no trabajaba ya para ningún establecimiento; lo hacía únicamente por distracción, para pasar el rato, para no aburrirse.

No había querido dejar su piso, con el pretexto de que lo haría en Octubre, pero en realidad, porque le parecía que, estando en él, conservaba más esperanzas de ver de nuevo á Germán, que dejándolo.

En aquellos dos meses, ni ella ni la portera habían tenido la menor noticia suya, pero allí estaban sus muebles y, sobre todo, allí estaban sus libros, y esto indicaba que tenía el propósito de volver.

Luisa había alquilado una guardilla, la que caía encima de su habitación, y había hecho trasladar á ella los muebles de su piso, muebles que había reemplazado con los de su es-

posó, con gran admiración de la portera, que seguía sin comprender la causa de aquel cambio de situación. Hecho esto, tomó una cocinera, á la que dió la guardilla, y unió ambas habitaciones por medio de un timbre eléctrico.

La mayor extrañeza de la señora Romualda consistía en no ver salir á Luisa de casa, ni recibir visitas de ningún hombre, y en que las que recibía, eran de señoras encopetadas que iban á verla siempre en coche.

—¿ Si será alguna duquesa que vive aquí de incógnito? — se preguntó; pero luego se preguntó — ¿ y si lo es ahora, por qué no lo era antes?

Cuando Laura, con su doncella, ó cuando la señora de Garduña con su hija, preguntaban si estaba en casa la señora viuda de Tamarit (la portera entendía siempre Plandolit), sentíase confundida. ¿ Quién era aquella señora viuda de Plandolit que tales visitas recibía? ¿ cómo era posible que la señora Luisa, la que se ganaba antes la vida trabajosamente haciendo flores, fuese la misma señora de Plandolit, que no trabajaba ya, que había alquilado el cuarto piso para instalar en él una cocinera, que había llenado el suyo de hermosos muebles, que le daba á la sirvienta dos duros diarios para el gasto de tres personas, ó mejor dicho, de dos personas y media, y que los días festivos tomaba coche para ir á misa y volver



de ella con su hijo? Como el flaco de todas las porteras, y muy especialmente de la señora Romualda, era la curiosidad, y esta no la podía satisfacer, porque Luisa no se clareaba y los demás nada sabían, excusado es decir su estado de irritabilidad.

Eran las nueve y media de la mañana del seis de Julio, cuando se paró un coche á la puerta de la casa, y la portera exhaló un grito al ver apearse de él á don Germán, el vecino del tercero.

—¡Gracias á Dios! — exclamó.

—Ya me tiene usted aquí otra vez, señora Romualda.

—¿De dónde viene usted?

—Del otro mundo; déme usted la llave.

—Voy, voy á dársela á usted en seguida ¿quiere usted que suba?

—No, no es necesario. ¿Y mi vecina, sigue viviendo aquí?

—Sí, señor; por cierto que...

—¿Está ahora en casa?

—Ahora no sale más que los domingos á misa; ya no trabaja.

—Me alegro; adiós.

Y sin escuchar á la portera cuyo flujo de hablar conocía, tomó por las escaleras en seguimiento del mozo que le llevaba el mundo y la maleta.

Luisa sintió ruido desusado al abrir la puer-

ta del cuarto contiguo, y le dió un vuelco el corazón. ¿Sería él? Abrió con disimulo la puerta del suyo y aun alcanzó á ver al mozo con el baul en el momento de trasponer por aquella. ¡Era él! no había duda. Seguidamente cogió una sillita baja, la colocó en el balcón, y se sentó en ella, resguardada del sol por la cortina, y teniendo un libro en la mano. No había transcurrido un minuto cuando se oyó el ruido de la puerta al cerrarse, señal de que se había ido el mozo que llevara el baúl, ni pasó otro sin que oyera la voz de Germán que le decía:

—Así, así me gusta, querida vecina.

—¡Ah! — exclamó Luisa sin ocultar su alegría — ¿de vuelta ya?

—Sí, de vuelta, y crea usted que hubiera querido tener alas para venir más pronto.

Luisa no contestó pero se puso encarnada.

—¿Recibió usted mi carta de despedida?

—Sí.

—Pues he venido á cumplirle á usted mi palabra, si es que usted no le desagrada que yo la quiera.

—¿Por qué me ha de desagradar?

—En ese caso, permítame usted que vaya á verla; hay cosas que no pueden ni deben decirse de balcón á balcón.

—Puede usted pasar cuando guste; ahora no estoy sola como antes: tengo criada.

—En ese caso, usando del permiso de usted voy á ir en seguida.

—Como usted guste.

Un momento después sonó el timbre y la criada abrió la puerta.

—Pase usted, vecino — dijo Luisa desde la sala. Germán entró.

Era la primera vez que ponía los pies en aquel santuario, y no podía por lo tanto apreciar la variación de los muebles, cosa que, por otra parte ignoraba; pero el buen aspecto de la sala le impresionó agradablemente.

—Siéntese usted — le dijo Luisa señalándole un sillón y tomando ella asiento en otro frente á él. La joven estaba profundamente conmovida.

—Luisa — le dijo Germán con acento serio y apasionado, — nos conocemos ya lo bastante para no emplear circunloquios: al ausentarme hace dos meses le dije que la quería á usted con toda mi alma, y hoy le reitero lo que le dije entonces ¿seré tan feliz que corresponda usted á mi cariño?

Luisa lo miró de un modo con que miran las mujeres cuando ponen toda su alma en los ojos, y le contestó sonriendo:

—¿Y usted que tanto talento tiene, no lo ha conocido ya?

—Gracias, Luisa, gracias; lo sospechaba, pero no me atrevía á creerlo por miedo de





equivocarme; ahora que lo sé de cierto ¿quiere usted dispensarme el honor de ser mi esposa?

—Dispense usted, Germán; ya sabe usted que lo quiero como usted me quiere á mí; pero antes de contestar á su pregunta, antes de prometerle que enlazaremos nuestros destinos, natural es que yo pretenda la explicación de enigmas que no he comprendido.

—Tiene usted razón, Luisa, y por doloroso que me sea explicarlos, no vacilaré en hacerlo. Huí de usted en el momento mismo que tuve la seguridad de que mi afecto hacia usted no era amistad, sino amor, y huí, porque no podía confesarle honradamente mi cariño y aspirar al de usted, en atención á ser casado.

—¡ Ah!

—Pero ya no lo soy; he sabido en Buenos Aires que mi esposa ha muerto, y hubiera querido tener alas, como antes dije, para venir antes á poner á los pies de usted mi corazón.

—¿ Y su esposa de usted?...

—Es una historia triste que le referiré en breves palabras. Hace dos años fuí á un pueblo de Gerona con un amigo á pasar quince días cazando. Una tarde sufrí una caída, me dí un fuerte golpe en la cabeza y perdí el sentido; improvisaron una camilla y me llevaron al pueblo. Como me vieron con síntomas de congestión, el alcalde, que iba con nosotros,

me hizo llevar á su casa, por estar más cerca, y el médico, que acudió enseguida, prohibió que me trasladasen á la en que yo paraba. La congestión fué dominada, y á ello contribuyó mucho el cuidadoso esmero con que me asistió la hija del alcalde, joven hermosa pero algo bravía. La gratitud puso un velo ante mis ojos para que no viese los defectos de su educación, y al poco tiempo me casé con ella. No tardé en comprender que me había equivocado; nuestros gustos y nuestras aficiones eran tan distintas como nuestra respectiva educación, y su carácter selvático no se plegó á los consejos que yo le daba; sin embargo, me resigné, porque creí que con su virtud compensaba aquellos otros defectos. Pasó un año, y cierto día la sorprendí, impensadamente, en los brazos de mi mejor amigo. Se derivó de esto un desafío, y recibí un balazo en un hombro, que me tuvo largo tiempo entre la vida y la muerte.

Luisa había escuchado á Germán con religioso silencio, pero al observar que éste se detenía, le preguntó:

—¿Y después?

—Después no volví á saber de ella, porque para mí había muerto. Cuando me restablecí de mi herida, me vine á Madrid pero con el decidido propósito de no ver á nadie, de que nadie supiera de mí, porque me daba vergüen-

za de mí mismo; levanté mi casa; dije que me ausentaba; tomé este piso que ahora ocupo, y... lo demás lo sabe usted.

Luisa procuraba disimular la inmensa satisfacción que sentía al apreciar el noble carácter de su vecino y la dignidad con que había sobrellevado su desgracia. Germán era un caballero en toda la extensión de la palabra, y su amor hacia ella era de todo punto sincero.

—¿Cómo ha sabido usted — le preguntó Luisa — la muerte de su esposa?

—De una manera casual, y eso me hace creer que no es el destino, como yo suponía, sino la Providencia, la que ha intervenido en todo esto, para que nuestros amores se fundan en uno solo. Al marcharme de aquí, me fuí á Cádiz; pero temiendo estar aún cerca de usted y no poder resistir á la tentación de verla, me embarqué para Buenos Aires. Hacía un año que no leía periódicos; pero allí sentí la nostalgia de la patria y compré una colección de *Épocas*, á la llegada de otro transatlántico, y en el último número leí la muerte de mi mujer... y ¡extraña coincidencia! diez días antes, el cinco de Mayo, había muerto también el amigo traidor que me robó su cariño y deshonoró mi nombre.

Luisa sintió una impresión extraña al oír la fecha del cinco de Mayo, y preguntó á Germán procurando ocultar su turbación:



—¿Cómo se llamaba él?

—Alfredo Tamarit — contestó Germán inclinando la cabeza sobre el pecho y quedándose meditabundo.

Luisa se puso pálida como un cadáver, y sintió que la sangre se le helaba en las venas. Todo el edificio de su dicha se venía abajo de un soplo; entre Germán y ella se abría un abismo insondable. La abstracción de Germán le dió á Luisa tiempo para reponerse.

—Ya sabe por completo — dijo él al cabo de un rato — el misterio de mi vida; ya tiene usted descifrados los enigmas que no comprendía ¿se digna usted ahora concederme su mano?

Luisa bajó la vista, meneó negativamente la cabeza y contestó con tristeza:

—¡Imposible, Germán, imposible!

—¡Imposible! ¿por qué? ¿no me ha dicho usted que corresponde á mi amor con el suyo?

—Sí, lo he dicho, y no me retracto de ello, porque es verdad.

—¿Acaso no es usted libre?

—¿Si no lo fuera, cree usted que lo hubiera escuchado un momento? ¿me hace usted el agravio de suponerme menos digna que usted?

Germán se quedó confuso; la firmeza con que sin perjuicio de la dulzura, pronunció

Luisa aquellas palabras, hiciéronle comprender la noble altivez de ésta.

—Perdone usted Luisa, si la he ofendido sin querer, pero no comprendo cómo amándome usted y siendo libre, juzga imposible concederme su mano.

—No se la concedo, porque entre usted y yo media un abismo.

—¡ Un abismo!

—Sí.

—Luisa, ¡ por Dios! sea usted tan franca conmigo como yo lo he sido con usted; sáqueme pronto de la duda dolorosa que me sugieren sus palabras ¿ qué abismo es ese?

—Que soy la viuda de Alfredo Tamarit.

—¡ Usted!!! — exclamó Germán en el límite del asombro.

—Yo, sí, y Alfredo Tamarit el padre de mi hijo.

Germán se quedó como anonadado; todo lo hubiera creído menos aquello.

—Comprenderá usted que no puedo dar mi mano al que, con justicia ó sin ella, califica de amigo traidor al que ha sido mi esposo, al padre del hijo de mis entrañas.

—Señora — dijo Germán con tristeza y levantándose — suspendamos esta conversación hasta mañana, y tengamos por no hecha mi petición y por no recibida su negativa: en asuntos tan graves como este, en que se venti-

lan, no sólo cuestiones de dignidad, sino nuestra común felicidad y la paz de nuestras almas, lo menos que podemos hacer es tomarnos veinticuatro horas para reflexionar ¿le parece á usted bien?

—Sí.

—Pues reflexionemos, y hasta mañana, Luisa — dijo tendiéndole la mano.

—Hasta mañana Germán — contestó Luisa devolviéndole el saludo.

Germán se retiró á su cuarto, y Luisa se quedó en el suyo seria y meditabunda.

---



## XXIV

### *Nobles caracteres*

La situación recíproca de Germán y de Luisa era verdaderamente excepcional; ambos se querían, y cuando iban á vencer la cuesta del sufrimiento y á descubrir los ámplios horizontes de la dicha, viéronse detenidos por un obstáculo grave, pero de cuya gravedad no pudieron darse cuenta en los primeros instantes.

Luisa comprendió, al saber que Tamarit había sido el causante de la desgracia de Germán y el autor de la herida que éste recibiera, que se interponía entre ambos la sombra de aquél como amenaza constante de la paz del hogar, de la tranquilidad de sus espíritus, de

la felicidad de ambos amantes, y consideró desde luego aquella sombra como un abismo, al parecer insondable. Contrariada en su amor y profundamente sobrecogida por la pena, no vaciló un punto en decirlo así con nobleza y en fundar en su dignidad propia ofendida el principal motivo de la imposibilidad de un enlace entre ambos, aunque en el fondo comprendiera que el motivo principal no residía en ella, sino en él, que era el más gravemente ofendido por Tamarit, quien debía conservar de éste recuerdos más dolorosos.

Al quedarse sola, le flaquearon las fuerzas que la dignidad le había prestado, y sus ojos, secos hasta entonces, se le llenaron de lágrimas; su dicha perdida, sus ilusiones muertas, sus esperanzas convertidas en humo, y todo en un momento, inesperadamente, por un enlace fatal de circunstancias y cuando llegaba á los umbrales de la dicha, acongojaron su alma y atrofiaron su inteligencia de tal modo, que en más de una hora no pudo pensar, sino sentir y devorar su angustia.

Luego, cuando la fuerza del dolor cedió plaza á la reflexión, su primera idea fué la apreciación sincera de los nobles sentimientos de su vecino, quien, á pesar de resultar más profundamente herido aún que ella por el conocimiento de la verdad, no había querido partir de ligero, no se había querido dejar arras-

trar por la impresión del momento, y había propuesto la suspensión de su conferencia para reflexionar durante veinticuatro horas, antes de tomar, de común acuerdo, una resolución decisiva.

Después pensó en que, de parte de ella, los motivos que existían para no ceder á la pretensión de Germán, eran, el temor de que el recuerdo de su esposo pudiera ser sombra que anublara su dicha en el matrimonio, y la mortificación de oír, siquiera fuese con justicia, que Germán execraba el nombre del padre de su hijo, de aquel hijo á quien tanto quería ella, por el que había llegado hasta el sacrificio de su amor y de su libertad, y por quien daría su vida entera; que execraba el nombre del que, á la postre, había sido su esposo, y al que, después de todo, le estaba agradecida por su arrepentimiento y por haber reparado su falta en lo humanamente posible.

Pensó después en que, de parte de Germán, los motivos para no insistir en su petición, eran mayores; Tamarit había sido la causa principal, ya que no única, de su inmensa desgracia, de su vergüenza, de su ignominia; amigo íntimo de Germán, se había prevalido de aquella amistad para robarle el corazón de su mujer, para arrebatársela, y para asestarle á él una puñalada en el alma, y no contento con ello, le había atravesado el cuerpo de



un balazo; aquellos daños no habían tenido reparación, porque no podían tenerla, y Germán habría de ver siempre en ella á la mujer y en Arturo al hijo de su más cruel enemigo, del que había destruído su dicha y mancillado su honra.

Al llegar á este punto en sus reflexiones, las lágrimas empañaron de nuevo sus ojos y la angustia volvió á oprimir su pecho; sentía algo así como si una mano de hierro atenaceara el amor que invadía su alma, y áquel amor era su ilusión, su porvenir, su vida.

Cuando á las doce regresó Arturito del colegio, su madre, que se había serenado algo, lo abrazó con efusión y lo colmó de besos. Su hijo era el último refugio de su corazón, el único lenitivo para sus penas, la sola esperanza que le quedaba en la vida; en él, en su cariño, hallaba siempre fuerzas para resistir la desgracia, para hacer frente á las contrariedades, para vigorizar su débil naturaleza de mujer, para llegar hasta el sacrificio de sí misma.

—¿Sabes — le dijo — que ha vuelto tu amigo Germán?

—¡Ah! ¿sí?... ¿ha vuelto?

—Sí; pero no lo verás hasta mañana.

—¿Por qué no?

—Porque estará cansado del viaje.

—¿Lo has visto tú?

—Sí.

—¿ Me ha traído algún juguete?

—No lo sé.

—¿ Quieres que vaya á verlo después de comer?

—No; ya te he dicho que lo verás mañana.

—¿ A qué hora?

—Cuando vuelvas del colegio, á las doce.

El niño empezó á batir palmas y á dar saltos de alegría, demostraciones de júbilo que apenaron á Luisa.

Esta no se asomó al balcón en todo el día; entregada á sus propios pensamientos, no quiso interrumpir los de Germán, ni quiso, por un sentimiento de exquisita delicadeza, que su presencia ejerciese influencia alguna en las ideas ni en las resoluciones de aquél; quería que, á solas con su alma y con sus pensamientos, decidiera de su destino, pues como había dicho muy bien, no se trataba de ventilar únicamente, en aquel caso, cuestiones de dignidad, sino la felicidad de ambos y la paz de sus espíritus.

Luisa pasó todo el día desasosegada; sabía á qué atenerse respecto á su conducta para con Germán en la conferencia que con él había de tener al día siguiente, pero ignoraba lo que él pudiera haber discurrido en aquellas veinticuatro horas, y cuál sería su decisión. Sin embargo, tenía una esperanza, vaga, qui-

mérica tal vez, pero esperanza en fin, consoladora. Comprendía que, así como ella deseaba ardientemente ver desvanecidos sus temores y salvado el principio de su dignidad, aguijoneada por el amor, él desearía igualmente ver desvanecidos sus escrúpulos, por grandes que fueran, impulsado por el amor que por ella sentía, y que esta disposición de ánimo de uno y de otra, podía contribuir á levantar de nuevo el edificio de la ventura.

Apenas pudo dormir en toda la noche, y por el cúmulo de pensamientos que bullían en su cerebro, juzgó el torbellino de ideas que invadiría la mente de Germán, así como por las zozobras de su alma, juzgó lo que estaría sufriendo el corazón de aquél; su ansiedad fué creciendo por grados á medida que avanzaba el día, á medida que se acercaba el momento en que se iba á decidir de su amor y de su porvenir.

Vistió á su hijo besándolo repetidas veces, le dió el desayuno, y en cuanto Arturo se fué al colegio, se sentó en un sillón, con el pecho oprimido, y esperó á que llegase Germán para reanudar la conversación interrumpida el día antes.

Este no se hizo esperar; saludó á Luisa con amable seriedad y tomó asiento enfrente de ella; también revelaba en su semblante las señales del insomnio, las huellas de la lucha sos-



tenida en su corazón y en su pensamiento. Luisa esperó á que él hablara.

—¿Ha reflexionado usted, Luisa? — le preguntó él.

—Sí — contestó Luisa sin atreverse á decir más.

—También he reflexionado yo, y como resultado de mis reflexiones, vuelvo á poner á los pies de usted mi corazón y á suplicarle encarecidamente que me conceda su mano.

Luisa sintió que se le alegraba el alma, pero dominando sus sensaciones, dijo:

—Y yo vuelvo á decirle á usted que es imposible lo que pide, porque entre los dos existe un abismo.

—Perfectamente; ya tenemos planteada la cuestión en el mismo terreno en que la dejamos ayer; sigamos, pues. Lo que ha ocurrido y que analizaremos luego, no ha disminuído el amor que yo le tengo á usted ¿ha mermado, acaso, el que usted me tenía?

—No.

—¿Es sólo, de parte de usted, una cuestión de dignidad la que le impide acceder á mi ruego?

—Existe además otra: además de no poder transigir, por imperioso deber, con nada que ofenda el nombre que mi hijo y yo llevamos, temo que el recuerdo de ese hombre, sea nube que oscurezca nuestra dicha.

—Lo mismo temí yo ayer, y por eso rogué á usted que suspendiéramos nuestra conversaci3n y que reflexionáramos; hoy, después de reflexionar, veo desvanecido mi temor y creo que desvaneceré el de usted.

—Dios lo quiera.

—Y lo querrá: escúcheme usted. Venía yo creyendo que Tamarit había sido el hombre que más daño me había causado en este mundo, y hoy creo, firmemente, que Tamarit no ha sido más que un instrumento de la Providencia para labrar mi felicidad.

Luisa miró á Germán y sonrió con incredulidad.

—Puede usted dudar de lo que digo, pero no de la sinceridad con que lo digo — siguió diciendo Germán. — Sin la intervenci3n de Tamarit, mi vida hubiera sido un martirio continuado, dada la diversidad de educaci3n y de caracteres entre Emilia y yo; sin la intervenci3n de Tamarit, no me hubiera recluído en esta casa ni hubiera tenido la suerte de conocerla á usted; sin la intervenci3n de Tamarit, no hubiera tenido la dicha de conocer el amor que es la felicidad suprema de la vida. Tamarit ha sido para mí como el cirujano que lacera nuestras carnes para extirpar un tumor y restituírnos la salud; al causarme un daño, me ha hecho un bien mayor, y en vez de execrarlo, tengo el deber de estarle agradecido,

aparte de que, al juzgarlo instrumento de la divina Providencia, no puedo hacerle responsable de sus actos.

—¡ Si creyera usted eso como lo dice! ¡ si no fuera una lucubración de su mente! — replicó Luisa.

—Lo creo, tal como lo digo, y creo más aún: creo, que aun creyendo otra cosa, aun creyendo que Tamarit fuera responsable de sus actos y no instrumento ciego de la Providencia, su recuerdo no sería jamás sombra que anublara los horizontes de nuestra dicha, porque ¿ qué culpa tiene usted de haber sido esposa suya? ¿ qué culpa tiene su hermoso é inocente hijo de deberle el ser, ni qué culpa tengo yo de todo ello? Pero ya no se trata de esto, sino de que, en un caso ó en otro, á su consciencia ó á su inconsciencia, le seremos deudores de nuestra dicha, y que, en vez de execrarle, deberé bendecirlo, como todo buen hijo bendice la mano de su padre, sin acordarse nunca de que aquella mano lo ha azotado algunas veces.

Luisa bajó la cabeza conmovida por la sincera expresión de Germán; algo rebuscadas eran las reflexiones de éste, pero á ella le parecieron naturales y rigurosamente lógicas. ¡ Estaba tan predispuesta á dejarse convencer!

—¿ Está usted conmovida? — le preguntó Germán.



—Sí, pero aun no puedo darle á usted la contestación que desea.

—¿ Por qué?

—Porque si yo conozco el misterio de su vida, usted no conoce aun el de la mía, y necesito decírselo; tal vez al conocerlo varíe usted de modo de pensar.

—Ese mismo escrúpulo de usted es para mí una razón en contrario: la mujer que lleva su dignidad al extremo que usted la ha llevado; la mujer que ha sabido hacer el sacrificio de su amor en aras de su dignidad, tiene que ser noble forzosamente.

—Me precio de serlo, y, sin embargo, en mi vida existe la sombra, no más que la sombra, de una mancha.

—Hable usted, pues — le dijo Germán con dulzura.

—Seré breve, y usted comprenderá la razón de que lo sea; siendo casi una niña, huérfana y sola, me ví asediada por Tamarit, y sucumbí á mi propia debilidad — dijo Luisa ruborizándose; — rehusé diez mil duros que me daba para atender á mi subsistencia y á la de nuestro hijo, y me vine á vivir á esta casa en donde he pasado cinco años, entregada á mi trabajo y á la educación de Arturo, hasta que hace dos meses me llamó junto á su lecho de muerte, me hizo su esposa y legitimó á nuestro

hijo, legándole cuanto tenía. La mancha quedó lavada, pero la sombra subsiste.

—Lo noble y franco de su confesión bastaría á borrarla, si antes no lo hubieran hecho ya la abnegación de usted y cinco años de laboriosidad y de honradez. Ahora más que antes, creo ya en que el recuerdo de Tamarit no ha de ser nube que oscurezca el horizonte de nuestra dicha, porque si las cosas no han sucedido con arreglo á los inexcrutables designios de Dios, habremos de confesar que todos habremos sido víctimas del mismo hombre, y que todos le seremos deudores, por ello, de nuestra felicidad. Insisto en mi pregunta ¿qué me contesta Luisa?

Esta por toda respuesta le tendió la mano, y le dijo:

—Disponga usted de ella.

Alfredo asió la mano de Luisa, se la llevó á los labios y la besó con efusión.

—Gracias — le dijo; — es usted la mujer más noble y más digna de cuantas conozco.

—¿Y Arturo? — le preguntó ella.

—Arturo tendrá en mí un padre cariñoso, no echará de ver, si Dios nos da hijos, diferencia alguna con estos.

—Bien — dijo Luisa: — hablemos de otra cosa; ni por el decoro mío ni por el buen nombre de usted, puedo seguir viviendo aquí; ne-

cesito vivir al amparo de una familia que los garantice con su respetabilidad.

—Es verdad ¿y usted conoce?

—Sí, conozco al que me dispensó el favor de presidir el duelo de mi esposo, á don Ricardo Gómez.

—¡Ah! sí; lo he tratado en cuestión de negocios de bolsa; tiene una hija que se llama Laura.

—Y que es un ángel; quisieron llevarme desde luego á su casa cuando murió Alfredo, y yo les dije que por entonces no; que más adelante tal vez lo hiciera, y desde entonces me visitan cada tres ó cuatro días.

—Convenido; y no pudiendo ser antes, porque la ley lo prohíbe ¿quiere usted que fijemos la fecha de nuestro enlace para el diez de Marzo próximo?

—Yo quiero lo que usted quiere.

—Queda pues fijada:—dijo Germán—y tomando de nuevo la mano de la joven, con expresión del más sincero cariño, añadió: — ¿No es verdad que después de convenido nuestro casamiento, huelga el usted?

—Sí.

—¡Bendita seas! — exclamó Labastida con entusiasmo. — ¡Qué bien hice en proclamarte *La Hija de las Flores!*

—¿Por qué?

—Porque has vivido siempre entre ellas,



porque eres tú una flor de belleza incomparable, y porque vas á alfombrar de flôres el camino por donde se deslice el resto de mi existencia.

Luisa sonrió con expresión de felicidad y le dijo :

—¡ Así me gusta, que seas poeta, y que con tu vuelo me lleves á las alturas, desde las cuales no se vean las miserias de la vida!

## XXV

### *Conclusión*

Hace diez y nueve días, el diez del actual, se celebró en Madrid el casamiento de Germán y de Luisa, que dejó de ser viuda de Tamarit para llamarse señora de Labastida. Nosotros, á fuer de cronistas, fuimos invitados á él y tuvimos el gusto de estrechar la mano delicada y fina de *La Hija de las Flores*, de la encantadora Luisa, de la hermosa joven, pues no tiene más que veintitres años, que tanto ha sufrido ya en este mundo, pero á quien la suerte depara la compensación de sus dolores, en el cariño sin límites de su noble y caballeresco esposo y en el amor de su hijo, precioso niño de seis años, alegre como un día de primavera, y lleno de vida como un rayo de sol.

El semblante de Luisa respiraba felicidad; la joven vestía con suma elegancia un magnífico traje negro brochado, y bajo los airosos pliegues de su negra mantilla española, se destacaba su hermosa y rizada cabellera; acompañáronla en el acto solemne, sus íntimas amigas Laura Gómez, y Sofía Morales de Santibáñez que tres meses antes habían regresado del Perú con su esposo (1) y fueron sus testigos el padre de Laura y el veterano coronel don Guillermo Rocamora, quien, á pesar de sus sesenta y seis años, hizo el viaje desde Sevilla con dicho objeto, y con el de llevar á la novia, con el suyo, el espléndido regalo de bodas que le enviaban Domínguez y su esposa Jacinta; estos no pudieron asistir, por el estado interesante de la última. Tan enamorado de ella está su esposo, y tanta previsión para que no se malogre su primer hijo, que ni aun en carruaje le permite ir sino despacio, corto trecho y por camino llano; únicamente se aviene con los paseos fluviales y marítimos á bordo de su magnífico yate, fondeado siempre frente á la Torre del Oro.

Salazar y Remedios, que desde las tristes escenas de San Sebastián (2) viven como dos tórtolos, sin que nube alguna se haya vuelto

---

(1) Véase «Su Majestad el Amor».

(2) Véase «El Infierno de los Hombres».



á interponer entre ambos, enviaron también á la desposada un delicado obsequio; un abanico de encaje y varillas de marfil y nácar, cuyo país representa una ventana llena de tios de flores, admirablemente pintado al óleo por un afamado artista.

Sor Amparo, la venerable Hermana de la Caridad, expresamente invitada por Luisa, concurrió con sus blancas tocas, gozando en la felicidad de los contrayentes, y no menos que en ella, en la placidez del coronel, que, habiendo dado ya al olvido las ilusiones de la juventud y habiendo entrado de lleno en la vida práctica, se considera feliz con el cariño de todos, y muy especialmente con el de sus hijos Jacinta y Domínguez, como él les llama.

Los que no concurrieron al casamiento, no obstante estar invitados á él, fueron los señores y la señorita de Garduña, y no precisamente por los novios, sino porque supieron que concurriría Jesús María y José de Santibáñez con su mujer, y Eudoxia no quiso codearse con ellos, según manifestó, aunque, á decir verdad, la causa fué otra; recordaba la última visita que Jesús le hizo antes de dejarla plantada, y temió ruborizarse al verlo.

La comida de bodas se celebró en casa de don Ricardo, en donde Luisa y su hijo vivían hacía unos meses, y podemos afirmar, por haber asistido á ella, que fué servida con esplen-

didez y exquisito gusto, como podemos certificar que el brindis acogido con más entusiasmo, fué el del anciano coronel cuando, puesto en pie y levantando en alto su copa de Champagne, exclamó con voz sonora:

—¡ Brindo por *La Hija de las Flores!*

FIN DE ESTA NOVELA Y DE LA SERIE

Nueva colección que, al igual que la terminada, constará de cinco partes cuyos títulos son los siguientes.

**Por qué se casan los hombres.**  
**Por qué se casan las mujeres.**  
**Por qué reinciden las viudas.**  
**Por qué pecan las mujeres.**  
**Por qué murmuran las viejas.**

29 de Marzo de 1905.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIQJANOS

BIBLIOTECA

14 MAR. 2001



**Casa Editorial Lezeano**  
**BARCELONA**

**Obras en Venta** **tomo.**

**Pidanse en todas las Librerías**  
**de ESPAÑA Y AMÉRICA**



|                                  |          |
|----------------------------------|----------|
| Malditas sean las mujeres. .     | 1 tomo.  |
| Malditos sean los hombres. .     | 1 »      |
| Malditas sean las suegras. .     | 1 »      |
| Marina ó la hija de las Olas. .  | 1 »      |
| El Hada de los Mares. . .        | 1 »      |
| El Paraíso de las Mujeres. .     | 2 tomo . |
| El Infierno de los hombres. .    | 1 tomo.  |
| El Purgatorio de las Solteras. . | 1 »      |
| Su Magestad el Amor. . .         | 1 »      |
| La Hija de las Flores . . .      | 1 »      |

A

SP  
VICTORIAL

REZCAN

ARCELONA



A HIJA  
DE LAS FLORES

